

LA MUJER DE MIS CINCO VIDAS

Isabel M. Almagro



Ediciones
Alféizar

LA MUJER
DE
MIS CINCO VIDAS

Isabel M. Almagro



Ediciones
Alféizar

© 2018

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Joan Carles I 41

46715 – L'Alqueria de la Condesa – Valencia – España

Email: info@edicionesalfeizar.com

Web editorial: www.edicionesalfeizar.com

Creer en uno mismo es como navegar en mar abierto con una venda en los ojos. Pero es en ese preciso instante, cuando las demás luces se apagan, una llamarada interna reclama tu atención. No ceses en la búsqueda, tu destino reclama esfuerzo y comprensión. Aviva la llama cada día; no importa quien la mire,

solo importa si calienta tu alma.

Quizá a todos nos harían falta cinco vidas para cerrar todas las historias que nos atañen.

1

Dafne miraba los folletos que le había entregado su hermana Cordelia; solo faltaba una semana para su viaje a Austria. Ella siempre había soñado con asistir a la ópera de Viena. Su afición por la música la había llevado a convertirse en compositora de bandas sonoras. Su hermana estaba interesada en conocer Salzburgo, por lo que ambas satisfacerían su deseo.

Admiraba con qué precisión Cordelia había marcado los lugares que quería visitar y los horarios pertinentes. Había usado diferentes colores según el día de recorrido; finalmente, serían diez días. Se percató de que su cumpleaños coincidiría con la visita a Viena; a Cordelia no se le escapaba un detalle. «Podríamos cenar un *Wiener Schnitzel*, aquí figura como el plato más típico de Viena, aunque un escalope de ternera empanado con una ensalada tibia de patatas, no es algo apetecible para degustar en mi cumpleaños. Lo que sí está claro, es que tomaremos la tarta *Sácher*: el postre vienés más codiciado», pensaba, mientras sus ojos se clavaban en la imagen de la tarta.

La alarma del móvil sonó a las ocho menos cuarto, pero Dafne estaba despierta desde las seis de la mañana. Su vuelo salía a las diez y media, y su hermana la recogería a las nueve. Mientras se arreglaba escuchaba de fondo a Hans Zimmer, en sus bandas sonoras hallaba la inspiración y, al mismo tiempo, desconectaba de las distracciones mundanas. Terminó de cepillar su cabello ondulado y se colocó una diadema. Después, se miró en el espejo y se maquilló con premura. Dafne era una joven alta, morena, tenía los ojos negros y ciertos rasgos sureños. Era menor que Cordelia, cumpliría treinta y dos años en tres días. Cerró la maleta hoscamente y contuvo la respiración al divisar su pasaporte; ya se imaginaba en el palco escuchando *El Danubio Azul o la Marcha Radetzky* de Johann Strauss.

Se hundió en la cama y cogió el retrato de sus padres, fallecidos hacía diez años en un accidente de tráfico. Cordelia había sido un gran apoyo para ella, incluso sin compenetrarse tanto conseguían pasar largas temporadas juntas sin

discutir. Su hermana era diferente, movida por el materialismo y el propio disfrute. Dafne, en cambio, vivía sumida en una ilusión continua, dejándose llevar por las emociones y la intensidad de crear melodías para historias ficticias. Le entusiasmaba componer música para personajes que no eran reales, aunque a ella la hacían vibrar como si lo fuesen.

Dafne cogió la maleta y una pequeña mochila, y bajó en el ascensor para esperar a Cordelia en la entrada. Un taxi aguardaba a unos metros y Dafne salió, su hermana estaba sentada en el asiento trasero. Era una mañana gris, una ligera llovizna empapaba las calles de Santiago de Compostela.

—También lloverá en Austria, ¡qué fastidio! —Cordelia se sacudió en el asiento.

—¿Llevas ropa de abrigo? —Dafne se acomodó junto a ella.

—No demasiada, luego me dejas algo. —Le guiñó un ojo—. ¿Has dormido?

—Regular, he estado repasando los folletos.

—¿Te gustó la selección que hice? —Cordelia la miró por primera vez a los ojos.

—Es una pasada, pero no sé si podremos verlo todo.

El taxi arrancó y se dirigió al aeropuerto.

—¿Te ha llamado? —inquirió Dafne.

—¿Te refieres a Colin? —Giró la cabeza hacia el otro lado.

—¿Qué pasa?

—Me ha invitado a Nueva York. —Hizo una mueca indescifrable.

—¿Qué? ¿Cuándo irás? —Dafne dio un respingo del asiento.

—No sé, quizá en primavera. —Cordelia retorció sus manos.

—¿En primavera? ¡No seas tonta! Si apenas comienza septiembre.

—Ya, pero este viaje es muy costoso, no puedo irme a Nueva York tan pronto.

—¿Y en Navidad? —Dafne miró el calendario en su móvil—. Yo podría acompañarte, no tengo trabajo para esas semanas..., en principio.

—¿Vendrías conmigo? —dijo en tono suplicante.

—Y no te preocupes por el dinero.

Cordelia abrazó a su hermana y la besó en la mejilla. Al cabo de unos minutos, el taxista anunció que habían llegado y se dispuso a ayudarlas con el equipaje.

Se instalaron en un hotel en el centro de Dijon, capital de Borgoña. Descansaron un poco y se alistaron para salir a cenar.

Al día siguiente, la ruta marcada con rotulador azul daba comienzo en el

palacio de los duques de Borgoña.

Dafne no se separó de su cámara de fotos en ningún momento. La visita continuó en la torre de Felipe el Bueno, donde las hermanas se tomaron varias instantáneas con las vistas de la ciudad al fondo. Pasearon por uno de los viñedos y degustaron algunos de los mejores vinos del mundo.

—¿Realmente te gusta? —Dafne dio un sorbo a su copa de vino.

—Es un chico misterioso, sé muy poco acerca de él.

—¿Cuánto hace que os conocéis?

—Cinco meses, creo.

—Estás un poco loca —golpeó levemente la frente de Cordelia—, pero si tú estás dispuesta, reservaré dos billetes en cuanto lleguemos para ir a Nueva York.

—Es periodista, presenta los informativos en la Fox —acotó.

—¡Impresionante! Espero que tenga un amigo al que no le importe hacerme compañía mientras vosotros os escapáis. —Dafne se encogió de hombros y dejó escapar un largo suspiro.

—¡No digas tonterías! No te voy a dejar sola, y menos en Nueva York. Por cierto, me acaba de mandar un mensaje y me pide que te salude. —Bebió el vino de un trago y respiró el aroma que le embriagaba los sentidos.

Al día siguiente pasearon por las calles del centro histórico de Innsbruck. Al atardecer, se dirigieron a Wattens para visitar los Mundos de Cristal de Swarovski: un paraíso de figuras de diamantes, ríos que desembocaban en luces de colores y destellos que cegaban por doquier. Destacaba una gigantesca cabeza incrustada en la hierba de la que manaba una cascada de su boca; sus ojos eran dos brillantes en forma circular. Tomaron un café vienés y regresaron al hotel.

Al tercer día, dos golpes en la puerta despertaron a Dafne. Abrió y un joven colocó en sus manos un paquete envuelto: era una pequeña tarta *Sácher*.

—¡Felicidades, hermanita! —dijo Cordelia con voz ronca, aún en la cama.

—¿Estás enferma? —Dejó el paquete sobre la cama y se sentó junto a su hermana.

—Eso parece. Iré contigo a Viena, pero no podré acompañarte al espectáculo de esta noche.

—¡Vaya, con la ilusión que me hacía! —se lamentó Dafne.

—Lo sé, pero creo que empiezo a tener fiebre. —Soltó un bufido y se tapó la cabeza con las sábanas.

—No te preocupes, yo haré las maletas rápidamente y tomaremos el siguiente tren. Antes de que te des cuenta, estarás descansando en una confortable cama en Viena. —Dafne palpó su frente para comprobar la temperatura.

—Espero estar mejor para visitar Salzburgo dentro de dos días. —Hizo un esfuerzo por levantarse, tenían que abandonar el hotel en una hora.

Dafne extrajo de su maleta un vestido color vino, con escote pronunciado y mangas de encaje; la falda lucía abierta hasta el muslo.

—¿De verdad te vas a poner eso? —Cordelia terminó la frase con un silbido.

—Lo reservaba para esta ocasión.

—No vas a pasar desapercibida, ya lo verás —contestó con una sonora carcajada.

—Y tú te lo vas a perder, ¡qué pena! —Sonrió grácilmente y se puso los zapatos de tacón negros.

—Quiero información, me mandas un mensaje cada vez que te salgas del guion. —Cordelia hacía aspavientos con las manos.

—No tengo intención de hacerlo. —Caminó briosa y cerró la puerta.

Dafne se sentó en la tercera fila y cerró los ojos, no podía creer que estuviera a punto de escuchar a la orquesta sinfónica de Viena. Al cabo de unos minutos, el director salió a saludar al público. Ella esperaba ver a Gustavo Dudamel, pero en su lugar apareció Luca Grabner, un director austriaco desconocido. La joven disfrutó con cada segundo de la interpretación, ni tan siquiera el hecho de asistir sola la había desanimado.

A medida que avanzaba la noche, su atención se iba centrando en los movimientos del joven director. Apenas había visto su rostro, pero la energía que emanaba su cuerpo para conducir la actuación la hacía vibrar en cada nota. Él se giró en dos ocasiones y Dafne creyó que la observaba, pero respiró hondo y repasó mentalmente la composición musical. Hubo una pausa y se levantó para ir al baño, aunque tuvo que hacer grandes esfuerzos para llegar al pasillo principal. Golpeó la puerta del aseo de mujeres y abrió el director de la orquesta.

—Perdona, el de hombres estaba ocupado —dijo avergonzado.

—Supongo que tu excusa es buena. —Dafne sonrió y evitó morderse el labio.

—He notado que estás sola. —Examinó su vestido y sintió una punzada.

—No podía desaprovechar mi regalo de cumpleaños. —Desvió la mirada y suspiró.

—No puedo permitir que celebres sola tu cumpleaños, espérame en la entrada cuando termine la actuación. —Luca besó su mano y la miró, diletante.

Dafne se olvidó de entrar al baño y regresó a su asiento. Cuando Luca anunció la última pieza, se la dedicó a la chica del cumpleaños. Dafne palideció y se hundió en el sillón para evitar que la viera. Luca se despidió del público y salió del escenario. Antes de que terminasen los aplausos, Dafne se levantó y cruzó el palco a toda prisa, no tenía intención de esperar al descarado director. Salió a la calle y llamó a un taxi, pero Luca se abalanzó y cerró la puerta para evitar que se alejara.

—Aún no hemos celebrado tu cumpleaños —le susurró al oído.

—No pienso ir contigo a ningún sitio. —Su voz no sonó tan firme como deseaba.

—Es la primera vez que me fijo en alguien cuando entro al escenario. ¿No te resulta extraño? —Rozó su mejilla con un deseo acuciante.

—Será el vestido. —Apartó su mano—. Mi hermana me dijo que no pasaría desapercibida.

—¿Cómo pude ver tu vestido si estabas sentada?

—Me viste en el baño. —Dafne trató de zafarse sin éxito.

—Me cautivaste mucho antes —le confesó—. Sientes pasión por la música, ¿verdad?

—Soy compositora de bandas sonoras.

—Lo sabía. —Soltó una carcajada y sacudió la cabeza con cierto donaire—. Cuando me giraba tenías los ojos cerrados y sonreías.

—¿Y eso te parece divertido? —Giró la cara porque la de Luca estaba tan cerca que podía sentir su aliento.

—Sí, en tu rostro he visto reflejada la misma pasión que pongo yo.

—Bueno, ¿y qué era lo que querías que hiciéramos esta noche? —Se arrepintió al instante de haber formulado esa pregunta.

—¿Te apetece ir al Prater? Es el parque de atracciones más antiguo del mundo.

Sentía ciertas reservas por el interés que mostraba aquel desconocido por acompañarla en la noche de su cumpleaños, ¿por qué se había fijado en ella? O lo más inquietante, ¿qué esperaba de ella? No conocía a nadie más en ese país, salvo a Cordelia, y poco podría hacer su hermana por ella estando enferma en la cama. Vaciló un momento, pero la mirada limpia que la observaba dirimió sus pensamientos.

—¡Me encantaría! —Se relajó un poco.

Dafne subió al taxi tratando de tapar la pierna que quedaba al descubierto.

—La vestimenta de esta noche no es muy apropiada para un parque de atracciones —rezongó.

—Nadie nos conoce. —Luca miró por la ventanilla.

Dafne tuvo la oportunidad de examinarlo de cerca, realmente era un joven con un halo de misterio que nublaba su capacidad para controlar la situación. Ella también había sentido la conexión durante el concierto, pero imaginaba que se debía a sus preferencias musicales. Ahora que lo tenía tan cerca, se alegraba de que su hermana no hubiese podido acompañarla. Él posó la mano sobre su rodilla descubierta.

—Mira, desde aquí podemos ver la noria. —Deslizó su dedo por el cristal de la ventanilla.

Dafne se inclinó porque desde su posición apenas alcanzaba a verla.

—Hueles muy bien. —Luca inhaló el aroma de su cuello.

—¡Perdona, no veía con esos árboles! —Se acomodó, azorada.

El taxi se detuvo en la entrada y se dirigieron a las taquillas. Luca acompañó a Dafne hasta el trenecito que recorría todo el parque y se subieron en el último vagón. A esas horas no había más de veinte personas en el recinto.

—¿Cuánto hace que eres director de orquesta? —inquirió mientras buscaba información acerca de él en internet con su teléfono.

—Poco tiempo, antes tocaba en pequeñas orquestas.

—Parece que llevas haciéndolo toda la vida, ha sido una gran actuación.

—Me alegra oír eso. Hice buenos contactos y me recomendaron, pero no creo que me quede mucho tiempo.

—¿Por qué? Es un sueño para alguien tan joven dirigir en la ópera de Viena.

—Apagó el móvil al no haber encontrado ningún artículo que lo mencionase y se volvió hacia él.

—¿Te gustaría desayunar conmigo mañana? —No pudo resistirse a su mirada rutilante.

—¿Por qué esquivas el tema? Mañana tengo planes con mi hermana, aunque si sigue enferma...

—Puedes desayunar conmigo y salir con ella después.

—Me iré en siete días, no creo que debamos alargar esto mucho más. —Ella se mostró recalcitrante.

—Tengo cinco vidas para esperarte, Dafne —musitó.

—¿Cómo dices? —Se hizo daño en los nudillos al sostenerse tan fuerte de los barrotes.

—Si tu hermana no se encontrase bien mañana, me gustaría pasar el día contigo.

Dafne asintió y disfrutó del recorrido en silencio.

La fiebre de Cordelia no remitía y permaneció tumbada para poder viajar a Salzburgo al día siguiente. Dafne le dio unas pastillas y un vaso de leche caliente. Por fortuna, su hermana estaba demasiado cansada como para importunarla con preguntas sobre lo acontecido la noche anterior. Sonreía mientras se maquillaba porque sabía que podría disfrutar de la compañía de Luca durante todo el día.

Dafne salió del ascensor y vio a Luca en la entrada del hotel, portaba dos cafés y una rosa. Aquel detalle la había acicateado y lo abrazó sin pensar.

—Me alegra que tengas tanta energía. —Le entregó un café y la rosa.

—Eres muy amable. —Su voz se entrecortó.

—¿Estás bien? —Le acarició el mentón.

—Sí, es que no estoy acostumbrada a este tipo de detalles.

—No seas boba, esto no es nada. ¿Cómo está tu hermana?

—Descansando, mañana viajaremos a Salzburgo y quiere estar fuerte.

—Entonces, hoy es el último día que puedo pasar contigo. —Evitó los ambages.

—Pues hagamos que sea un día especial. —Su aplomo disminuía cada vez que él la miraba.

Luca ayudó a Dafne a subir al barco en el que darían un paseo por el Danubio. Estaba fascinada por las vistas y tropezó con el último escalón.

—Espero que sobrevivas al viaje —dijo en tono burlón.

—Es imposible no distraerse con todo lo que nos rodea. —También incluía a Luca en su apreciación.

—Me dijeron que este crucero era la opción más adecuada para conocer a alguien que está a punto de marcharse. —Buscó unos asientos vacíos.

—Te lo agradezco, así podré contemplar los lugares de mayor interés. No me daba tiempo a visitarlos todos.

—Dura tres horas, podremos hablar de lo que quieras —le indicó que se sentara a su lado.

Luca pidió dos copas de vino y contemplaron a su paso la isla del Danubio y su playa Copa Cagrana.

—Ayer dijiste algo que no sé cómo tomármelo. —Dafne se fijó en las sombrillas y las tumbonas rojas que bordeaban la isla. Escuchaban la música

proveniente de los chiringuitos que a esas horas comenzaban a abarrotarse.

—Dije muchas cosas...

—Que tienes cinco vidas para esperarme, ¿recuerdas? —Hizo una mueca de desagrado.

Luca sonrió y permaneció en silencio.

—Supongo que la música debilitó tu coraza y dijiste cosas que en realidad no sentías. —Dafne terminó su copa de un sorbo.

—En absoluto. —Su voz sonó estentórea.

—¿De qué tienes miedo? No creo que nos volvamos a ver.

—¿Eso crees? Es justo lo contrario. —Martilleaba con los dedos en el cristal de su copa.

—No creo que vuelva a Viena en mucho tiempo, ¿acaso piensas viajar a España?

—No puedo, mi sitio está aquí.

—¿Te burlas de mí? —Le arrebató la copa de las manos.

—Te prometo que te explicaré lo que quieras al final del día. Pero, por favor, disfruta de lo que he preparado para ti. —Le ofreció otra copa de vino.

Continuaron paseando por los jardines del Schloss Schönbrunn, un paraíso multicolor de arreglos florales y fuentes de mármol. Se perdieron en el laberinto de setos antes de visitar el museo de carruajes. Luca tiró del brazo de Dafne para ocultarse de la gente que paseaba por allí en ese momento. Se acercó a ella y rozó sus labios, pero no la besó.

—Dafne, no soy un hombre común. —Se pegó a su cuerpo y pudo escuchar el latido concomitante de su corazón.

—No he salido con muchos hombres, pero estoy segura de que eres diferente al resto. —No abrió los ojos.

—Volveré a verte, no sé en qué momento de tu vida, pero coincidiré contigo.

—Permitió que lo abrazara tan fuerte que casi le costaba respirar.

—¿Y esto no complica las cosas? —Exhaló una vaharada y retrocedió.

—Es que no lo entenderías, pero sucederá.

—¿El qué? No te entiendo. —Dafne sintió cómo se le oprimía el pecho.

—Volveré a ti, no sé de qué forma ni con qué vida, pero volveremos a estar juntos. Lo sé. —Aquella confesión descarnada la conmovió—. Necesito contarte tantas cosas sobre mí y decirte lo que tanto tiempo he estado esperando que... —Se dio la vuelta—. No puedo seguir, si lo hago nos condenaré a ambos. Tú has despertado el ciclo, Dafne. No parará.

—¿Con qué vida? Estás delirando... —Lo sostuvo por los hombros—.

¡Mírame! ¿Qué ganas con esto? —Lo último que quería era llorar, pero ya tenía los ojos vidriosos y su respiración agitada la preveía de ese instante.

—No es broma, tengo cinco vidas. Hasta ahora solo he desarrollado cuatro. Si mi amor por ti es verdadero coincidiremos en las cuatro, entonces, seré libre para estar junto a ti en la última.

—Busca ayuda, Luca. Y pensar que he pasado dos días, bueno, un día y medio junto a ti, y he desconectado por primera vez de todos mis problemas. Me he sentido atraída y... —Esquivó un beso.

—No me importa lo que digas, sé que lo entenderás. Quizá nos topemos en meses, un año... Volveré a ti, te lo prometo. —Luca la besó en la mejilla y se alejó en busca de un taxi.

Dafne salió del laberinto de setos y se sentó en un banco hasta que anocheció. No entendía cómo alguien tan brillante podía desvariar de esa manera. Y lo peor, es que ya era tarde. Necesitaría tiempo para digerir todo lo que había vivido con él, y lo haría en silencio. No quería contarle nada a su hermana porque estaba segura de que lo buscaría y le haría tragar diez magdalenas a la vez si no confesaba. A Dafne le dolía no volver a verlo, así como tenerlo delante y no reconocerlo. Al menos, su agonía sería más llevadera en los próximos días viajando con Cordelia.

El avión aterrizó en Santiago de Compostela y las hermanas regresaron en taxi a sus apartamentos. Dafne fue la primera en bajarse, y Cordelia le recordó que debía reservar el vuelo a Nueva York para diciembre.

Se dejó caer en la cama, cariacontecida, y miró al techo. Resolló y apretó su vientre con ambas manos; aquel misterioso hombre había esquilado la confianza en sí misma que la había mantenido firme desde la muerte de sus padres.

2

Dos semanas después, Dafne recibió una invitación para la boda de su prima Anahí. Al instante, recibió una llamada de Cordelia.

—¿La has recibido? —Su hermana parecía igual de sorprendida que ella.

—La estoy leyendo, ¿se casa el próximo sábado? —siseó.

—Sí, a la tía se le había olvidado enviarlas. Tú y yo nos iremos dos días antes para celebrar la despedida de soltera. —Cordelia cambió el tono.

—Tengo trabajo, no puedo hacer planes sin hablar con la productora. —Dafne se mostró impertérrita, pero le molestaba que su prima se casara tan pronto.

—Son dos días, además, aún te deben vacaciones.

—Está bien, luego hablamos.

Dafne colgó el teléfono, desabrida, lo que menos le apetecía era ver a una pareja casándose. Había estado visionando películas de terror en estos días para descargar la frustración que sentía por Luca. Temía convertirse en el personaje solitario que renegaba del mundo de las muchas historias para las que componía. No había testigos, nadie había sido partícipe de las horas que habían compartido en Viena. No podían juzgarla ni aconsejarla gratuitamente, por lo que, la nube de polvo se desvanecería del mismo modo que había surgido. Aunque las fotografías que había tomado demostraban lo contrario. Luca había sido muy real, sus ojos azules y la melena azotada por el viento durante su paseo en barco, hacían temblar a Dafne. Aquel director de orquesta transmutó la experiencia de su paso por la soñada ópera de Viena. Tenía sus palabras grabadas a fuego: «¿y si me lo vuelvo a cruzar?, ¿y si tiene algún hermano gemelo en otro lugar?», negaba con la cabeza ante la posibilidad remota.

3

Dafne y Cordelia salieron de compras para elegir un vestido para la boda de su prima. Cordelia había visitado previamente tres tiendas de un gran centro comercial; conocía la indecisión de su hermana. Dafne mostraba cierto desinterés por los vestidos, pero ante la insistencia de Cordelia se probó unos cuantos.

—He hablado con Colin y hemos decidido posponer el viaje —le dijo dentro del probador.

—Aún no he reservado. ¿Qué ha ocurrido? —Dafne se abrochó el vestido.

—Pensamos que es pronto para conocernos.

—¿Pronto? Lleváis meses chateando...

—Me planteo ir en verano. ¿Sigues interesada en acompañarme? —Cordelia salió del probador.

—Claro, me apetece mucho ir a Nueva York.

Las hermanas analizaron sus vestidos durante unos segundos y se desternillaron.

—¿Por qué diablos tenemos que ir vestidas del mismo color? —Dafne puso los ojos en blanco.

—Órdenes de la novia, nos dio vía libre para elegir el modelo, pero no el color.

—Por eso odio las bodas... —Dafne se quitó el vestido con desgana y masculló una serie de improperios.

—Desde que volvimos de Austria te noto diferente. —Cordelia trató de sacarle información.

—No es por el viaje, he pasado una semana entera componiendo para una comedia romántica.

—Si a ti te encanta ese género. —La miró con reticencia.

—Ya no.

—Bueno, vamos a pagar los vestidos. —Le extrañó el desánimo de Dafne.

El jueves por la tarde se instalaron en la casa de su tía, en Galicia. Festejarían

esa noche la despedida de soltera de Anahí. Sus veinte amigas, junto a Dafne y Cordelia, celebrarían una fiesta por todo lo alto en un chalet que habían alquilado en las afueras. El tema elegido era mitos y leyendas, de modo que, los disfraces serían muy selectivos. Dafne, acorde a la naturaleza y al espacio que las rodeaba, decidió representar a la ninfa del bosque: lucía un despampanante vestido verde de gasa con una larga capa del mismo color. En el pelo portaba una pequeña corona de hojas secas, y su rostro lo había cubierto de purpurina dorada. Su hermana Cordelia se decantó por el disfraz de Cleopatra, algo muy común en ella. Anahí prefirió lucir el traje de una diosa griega.

Las veintitrés jóvenes rodearon la mesa y degustaron una selección de diferentes vinos; un regalo del padre de la novia.

—¿Rosa chicle para nuestros vestidos? Ya ajustaré cuentas contigo —le reprobó Dafne a su prima.

—¿No te gusta? Por un momento estuve a punto de elegir el negro. —Anahí probó dos vinos al mismo tiempo.

—¿Puedo ir de negro? —le suplicó.

—Es que parecería que vas a un funeral en lugar de a una boda.

—Así me siento, prima. —Dafne bebió directamente de la botella.

—Por ser tú, puedes ir a mi boda como mejor te plazca, eres mi prima favorita —le susurró al oído.

—Disculpad el retraso, no encontraba este sitio —anunció un joven entrando por la puerta portando una gran cámara de fotos.

—¿Has contratado a un fotógrafo para la despedida? —Cordelia se ajustó la peluca.

—Se supone que no debe de quedar rastro de lo que ocurra aquí esta noche —replicó una de las amigas de Anahí.

—No os preocupéis, Ezra es un íntimo amigo. —La novia calmó a sus invitadas.

—En ese caso, podemos beber tranquilas. —Cordelia levantó su copa y forzó un brindis.

Dafne giró la cabeza y se quedó petrificada. El fotógrafo era idéntico a Luca. Su prima Anahí lo besó en la mejilla y se lo presentó a todas sus amigas, pero cuando llegó su turno, se marchó corriendo a llorar al baño.

La fiesta continuó sin sobresaltos hasta que Ezra solicitó una foto de grupo, pero nadie había visto a Dafne. Las chicas se organizaron para la toma mientras el fotógrafo la buscaba por todo el chalet. Dafne se volvió a

maquillar para ocultar sus mejillas perladas por las lágrimas, aunque la presencia de Ezra no le permitiría disfrutar de esa noche.

—¿Estás ahí? —Ezra golpeó enérgicamente la puerta.

—Sí, ya salgo. —Fingió normalidad.

—Te estamos esperando para la foto de grupo.

Dafne abrió la puerta y miró a Ezra; su rostro y su cuerpo eran idénticos a los de Luca Grabner.

—¿Esta es tu segunda vida? —Hizo un gran esfuerzo para articular la frase.

—El vino está causando estragos, ¿te encuentras bien?

—Contéstame, ¿era cierto lo que me dijiste en Viena? —Sus mejillas estaban encendidas por la conmoción.

—Nunca he estado en Viena. —La miraba como si no la conociera.

—Entonces, ¿no recuerdas nada de tu vida anterior? —Se puso una mano en la frente para apaciguar su rabia.

—La única vida que poseo es la de Ezra Grajero, no te entiendo. —Sonrió—. ¿Qué os han puesto en ese vino?

—No hagamos esperar más a las chicas. —Dafne salió al porche dando grandes zancadas. Comprendió que la reminiscencia que conservaba no guardaba relación con Ezra, aunque el parecido era enervante y cruel a la vez. Ezra hizo varias tomas de las jóvenes disfrazadas. El ambiente era distendido y la cena se convirtió en un baile improvisado de bandejas de canapés en el centro de la pista. Dafne no conseguía desviar la mirada del joven fotógrafo y Cordelia aprovechó para sacarla a bailar.

—¿Qué pasa?, ¿te gusta? —La hizo girar.

—¿Qué? —Dafne exudaba inseguridad.

—Te lo vas a comer con los ojos. —Lo miró de soslayo.

—Es que me recuerda a alguien. —Engulló dos canapés a la vez.

—Ya veo...

Cordelia se acercó a Ezra y le pidió que bailase con su hermana, él aceptó y le entregó su cámara de fotos.

—Ahora soy yo la fotógrafa. —Cordelia empujó a Ezra.

—¿Qué haces? —Dafne retrocedió y fulminó a su hermana con la mirada.

—¿En otra vida bailarías conmigo? —Le ofreció la mano.

—No te burles, hablaba muy en serio.

—Lo sé, tus ojos hablaban por sí solos. Eres una chica curiosa, ¿acaso crees en la reencarnación? —Pegó su cuerpo al de ella.

—Luca no me aclaró ciertas cosas —dijo sin pensar.

—¿Por él estás así? —Rodeó su cintura con los brazos.

—Es un chico que conocí recientemente en Viena. —Dafne sintió el calor de su cuerpo.

—Te ha marcado, por lo que veo —masculló.

—No quiero hablar más de eso, por favor. —Se apartó bruscamente y regresó al grupo de las chicas.

Cordelia le devolvió la cámara de fotos a Ezra y se acercó a su hermana.

—No hace falta que me digas lo que te ocurre, pero al menos, disfruta de la fiesta.

—Creo que me he enamorado de un hombre que tiene cinco vidas, ¿qué me recomiendas? —bufó.

—¡Vaya!, ¿una no era suficiente? —Se tambaleó.

—¡Por esa razón no te cuento nada! —dijo con acritud.

—Espera, ¿por qué sabes que tiene cinco vidas?

—Porque ya me lo he encontrado en dos... —Miró a Ezra.

—¿En dos? Entonces... ¿Lo conociste en Austria?

—Así es.

—¿Él se enamoró de ti? —Cordelia estaba un poco ebria.

—Eso creo.

—Pues chica, no lo dejes escapar. Si se enamoró de ti en una vida, haz que se enamore en todas. —Su hermana terminó la copa de un sorbo.

—¡Eso es, tengo que conquistarlo! ¡Si son vidas distintas no me conoce! —exclamó.

—Eso tiene sentido, aunque mañana no me acordaré de nada. ¡Buena suerte!

—Se alejó bailando en círculos.

Dafne sonrió porque era la primera vez que su hermana le daba un consejo útil sin hacer demasiadas preguntas.

—¿Un mojito? —le preguntó Ezra aproximándose por detrás.

—Prefiero ron. ¿Bebes en horas de trabajo? —dijo mordazmente.

—Tu prima solo me contrató dos horas, en realidad, hace tiempo que terminé.

—Había algo en la mirada de Ezra que Dafne no lograba descifrar.

—¿Por qué sigues aquí? —Se mostró ufana.

—En calidad de amigo, me lo estoy pasando muy bien —convino.

—Esta fiesta es solo para chicas, deberías ponerte una peluca. —Buscó una entre las bolsas de los disfraces.

—Mejor me alboroto el pelo un poco y listo, ¿ves? —Ezra se refociló ante la actitud risible de Dafne.

—Cierto, ya eres una más. —Dafne no logró contenerse y se desternilló. Ezra permanecía embobado ante sus gráciles movimientos y el sonido de su risa.

—¿Estás más animada?

—Sí, empieza a gustarme esta fiesta. —Respiró para recuperar el control.

—Nos vamos a ver a menudo en estos días, tu prima me ha contratado para todos los eventos que ha organizado antes de la boda.

—¿Nos veremos mañana? —Tragó saliva y notó cómo le temblaban las manos.

—Sí, por lo visto, ha cerrado un spa solo para vosotras.

—¿Mañana tenemos spa? ¿Y cuándo pensaba decirlo? —Su rostro se tornó ebúrneo.

—Yo no sé nada... —Hizo aspavientos con las manos.

—Tranquilo, seré discreta. —Saboreó el ron y clavó los ojos en su prima que caminaba hacia ellos.

Anahí se acercó al joven fotógrafo y lo arrastró hasta una tarima que habían dispuesto junto a los altavoces.

—Ya que eres el único chico que hay aquí, deberías obsequiarnos con un bailecito... —Animó a las chicas.

—¿Queréis ver un *striptease*? —Ezra se subió a la tarima con presteza.

Todas rodearon al joven entre gritos y alabanzas a su cuerpo aún vestido, salvo Dafne. Ella se mantenía alejada y apenas quería mirar.

—Necesitaré una ayudante... —Dejó a un lado su cámara de fotos—. Dafne, ¿te importa?

—¡No, no, no!, ¿por qué? ¡La novia es Anahí! —gritó, ruborizada.

Cordelia arrastró a su hermana y la empujaron hasta que subió a la tarima.

—¿Estás loco? ¿Acaso necesitas ayuda para quitarte los pantalones? —Dafne tenía las mejillas encendidas y la boca seca.

—Quiero que disfrutes del espectáculo en primera fila. —Movié su cuerpo con gallardía.

—¡Qué vergüenza! Bueno, ¿por dónde empezamos? —Claudicó ante los gritos desaforados de su hermana Cordelia.

Ezra cogió su mano y desabrochó los botones de la camisa. Las chicas enloquecieron cuando Dafne arrojó la camisa a la cara de la novia. Después, aflojó el cinturón y lo quitó con suavidad; aprovechó para darle unos azotes a Ezra a modo de venganza. Por último, desabrochó el botón del pantalón, bajó la cremallera y lo dejó caer al suelo.

—¡Qué mal rato! —resolló.

—¿Tan mal lo estás pasando? —Puso un bote de aceite entre sus manos.

—¿En serio? —Dafne fingió que no disfrutaba al sentir la calidez de sus músculos y la tensión que su cuerpo desprendía con cada caricia de ella.

Ezra se giró para que las chicas observaran cómo esparcía el aceite en su espalda.

—Bueno, ya está bien... —Bajó de la tarima avergonzada.

Anahí terminó de untar el cuerpo del joven y bailaron una canción a petición de las invitadas. Dafne miraba desde el otro lado y se consumía al pensar que ese también era el cuerpo de Luca. En cada vida estaba conociendo una faceta distinta: Luca era más caballeroso y romántico; Ezra, en cambio, era más retozón, subversivo y mordaz. Era un tormento el hecho de no poder sincerarse y acercarse a él, tendría que hacerlo de un modo sutil si no quería perderlo.

Horas después, Anahí despertó a sus primas y les entregó un bikini para acudir al spa. Les ordenó que bajasen pronto para desayunar antes de marcharse. Dafne se probó el bikini y bajó al salón para tomarse un café. Tuvo que hacer grandes esfuerzos para no pisar los cuerpos de algunas amigas de su prima que aún dormían. La fiesta había durado hasta el amanecer y aún no había movimiento en la planta baja. En la cocina estaban desayunando Ezra y Anahí.

—¿Qué hace él aquí? —Dafne se cubrió el cuerpo con las manos.

—¡Qué guapa estás por la mañana! —Él examinó su bikini blanco y le guiñó un ojo.

—Se quedó a dormir, no podía permitir que se marchara tan tarde. Además, hoy nos acompañará al spa para hacernos una sesión fotográfica. —Su prima devoró una tostada de un mordisco y se levantó para buscar su teléfono.

—Tú no conoces el significado de privacidad, ¿verdad? —Dafne hizo una mueca.

—Siéntate, he hecho tostadas. —Ezra le ofreció una.

Dafne se cubrió el cuerpo con una toalla y se unió a ellos. Anahí se marchó para hablar con su novio por teléfono.

—¿Qué tal has dormido? —Ezra se sentó frente a ella.

—Supongo que no tan bien como tú, a mí no me dieron masajes de aceite —refunfuñó.

—¿Estás celosa? —Ezra se divertía ante su actitud pueril.

—Eso quisieras... —Se mordió el labio.

—Fue idea de tu prima, de hecho, lo habíamos estado ensayando.

—Se notaba que estaba preparado. —La respuesta de Ezra la había dejado sin

argumentos para mantenerse fría y distante.

—Dafne, me gustas, pero no puedo competir con un novio imaginario de Viena. Noto que te atraigo, pero desapareces cuando trato de acercarme.

—No es imaginario, y no necesitas competir con él.

—¿Qué significa eso? —preguntó ceñudo.

—No puedo decírtelo. —Sintió que algo se rompía dentro de ella.

—Disfruta del día, yo iré a preparar mi cámara —dijo adustamente y se marchó.

Cordelia apareció con un bikini tres tallas menos del que le correspondía.

—¿En serio? —Dafne se cubrió la boca—. Si quieres hacer el ridículo, allá tú. —Dafne entró en el baño y cerró la puerta bruscamente.

—¿Qué le ocurre? —Anahí miró a Cordelia y frunció el ceño.

—Sé exactamente lo que le está ocurriendo... —Mordió una manzana—. Tengo un plan, pero tienes que ayudarme.

Las chicas se organizaron en cinco coches para acudir al spa, pero Anahí le pidió a Dafne que acompañara a Ezra, pues tenía que pasar primero por casa y tardaría un poco. A ella no le hacía ninguna gracia viajar con él después de su desafortunada conversación durante el desayuno, pero prefería llegar pronto al spa y acomodarse en una cama de hidromasaje.

—Espero que sepas lo que haces. —Anahí miró a Cordelia sin estar muy convencida.

—Se enfadará, pero me lo agradecerá con el tiempo.

Los cinco coches se desviaron hacia la izquierda mientras que Ezra continuó por la derecha. Avanzaron unos metros en silencio y él detuvo el coche en el arcén.

—¿Qué ocurre? —Dafne se sobresaltó por el frenazo repentino.

—Se han llevado mi cámara de fotos. ¡Maldita sea! —Golpeó el volante.

—¿Por qué? —Miró hacia la carretera.

—No lo sé, pero espero que cuiden de mi angelito.

—Estoy segura de que mi hermana tiene algo que ver. —Abrió su bolso para coger el teléfono.

—No la llames ahora, dejemos que piensen que nos han tomado el pelo. —Arrancó el coche y volvieron a la carretera.

Ezra y Dafne llegaron al spa indicado y se prepararon para darse un baño. Sabían que las demás tardarían en llegar y decidieron iniciar el circuito por su cuenta. Él se zambulló en la piscina de chorros y ella en el *jacuzzi*. Se

cruzaban miradas furtivas entre un intenso olor a lavanda y velas aromatizadas. A través de una vidriera del techo se reflejaban en el agua multitud de colores que creaban un universo místico. Transcurrió media hora y nadie apareció; comenzaban a entender que estarían solos.

—¿Te importa? —Dafne abrió la puerta de la sauna.

—Para nada, no me gusta estar solo en un sitio como este. —Se limpió el sudor de la frente.

—Creo que nos han tendido una trampa. —Dafne se cubrió con una toalla.

—Lo supe en cuanto descubrí que mi cámara se había esfumado.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Disfrutar, paga tu prima —dijo lacónicamente.

Dafne logró relajarse y se sentó cerca de él. Los vapores empañaban las puertas de cristal de la sauna y sus cuerpos humedecidos se dejaron caer en los asientos humeantes. Tras diez minutos despejando sus fosas nasales, se acercaron a una sala para degustar una variedad de té, fruta tropical y bombones.

—¡Mañana es el gran día! —exclamó Dafne con las mejillas encendidas por el calor de la sauna.

—Sí, todo terminará... —Su voz se apagó.

—Las bodas marcan el inicio de una vida juntos —matizó ella.

—Me refería a nosotros —suspiró al ver la tristeza en sus ojos.

—Santiago de Compostela no está tan lejos, podríamos vernos.

—¿Y Luca? —Ella notó la rudeza en sus palabras.

—No estoy triste, sé que volveré a verte. —Dafne apretó su mano.

—En el hipotético caso de que así fuera, ¿con quién de nosotros te quedarías?

—Los músculos se le tensaron por la rabia.

—No puedo pensar en eso ahora, Ezra.

—Entiendo. Quieres ir probando hasta que aparezca el clon perfecto. —Retiró su mano.

—No te permito que me hables así, yo no he provocado esto. —Dafne tenía los ojos llenos de lágrimas y respiraba siguiendo unos ejercicios que su psicólogo le había recomendado hacía algunos años.

—¡Eres una egoísta! —Se levantó y paseó furioso.

—¿Acaso he intentado tener algo contigo? Desde el primer momento fui sincera y te hablé de Luca. No he ocultado mis sentimientos hacia él, que en realidad, también son hacia ti. Tú formas parte de él y él de ti, tienes que creerme.

—Te escucho hablar y me quedo helado. Sientes lo mismo por los dos y me lo dices así, como si no importara. En fin, Dafne, te veré en la boda. —Se arrebujó en una toalla y se marchó a la zona de los vestuarios.

—¿Me vas a dejar aquí sola? —Dafne miró a su alrededor.

—Llama a mi otro yo —siseó.

Dafne se quedó inmóvil, como un maniquí expuesto al que todos miran desde el otro lado del cristal sin conocer su verdadera historia. Escuchó el motor del coche alejarse; se había quedado totalmente sola. Ella sabía que Luca jamás le habría hecho algo así, no era propio de él. Pero Ezra no había dudado ni por un instante en abandonarla, en causarle un oprobio del que tardaría un tiempo en recuperarse. Había luchado contra esa sensación de abandono durante toda su vida, desde la muerte de sus padres. Y ahora el corazón le martilleaba como si le estuvieran propinando latigazos en la parte de su ser que aún se mantenía intacta. La parte que había protegido contra todos, la parte que se había olvidado de amar.

Media hora después, Anahí y Cordelia recogieron a Dafne en la puerta del spa. Las chicas aún disfrutaban de su circuito en otro lugar que habían reservado a última hora. No se atrevieron a preguntarle nada, pues su cara denotaba la tristeza más absoluta y, al mismo tiempo, luchaba contra lo que estaba sintiendo. Se sentó en el asiento trasero del coche y lloró en silencio. Cordelia y su prima se mostraron arrepentidas por el cambio de planes que había terminado en tragedia emocional para su hermana.

4

Eran las nueve de la mañana cuando el despertador sonó y unos gritos estentóreos de celebración inminente resonaban en la cabeza de Dafne. El debate de hoy se reducía a la elección del vestido de color rosa chicle o negro. Ya tenía la aprobación de Anahí para usar el negro, pero no quería llamar la atención y se decantó por el rosa. Completó el conjuntito con una diadema de flores en tonos violetas y unos zapatos del mismo color. Su cabello lucía ondulado y lo dejó caer en el hombro derecho.

—¡Qué linda estás! —dijo su hermana tras la puerta.

—¿Lo dices para subirme la moral o es una disculpa sutil?

—Ambas.

—Da lo mismo. —Se dejó caer en la cama.

—Anahí ya le ha recriminado a Ezra que te dejara sola en el spa. Y yo que pensaba que era un buen partido...

—Se marchó muy enfadado.

—Eso no lo justifica, nosotras estábamos muy lejos de allí.

—No me hace ninguna gracia verlo hoy. —Respiró tres veces seguidas para no perder el control.

—Las bodas dan mucho trabajo, estará ocupado. —Cordelia terminó de abrochar su vestido.

—Deberías hablar con Colin para adelantar el viaje, me apetece ir a Nueva York en Navidad. Sé que solo faltan tres meses, pero necesito salir de aquí.

—Yo estaba pensando lo mismo.

Las hermanas bajaron al salón para esperar a la novia junto con el resto de los invitados. Ezra estaba fotografiando a los familiares cuando vio entrar a Dafne. El gesto agrio de su cara parecía haberse tornado más amable.

—¡Chicas, por aquí! —les indicó.

Cordelia y Dafne posaron junto a otras primas, aunque Dafne solo aguantó tres tomas antes de zafarse para ir a la cocina. Bebió un vaso de agua sin respirar,

se aflojó el sujetador y metió la cabeza en la nevera. No era capaz de sonreír a la cámara si era Ezra quien la sostenía. Se había preparado mentalmente para ese momento, pero quedaban muchas horas por delante y las bodas la desquiciaban.

—¿Buscas a alguien ahí? —Escuchó una voz al otro lado.

—Sí, déjame en paz. —Se mostró pertinaz.

—Dicen que si miras a los guisantes más de diez segundos acaban bailando.

—¿Estás loco? —Se giró.

—¿Qué tal? Soy Jano, primo del novio. —Saludó con su sonrisa festoneada de dientes perfectos.

—Dafne, prima de la novia. —Extendió su mano.

—Si eres primo del novio, ¿cómo es que estás aquí?

—Me cae mejor la novia. —Se acercó y tironeó de su brazo—. ¿Qué hacías en la nevera?

—No me gustan las bodas ni que me hagan fotos —bufó.

—Mal día, entonces...

—Bueno, ha mejorado un poco. —Admiró sus hombros fuertes.

—Espero coincidir contigo en la misma mesa, Dafne. Ha sido un placer —se despidió con un beso en la mejilla.

Terminó la ceremonia y celebraron el banquete en una finca al aire libre. Numerosas mesas redondas estaban distribuidas alrededor de la de los novios. Dafne tuvo que respirar hondo en repetidas ocasiones al ser consciente de que estaría acompañada durante toda la velada por Jano y Ezra, además de por su hermana y otras amigas de la novia. Obviamente, la tensión se palpaba hasta en el modo de coger la servilleta. Jano le ofrecía bebidas, y Ezra la miraba descaradamente.

—¿Te gusta Dafne? —le preguntó Ezra a Jano de forma violenta.

—¿Qué estás haciendo? —Ella le golpeó en la pierna.

—Bastante —contestó Jano sin titubear.

—Ponte a la cola. —Ezra le guiñó un ojo.

—¿Me estás retando? —dijo con voz grave.

—No, es que aparte de nosotros están los clones —apostilló.

—¡Esto es increíble! —Dafne arrastró del brazo a Ezra para ir al baño.

—Tengo trabajo que hacer. —Hizo el ademán de esquivarla.

—¿Intentas humillarme? —Dafne se percató de que varias personas los miraban con curiosidad en la puerta del baño.

—No quiero que se te acerque, lo vi tontear con otras en la casa de tu prima.

—La sostuvo por los hombros.

—No te creo.

—Es la verdad, es un fútil mujeriego.

—¿Por qué te molesta tanto? Ayer me dejaste muy claro lo que pensabas de mí. —Dafne apoyó el cuerpo en la pared.

—Eso no significa que no me importes.

—¿Por eso me dejaste sola en el spa?

—Tuve que hacerlo, me humillaste. —La expresión de su rostro demudó.

—Fue al revés, ¡tú me humillaste a mí! Tuve que llamar a mi hermana, no tenía otra forma de volver.

—Lo siento —musitó.

Dafne no pudo controlarse y lo besó, pero retrocedió de inmediato al recordar a Luca. Sabía que eran la misma persona, pero de un modo u otro sentía que lo traicionaba.

—¿Por qué te detienes? —Se humedeció los labios para continuar.

—Haberte conocido está siendo un tormento. —Dafne suspiró y regresó a su mesa.

Ezra salió del baño e invitó a bailar a una de las amigas de la novia. Cordelia dio un golpe seco en la mesa para llamar la atención de su hermana.

—¡Lo vas a perder!

—Le quedan tres vidas más. —Su tono ecléctico asombró a su hermana.

—Nunca te había visto tirar la toalla con nadie.

—No me agobies, bastante tengo con ir vestida de conejita feliz.

—No la pagues conmigo. Ezra me gusta para ti, y eso no suele pasar muy a menudo con tus ligues.

—Por primera vez, mi vida es más complicada que un romance para el que tengo que componer.

—¡Tía Rebeca! —Cordelia desvió la atención hacia la madre de la novia que recorría las mesas de los invitados para entregarles un detalle de la boda.

—¿Qué hacéis aquí tan solas? Tenéis que bailar. —Hizo un gesto a dos familiares del novio.

—No nos apetece, tía. —Dafne no disimuló su malestar—. Mejor baila tú.

—¡Dafne! —Cordelia entrecerró los ojos y sonrió.

—Con ese carácter nunca te casarás, querida. —Rebeca le dio dos golpecitos en el hombro—. Aunque eso tú ya lo sabes.

—No tengo ni idea de lo que me estás diciendo. —Dafne arqueó una ceja y

esperó su embestida.

—Eres igual que tu padre. —Bebió una copa de cava de un trago—. Hizo sufrir mucho a mi hermana.

—Tía, creo que no es el momento. —Cordelia se interpuso entre ella y su hermana.

—Déjala acabar. —Dafne la empujó hacia un lado.

—No hay necesidad de esto, recuerda que estamos en la boda de la prima.

—¿Por qué te pones tan nerviosa, Cordi? —Dafne puso los brazos en jarras.

—Porque sé cómo acaban vuestras conversaciones. —Miró a su tía y suspiró.

—Tu padre le fue infiel a tu madre en numerosas ocasiones. Hasta me propuso intimar con él en alguna que otra ocasión. —Cogió otra copa de cava—. Por supuesto, yo me negué, jamás le haría algo así a mi hermana.

—¡Eso es mentira! —Dafne tiró al suelo la copa que su tía sostenía entre sus manos.

—¡Cálmate, te lo suplico! No le destrochemos la boda a Anahí. —Cordelia la sostuvo del brazo.

—¡Ella es quien le ha destrozado la boda! —La apuntó con el dedo—. ¿Acaso crees que no sé que enviaste nuestras invitaciones en el último momento para que no viniésemos?

—No sé de qué hablas, querida. —Rebeca le sonrió—. Y en cuanto a lo de tu padre, pregúntale a tu hermana.

—Mi padre nunca te quiso porque mi madre fue mejor que tú, eso es lo que nunca soportaste. —Dafne bajó la voz ante el tumulto que se estaba formando cerca de ellas.

—Parece que ella no fue suficiente cuando se relacionaba con otras mujeres —despotricó su tía.

—¿Cómo te atreves a decir eso? ¡No te permito que hables así! ¡Lo único que te pido es que respetes su memoria! —Dafne desvió la mirada hacia la pista de baile, pero su prima ya no estaba.

—No quería que vinierais a la boda porque no os quiero cerca de mi hija. Tú eres una descocada. —Señaló a Cordelia—. Y tú vives sumida en un caos continuo. —Se dirigió a Dafne—. Siento vergüenza y lástima por vosotras.

—¡Madre! —Anahí la miró horrorizada—. ¿Qué estás haciendo?

—Lo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo. —Se abrió paso entre los invitados y se giró—. Hay secretos que no se pueden llevar a la tumba.

—¿Por qué nos odia tanto? —Dafne se acercó a su prima para buscar consuelo.

—Te prometo que no sabía nada de esto. —Anahí abrazó a sus primas—.

Perdonadla, por favor —dijo entre sollozos—. Jamás la había visto así, yo pensaba que nuestra familia estaba bien, que no había fisuras.

—Eso creía yo también. —Dafne esquivó la mirada de su hermana—. Tengo que irme, no me siento cómoda con tu madre.

—Espera un momento, por favor, vamos a partir la tarta —le suplicó.

—Lo siento, pero ya he hecho demasiadas concesiones por hoy. —Dafne cogió su bolso y salió por la puerta trasera de la finca, no tenía interés en despedirse de nadie.

—¿Y ya está? —Ezra posó la mano en su cintura cuando cruzó la esquina.

—¿Qué haces aquí? —Dafne tenía los ojos enrojecidos por la tensión que acumulaba.

—Tu tía no tenía derecho a hablarte así. —Rozó sus mejillas arreboladas.

—¿Ahora te pones de mi parte? —Dafne apenas tenía fuerzas para mantenerse en pie.

—Supongo que querrás estar sola. —No siguió tras ella.

—Siempre he estado sola, ¿por qué ahora iba a ser diferente? —Se quedó inmóvil frente a la puerta de salida.

—No permitas que Rebeca ensucie la memoria de tus padres. Se nota que ella nunca tuvo lo que ellos vivieron.

Dafne sintió la cara empapada por las lágrimas y avanzó hacia la salida sin mirar atrás. Sabía que no volvería a ver a Ezra, pero la traición de su padre le quemaba el alma y apenas le entraba aire en los pulmones. Su padre era la persona en la que había confiado ciegamente toda su vida, y ahora su recuerdo se había convertido en algo insidioso. No tenía fuerzas para perdonarlo, aún no. Ya no escuchaba el murmullo de la fiesta ni la música, había caminado lo suficiente como para sentir la aparición de laceraciones en la planta del pie. Se quitó los tacones y llamó a un taxi, quería hacer la maleta antes de que toda la familia regresara a la casa de su perniciosa tía Rebeca.

Había vaciado el armario, solo quedaba por recoger el neceser del baño. Se puso unos vaqueros y una blusa granate para viajar cómoda en el trayecto de vuelta. Escuchó una puerta y unos pasos que subían frenéticamente por la escalera.

—¡Dafne! —Cordelia parecía angustiada—. Menos mal que te encuentro.

—¿Qué quieres? —Cerró la maleta y la dejó encima de la cama.

—No quería que te marcharas así. —Respiraba con dificultad y se sentó.

—¿Tú sabías todo esto? —gorjeó.

—La tía se encaprichó de papá y por eso ha dicho todo eso.

—¿Es verdad o no? —dijo hoscamente.

—Sí, papá le fue infiel a mamá —gruñó.

—No me lo puedo creer, ¿y ahora me lo dices? —Dafne cogió la maleta y la arrastró hacia la puerta.

—Tú siempre le has admirado, no quería que conservaras esa imagen de él. Nunca le perdonaré a la tía lo que ha hecho. —Miró al techo—. Es la última vez que piso esta casa.

—¿Cómo se enteró de los líos de papá? —Dafne tragó saliva y se sentó a su lado.

—¿Te acuerdas de aquel verano en el que me apunté a clases de dibujo con Anahí?

—Tenías ocho años. —Dafne se tapó la boca.

—Papá se veía con la madre de una de las niñas. —Se quitó los zapatos—. Bueno, se veía con varias. La tía nos recogía a la salida porque mamá trabajaba hasta tarde. Ella estaba obsesionada con papá. Después de recogernos nos quedábamos horas en el coche para averiguar los lugares que frecuentaba con sus amigas. A veces, hasta las llevaba a su despacho.

—¡Cielo santo! —Dafne se frotó los brazos para sentir algo de calidez—. ¿Por qué no se lo dijiste a mamá?

—Creo que en el fondo lo supo. —Cordelia apretó su mano—. Pero te prometo que papá jamás se le insinuó a Rebeca. Todo lo contrario, fue ella quien lo perseguía. Papá la rechazaba continuamente, por eso la tía se mudó a Galicia. No soportaba vivir en la misma ciudad que nosotros.

—¿Cómo he podido crecer ajena a todo esto? Si me lo hubieras contado jamás habría venido a la boda —le reprobó.

—Anahí no tiene la culpa de tener a una madre que solo piensa en sí misma. Hoy ha estado a punto de arruinarle la boda a su propia hija, imagínate lo que nos haría a nosotras.

—Lo sé, Anahí no tiene la culpa de nada. —Dafne miró el reloj—. ¿Cómo podías convivir con papá sabiendo todo lo que hacía?

—Aquello pasó cuando éramos pequeñas.

—Pero siempre fuiste consciente de ello, yo no tuve que fingir.

—Supongo que era tan feliz que no quería que se rompiera lo que teníamos. —Se quitó el vestido y buscó ropa cómoda para el viaje.

—Nada ensombrecerá el recuerdo que tengo de nuestra familia, Cordelia, pero como marido, papá no estuvo a la altura. —Dafne ayudó a su hermana a hacer

la maleta para marcharse cuanto antes de esa casa.

5

Faltaba una semana para Nochebuena y Dafne ya tenía listo su juego de maletas y el pasaporte para viajar a Nueva York en dos días. Cordelia estaba histérica, su relación con Colin se afianzaría, o no, dependiendo de esta visita. Se habían gastado una verdadera fortuna en ropa y complementos, a pesar de tener la certeza de que una vez allí no los usarían.

Las llamadas se alargaban en la madrugada, haciendo planes y programando actividades.

—¡Ojalá me bese en el puente de Brooklyn! —Fantaseaba Cordelia con su hermana perenne al otro lado del teléfono.

—¿Y si no lo hace?

—¡Le besaré yo! —La escuchó reírse.

—Me parece que las actividades las realizaré yo sola.

—No te preocupes, Colin tiene un compañero en la Fox que está soltero.

—¿Me vais a obligar a pasar las vacaciones con un desconocido? —Dafne se pegó el teléfono a la boca para que su voz le espoleara el cerebro.

—No quiero que te sientas sola en Navidad.

—La soledad es la mejor compañera en estos casos. —Se arrebujo en las mantas.

—¿Aún echas de menos a Ezra?

—Tengo su imagen velada, igual que la de Luca. —Se frotó la sien.

—El tiempo te ayudará a aclarar las ideas, y también Nueva York. —Celebró su hermana.

—¿Es muy tarde para echarse atrás?

—¡Ni se te ocurra dejarme plantada! —rugió.

—¡Es broma, tonta! Tengo todo listo desde hace unos días.

—Hasta el viernes —se despidió con un bostezo.

Estas fechas ponían muy triste a Dafne. Cordelia hacía todo lo posible por organizar viajes, excursiones, visitas a museos o exposiciones de arte..., pero la muerte de sus padres hacía mella y dolía, aunque estuviese cubierta de

diamantes en la ópera de su gusto.

6

Dafne se había comportado de manera hostil con sus padres durante toda la semana. Según ella, no entendían su sensibilidad para con la música. Estaba empeñada en conseguir un piano que había visto en una tienda de antigüedades, pero su madre no estaba dispuesta a arruinar la disposición de los muebles del salón para hacerle hueco a semejante antigualla.

—¿No entendéis que la música es lo que me hace feliz? —replicaba una y otra vez cada vez que se reunían en la mesa.

—Es muy costoso, si aceptaran el pago a plazos... —Su padre intentó hacerla entrar en razón.

—Empieza tocando un órgano —sugirió Carla, su madre.

—¿Un órgano? Claro, de los que funcionan a pilas —rezongó.

—Cuando trabajes y ganes tu propio dinero, te lo podrás gastar en lo que quieras —prosiguió Carla.

—¿Para estudiar música necesito tocar instrumentos! ¿Es que no lo entendéis?

—Dafne se levantó furiosa y se fue a su habitación.

—¿Aún no se lo habéis dicho? —preguntó Cordelia de forma cómplice.

—No. Esta tarde vamos a recoger el piano y a pagar la matrícula en la escuela de música. —Ricardo estaba emocionado.

—¡Va a alucinar! Aunque se está llevando un gran disgusto —susurró Carla.

—Cuando encuentre el piano reluciente en el salón se olvidará de todo. —Cordelia devoró su tazón de cereales.

Dafne se hundió entre los cojines mullidos de su cama y las lágrimas comenzaron a brotar. Temía que sus sueños terminaran agonizando en aquella habitación confortable. Que la sombra de su juventud se desparramara cada tarde en las composiciones fantasmales que acumulaba y que nunca verían la luz. En un arrebato, tomó la carpeta que contenía sus más preciados anhelos y destrozó las hojas de sus creaciones con rabia. Puso los trozos en la papelera y les prendió fuego. Estaba fuera de sí, furibunda y desquiciada por no poder avanzar y sintiéndose presa de una realidad injusta.

—¿Qué estás haciendo? —Cordelia irrumpió en su habitación por el olor a quemado.

—Nada... —Escondió el encendedor.

—¡Así no se consiguen las cosas! —Sacudió la papelera por la ventana.

—¡Déjame en paz! —Dafne se echó en la cama y se tapó la cara con un cojín.

Eran las diez de la noche y Dafne cenaba sola en el salón; Cordelia hacía lo mismo en la cocina. El teléfono sonó y Dafne lo descolgó tomándose su tiempo. A los diez segundos, su rostro envejeció diez años y su voz desapareció por completo.

—Dame, ¿quién es? —Cordelia se aproximó al notar que su hermana permanecía en silencio.

—Papá y mamá han tenido un accidente —dijo sin pestañear.

—¿Cómo dices? ¡Ay! —Cordelia emitió un quejido de dolor que retumbó en toda la casa.

—Están en el hospital, muy graves —continuó, sin inmutarse.

—¡Date prisa, voy a llamar a un taxi! —Fue a buscar una chaqueta.

Cordelia sostenía la mano de su madre y Dafne no se atrevía a separarse de la puerta de la habitación. Su padre estaba siendo intervenido por una grave hemorragia en la pierna.

—Ven aquí —ordenó su madre con un hilo de voz.

—¡Vamos, acércate! —Cordelia tironeó de su brazo.

Dafne la miró con ojos inexpresivos, sin inquietarse. Carla apretó su mano con fuerza y empezó a llorar.

—Me habría gustado verte tocar el piano.

Dafne se rompió y dejó caer su cabeza sobre el pecho de su madre.

—El piano es tuyo, hija. Siempre fue tuyo. Quiero que lo toques con amor, que aprendas todo lo que te permita la vida... —la voz de Carla se apagó. Diez minutos después, Ricardo Sorní también fallecía.

Dafne supo en ese instante que había perdido lo que más amaba, que su amor por la música jamás mitigaría la pérdida y el vacío que aguzaba sus sentidos.

Eran las cinco de la mañana cuando el taxi recogió a Dafne en su domicilio. Cordelia aguardaba en su interior con la cara desencajada y la mirada fija en el teléfono.

—¿Todo bien? —Se interesó Dafne.

—Anoche estuvimos hablando y me dijo que me preparara para lo que me esperaba. —Se ruborizó.

—Empezamos bien... —Se abrochó el cinturón.

—No te preocupes, no voy a permitir que te sientas incómoda.

—Disfruta, Cordi. No estés siempre pendiente de mí.

—Sé lo difíciles que son estas fechas. —Le acarició la mano.

—Eso no es excusa para que no te lances a los exuberantes brazos del señor Colin. —Cambió el tono de su voz.

—Pensé en invitar a Ezra, quizá su compañía te habría alegrado el viaje.

—No puedo vivir con la sombra de un fantasma, aunque en mi caso, hay varias sombras. —Entrecerró los ojos.

—Es como si desaparecieran de tu vida. Los conoces, os enamoráis y...

—El ciclo infernal. —Dafne se acomodó en el asiento para echar una cabezada.

—¿Te quedarás hasta Nochevieja en Nueva York?

—Tengo la fecha abierta, según... —Cerró los ojos.

—Lo pasaremos bien, ya lo verás. —Su hermana se desplazó hacia el otro lado para dormir un poco.

Los asientos del avión estaban fríos, o eso le parecía a Dafne. Los aromas almizclados le revolvían el estómago. Su hermana engullía un bollo de chocolate y ella sonreía al apreciar sus dientes marrones mientras hablaba mostrándole un mapa con los lugares marcados en rojo. Desconectó de la conversación y se centró en un matrimonio que trataba de consolar a su hija pequeña. Ella lloraba porque quería jugar con su nueva pelota en el pasillo. Naturalmente, la madre se negó a su petición.

8

Dafne lloraba porque Cordelia había deshecho sus trenzas mientras estaban subidas en la noria. Su padre le compró algodón de azúcar y un globo de conejito; Cordelia estaba castigada, aunque le compraría lo mismo más tarde. Carla se unió a ellos en el puesto de los frutos secos, había estado trabajando hasta tarde. Ella era profesora de inglés y daba clases en una academia. Cordelia subió al tren de la bruja con su madre en el primer vagón y Dafne se sentó junto a su padre en el segundo. Un hombre disfrazado les propinaba escobazos cada vez que el tren pasaba cerca de ella. Dafne aún continuaba con el berrinche, incluso tragando algodón de azúcar alguna que otra lágrima perlaba su dulce rostro.

Caminaron entre el tumulto y la música que provenía de las diferentes atracciones, pero en un descuido, Ricardo perdió de vista a Dafne. La niña caminó en línea recta tras un sonido muy particular: se trataba de un saxofonista. El hombre tocaba al final de todo el barullo, cerca de las caravanas de los feriantes. Dafne se acercó al hombre y lo escuchó tocar durante un rato, sin percatarse de que estaba sola. El hombre tocaba canciones alegres y Dafne bailaba animada. De pronto, sintió unos brazos temblorosos que la prendían por la cintura. Carla había perdido los nervios durante la búsqueda mientras que su padre intentaba controlar el llanto con Cordelia en los brazos.

A partir de ese instante, Dafne fue consciente del poder que la música ejercía sobre ella. Sus emociones pasaban sin filtro y podía dejarse caer al vacío. Aquel saxofonista consiguió apaciguar su rabia y se olvidó de su enfado con Cordelia.

A los ocho años tocaba casi a la perfección la flauta; a los diez, se apuntó a clases de guitarra; a los trece, debutó en la banda de música. Con dieciséis años dio clases de violín, pero su verdadera vocación residía en aprender a tocar el piano. Sus padres cumplieron su sueño justo antes de fallecer.

Empezó a componer para cantantes locales y así se pagaba las cuotas de la academia de música. Cordelia había dejado los estudios para trabajar como agente de seguros hasta que su hermana se graduase, pero Dafne se graduó y Cordelia se estancó en ese trabajo.

9

Aterrizaron a las una de la tarde en el aeropuerto internacional de La Guardia. Retrasaron la hora de sus relojes, puesto que, aunque habían sido doce horas de vuelo, existen seis horas de diferencia entre Nueva York y España.

—¡Dios, estoy agotada! —balbuceó Cordelia en un largo bostezo.

—Deberías retocarte el maquillaje —sugirió Dafne ante las pronunciadas ojeras de su hermana.

—¿A quién le importa eso ahora? —farfulló.

—¿Esa es la impresión que quieres que se lleve Colin al verte por primera vez?

—¡Colin! ¡Cielo santo! ¡Dame tu espejo! —Se abalanzó sobre ella.

—Date prisa que tenemos que recoger las maletas. —Dafne rebuscó en su bolso.

Dafne se ocupó de las maletas mientras su hermana esparcía una cantidad desmesurada de brillo de fresa en los labios.

—¡Guau! No podrá resistirse a ese brillo colosal —ironizó.

—¿Demasiado? ¡Ay, estoy tan nerviosa!

—Tranquila, esto no es una cita a ciegas. Ya habéis hablado suficiente como para conocer vuestras manías de pareja.

—Lo sé, pero no conozco su olor ni su tacto... —Cordelia se estremeció.

—¿No venía a recogernos? —Dafne buscó con la mirada a algún posible señor Colin extraviado.

—Sí, y en el caso de que no pudiese mandarían a alguien.

—Vamos a sentarnos un momento.

Al cabo de media hora, Dafne notó que alguien sacudía su hombro izquierdo y dio un respingo. Abrió los ojos y una silueta borrosa de pelo engominado le sonreía.

—¡Vamos, está aquí! —Su hermana dio un brinco.

Dafne vio cómo su hermana y un hombre que le daba ahora la espalda charlaban

emocionados. Se levantó para presentarse, pero no pudo terminar la frase:

—Colin, So-o-y Daf... —Su pecho estalló en una ola de lava ardiente que arrasó su garganta. Nada podría salir de ahí.

—Dafne, ¿no es así? Un placer, soy Colin Jefferson. —Estiró su mano con un encanto sobrenatural.

El señor Colin tenía un parecido muy razonable, por no decir, idéntico, al de Luca Grabner y Ezra Grajero. «Esta vez se presenta como el novio de mi hermana, ¿qué retorcida y maquiavélica mano negra orquesta todo esto? ¿Cómo voy a seducir al novio de mi hermana? ¿Cómo voy a soportar las vacaciones de Navidad estando con ellos? Esto es una maldita bomba de relojería que va a estallar de un momento a otro. ¿Qué le digo a Cordi? ¡No puedo estar cerca de él! ¿Se enamorará de mí? ¿Me reconocerá, a mí, a Dafne Sorní? Tengo que poner distancia y alejarme, haré las actividades sola y no daré pie a que Colin se acerque más de la cuenta. Pero, si hago eso, Cordelia sospechará. Tengo que mantener la calma y ser fría». Se repetía una y otra vez mirando a Colin de soslayo.

—¿Qué te pasa? —musitó Cordi.

—Será el *jet lag* —acotó.

—Estaréis agotadas. He acondicionado un dormitorio para ti en mi apartamento, Dafne. No tenéis que ir a ningún hotel.

—¿Y dónde duermo yo? —inquirió Cordi con voz meliflua.

—Te lo explicaré esta noche. —Rodeó su cintura con su brazo nervudo.

—Colin, te lo agradezco, pero me sentiría incómoda en tu apartamento. Os acabáis de conocer y necesitáis intimidad. —Dafne fue incapaz de devolverle la mirada.

—¿Te vas a ir sola a un hotel? —Cordelia se extrañó.

—Sí, y nada ni nadie me hará cambiar de opinión. —Se cruzó de brazos.

—Siento que pienses así, tengo una casa preciosa frente al Central Park, de unos trescientos metros cuadrados y varias plantas. Podrías tener tu propia cocina, terraza, etc.

—¡Vaya! —Dafne se replanteó su respuesta.

—¿Te sentirías menos incómoda? —preguntó, seguro de una respuesta afirmativa.

—En ese caso, todos tendríamos intimidad. De acuerdo, os acompañaré.

—¡Genial! —Cordelia se adelantó hacia la salida.

—Te sentirás como en casa, ya lo verás. —Colin rozó su brazo.

Dafne sonrió tragándose lo que pensaba, pero se sentía agradecida al no tener

que alojarse en un hotel en esas fechas.

Dafne podía vislumbrar desde su habitación la pista de hielo del Central Park. La gente se deslizaba patinando entre los muñecos repletos de luces dispuestos en derredor. Un árbol inmenso de cinco metros se alzaba frente a ellos, con luces violetas. El ambiente era mágico, aún no había nevado lo suficiente como para construir muñecos de nieve, pero la atmósfera irradiaba Navidad por todos los poros de Nueva York. Los árboles sin hojas estaban cubiertos por guirnaldas de luces, creando una pasarela hipnótica cuando los rayos de sol se iban desvaneciendo. Renos de luces se distribuían entre las zonas ajardinadas y los más pequeños hacían el ademán de subirse sobre ellos.

—¿Puedo pasar? —Colin llamó a la puerta.

—Claro. —Dafne respiró hondo.

—Con el horario cambiado seguro que queréis descansar, te traigo algo caliente para que aguantes hasta mañana.

—¡Qué bien huele! —Cogió el tazón de chocolate caliente.

—Tu hermana ya se ha tomado la mitad. Espero que estés agusto en esta habitación.

—Es preciosa, y las vistas aún mejores.

—Tendrás que gritar fuerte para que te oigamos, estamos en la otra punta.

—Mejor así, ¿no te parece? —Se centró en el chocolate para no hundirse en sus ojos.

—Supongo...

—Buenas noches, Colin. —Dio un sorbo al chocolate.

—Hasta mañana. —Cerró la puerta.

Dafne se desveló y pasó horas contemplando la fascinante imagen que componían las luces y el reflejo de las personas que patinaban. En su cabeza se armaban melodías, las notas pululaban como una marea armoniosa. Decidió anotar todas las ideas que le sobrevenían para llevarlas a cabo a su regreso. Buscó su manoseada libreta y un bolígrafo y se alejó de su habitación. Recorrió un pasillo ebúrneo con paneles de cristal a ambos lados; apreciándose la planta inferior y la superior.

La casa era antigua, se notaba que estaba reformada. Era de madera y sus paredes eran muros finos de cristal, exceptuando los baños. El entramado del techo dejaba entrever las vigas ampulosas que intimidaban a los visitantes. El suelo era de *parquet* laminado oscuro. La mayoría de los muebles eran claros,

aunque parecían blancos cuando el sol penetraba por aquellos imponentes ventanales.

Se deslizó por la escalinata de cristal con el miedo de hacer crujir alguno de los peldaños. «Suerte que no llevo tacones», pensaba tanteando la pared, ya que no había barandilla. Parecía una adolescente a la que su padre trataba de cazar llegando a altas horas de la madrugada. Caminaba de puntillas, examinando el territorio enemigo. Sabía que no debía de estar allí, pero su ambición por componer cada vez que la llama de la inspiración venía a ella era más fuerte que cualquier obstáculo. Teniendo en cuenta que Colin estaba con su hermana, no tenía motivos para estar a la defensiva. Ezra y Luca estaban solteros cuando los conoció, «la cadena se ha debido de romper, los clones se irán extinguiendo», se repetía cerciorándose de que realmente estaba sola en la planta baja. Arrastraba una bata de seda rosada que tapaba su camisón de encaje a juego. Como suponía que iba a estar sola en el hotel, solo había previsto pijamas cómodos y ligeros. Calculaba que debía de haber unos veinticinco grados, la calefacción era agradable y le permitía abrigarse menos. Apagó el interruptor del salón, caminó diez metros y se dejó caer en el sofá del fondo.

—¡Agggg! —gritó una voz que se rebullía bajo ella.

—¡Perdón, perdón! No te había visto. —Se levantó inmediatamente.

—¿Qué haces aquí abajo? —Colin se incorporó con los ojos entreabiertos.

—Buscaba un lugar apacible para escribir unas notas. —Cerró su bata.

—Tu hermana ronca demasiado, tuve que bajarme al sofá.

—¿Por qué? Tienes varias habitaciones...

—Pero están cerca de la tuya, no quería que te sintieras...

—¿Incómoda? —Terminó su frase—. Es tu casa, Colin. No puedo permitir que duermas en el sofá.

—Entonces, ¿componiendo a estas horas? —Se sentó a su lado.

—De noche estoy más lúcida; y con las luces, la gente patinando, los villancicos... Me ha recordado a una etapa en la que yo era muy feliz.

—No te gustan estas fiestas, ¿verdad?

—Me hacen sentir insignificante —dijo sucintamente.

—¿Por eso has venido con tu hermana? —Colin respiró hondo al ver como su camisón cimbreaba en sus caderas.

—En parte, sí. Y porque buscaba algunas respuestas. —Cerró su libreta.

Dafne reconoció bajo las gafas de pasta azul, la barba y el pelo alborotado, el rostro de Luca y el de Ezra. Era él, Colin Jefferson era la tercera vida del hombre

al que ella ansiaba descubrir. Sus manos suaves, su torso atlético, el carácter vigoroso..., todo era como ella recordaba.

—Siento haberte interrumpido, debería dejarte sola para que te concentres. —Se levantó con desgana.

—¡No te vayas! —Tiró con fuerza de su mano para retenerlo.

—¿Por qué? —Colin suspiró al rozar la seda de su bata.

—No, discúlpame. Es tarde, yo también me iré a descansar. —No tenía fuerzas para ver en su rostro la incertidumbre que había marcado a Ezra cuando le había confesado la verdad.

Colin retuvo aquel gesto en su memoria, pero se marchó al dormitorio de Cordelia. Dafne se levantó del sofá, asqueada, por haber mostrado debilidad ante él. No quería exhibir ni un atisbo de interés aunque fuese minúsculo. Aquello podía desencadenar una hecatombe emocional y los clones seguirían apareciendo en su vida como si nada.

Dafne percibió un leve cosquilleo en la planta de los pies, pero estaba tan cansada que no abrió los ojos.

—¡Arréglate enseguida que Thomas está a punto de llegar! —Su hermana sacudió el edredón.

—¿Quién es Thomas, el cartero? —dijo en tono cáustico bajo la almohada.

—¡El compañero de Colin, de la Fox!

—¡Y a mí que me importa! —Se cubrió la cabeza con las manos.

—Hoy pasarás el día con él. Colin y yo iremos al Rockefeller Center.

—¿Por qué organizas mi vida? ¡No quiero ir con un desconocido a ninguna parte mientras tú... —Se contuvo al estar a punto de desvelar lo que le atormentaba.

—¿Qué ibas a decir? —Cordelia puso los brazos en jarras y la miró irritada.

—Mira, Cordelia. Está bien, saldré con Thomas. Pero que sea la última vez que planeas nada sin consultarme. Mi tiempo es muy valioso y yo decido con quien pasarlo. ¿Te queda claro? —Hizo el ademán de levantarse.

—Chica, ¡qué humor! No quería que te quedaras aquí sola.

—Lo habría preferido, la verdad.

—¿Puedo pasar? —preguntó Colin tras la puerta.

—¡Menos mal que tendría intimidad! —musitó enfadada.

—¡Claro, Colin! —Le hizo un gesto a su hermana para que guardase silencio.

—Thomas está abajo, ¿qué le digo? —Abrió la puerta unos centímetros.

—Que se vaya a por uvas... —contestó Dafne con la almohada en la boca.

—¿Cómo? —Colin parecía divertido con la respuesta.

—Que en media hora estará lista... —Cordelia sacó un vestido del armario.
—Cariño, he pensado que deberíamos salir también con tu hermana y Thomas.
—¿Y qué pasa con nuestra cita? ¡Tampoco nos conocemos! —Dio un golpe seco en el armario.
—Tenemos una semana por delante para estar solos. —Acarició su cuello para amortiguar su malhumor.
—Vale, saldremos los cuatro —farfulló, cariacontecida.
—Gracias —murmuró Dafne juntando las manos a espaldas de Cordelia.
Colin le guiñó un ojo y salió de la habitación.
—¿También vas a escogerme el modelito? —Enarcó una ceja.
—Chica, no hay quien te aguante. Te espero abajo. —Cerró la puerta.

Dafne se personó en el salón a los cuarenta minutos; los demás tomaban una copa de vino junto a la chimenea.

—Ya era hora. —Su hermana soltó la copa en la mesa de forma brusca, evidenciando que no estaba de humor.

—Me siento halagado de ser el acompañante de una chica tan hermosa. — Thomas inició el cortejo.

—Hoy nos vamos a acompañar todos, ¿no es así? —Dafne esquivó su ataque con maestría.

Colin no dijo nada, solo sonreía y bebía de su copa.

Dafne tomó un abrigo de cuero negro que recubría su vestido azul entallado. El abrigo se unía a sus recias botas de tacón alto. Como toque final, se puso una boina azul.

Thomas extendió su brazo con la intención de caminar junto a Dafne, pero ella apretó el paso.

—Tengo el coche en el garaje, esperadme fuera. —Colin descendió por la rampa que había en el lateral derecho de la casa.

—Thomas, ¿cómo se presentan las fiestas? —Cordelia trató de sonsacarle.

—Ya sabes, haciendo planes con la familia, amigos...

—¿Cómo es que no tienes novia? Eres muy guapo y un hombre exitoso por lo que Colin me ha contado.

—Mucho trabajo. He estado viviendo en diferentes países. No he tenido la oportunidad de echar raíces. —Se humedeció los labios y miró a Dafne.

—¿Dónde pasarás la Nochebuena? Nosotras nos quedaremos hasta Año Nuevo.

—¿En serio? Me alegra saberlo. En Nochebuena no tengo planes, mi familia vive en Newcastle y no me apetece hacer un viaje tan largo este año.

—¿Por qué no te unes a nosotros?

—¡Cordelia, por favor! —interrumpió Dafne—. Te estás extralimitando, la invitación le corresponde a Colin.

—¿Qué pasa? Son amigos. —Cordi estaba disfrutando.

Dafne fulminó con la mirada a su hermana cuando Colin apareció del garaje en su flamante Porsche Panamera negro. Tenía los cristales tintados. Los tres admiraron su nuevo juguete, pero el sonido de la bocina hizo que se apresuraran hacia el coche.

Dafne y Thomas se sentaron atrás, sobre los asientos tapizados en rojo. Cordelia ocupó el lugar del copiloto con orgullo. Sentía que ese era el lugar que le correspondía, junto a un hombre que podía ofrecerle los placeres de la vida sin que ella tuviese que realizar un gran esfuerzo. Vio por el retrovisor la cara de acelga que se le había quedado a Dafne y sonreía. Por primera vez se sentía triunfadora. Había adelantado a su hermana tres peldaños sin apenas proponérselo. La reputada compositora tenía que agachar la cabeza ante ella, no le quedaba más opción que tragar y sentarse en el asiento trasero de su chico. Dafne siempre la eclipsó en cuanto a talento y atenciones; sus trofeos de música relucían en cualquier parte de la casa. Pero esta vez, era ella quien destilaba el sudor del éxito, y Dafne tendría que apartarse para no ser arrollada.

10

Carla cosía el vestido de hada madrina para la fiesta de carnaval del colegio de Dafne. Cordelia, en cambio, se fabricaba el suyo de calabaza flotante con bolsas de plástico y cartulinas.

—¡Mamá, ayúdame a pegar las cartulinas! —suplicaba Cordi envuelta en una maraña.

—¡Tu fiesta no es hasta la semana que viene! —le recordó.

—¡Pero yo también quiero tener listo mi disfraz! —Pataleaba y se revolvía en el suelo.

—La fiesta de Dafne es mañana, no tengo más tiempo para hacerle el disfraz.

—¡Siempre te preocupas más de ella que de mí! —Tiró las cartulinas al suelo.

—¡Ven aquí, niña caprichosa! —Le hizo perder la paciencia.

Cordelia se encerró en su cuarto y Carla golpeó la puerta para que quitase el pestillo.

—¡Muy bien, te quedas castigada sin fiesta de carnaval! —zanjó.

El día de Reyes, los abuelos maternos almorzaban cada año en casa de Carla y Ricardo. Las niñas siempre preparaban una actuación: Dafne tocaba el piano y Cordelia cantaba; Dafne tocaba la guitarra y Cordelia bailaba; Dafne tocaba la flauta y Cordelia recitaba un poema.

Pero ese año, Dafne tenía un resfriado horrible y no tenía fuerzas para tocar. Su hermana, como era tan previsora, había preparado una doble actuación para cubrir el hueco de Dafne. Su idea era representar a dos personajes en una obra de teatro con máscaras y cambio de voces. Aunque no habían transcurrido ni diez minutos cuando escuchó bostezar a sus abuelos y su padre atendía una llamada. Nadie se percató de que Cordelia estaba callada, salvo Dafne. Ella la animó a continuar con la obra y aplaudía constantemente envuelta en su manta polar.

Cordelia regresaba del instituto cuando encontró a un cachorro de labrador en

mitad de la calzada. Su primer instinto fue examinarlo y, posteriormente, llevarlo a casa. El perrito lamía sus manos en agradecimiento y ella lo envolvía dulcemente en el calor de sus brazos.

Lo escondió bajo su cama y colocó un cuenco con comida y otro con agua, pero solo se sentía seguro en los brazos de Cordelia. Lo envolvió en una manta y se acurrucó a su lado mientras hacía los deberes, pero no era suficiente, quería toda su atención. Emitía ladridos que enturbiaron el silencio que Dafne necesitaba tarde tras tarde para tocar sus piezas de piano. Carla no tuvo más opción que entregar el perro a una vecina, rompiéndole así el corazón a Cordelia.

11

Dafne se remecía en los asientos color sangre del señor Colin Jefferson. Se sentía presa en la boca de un lobo que regresaba a ella cada vez que trataba de rehacer su vida, recordándole que ella no era nada sin él, ni él sin ella. Sus manos sudaban y se marcaban en el cuero rojo, restregándose ansiosa por llegar a su destino. Thomas no la ayudaba a relajarse, el sutil desplazamiento de sus brazos por rozar sus rodillas le producía unas ganas imperiosas de abrir la puerta y saltar del coche.

—¿Te importa si Thomas cena con nosotros en Nochebuena? —dijo Cordelia en un tono que se clavó en el estómago de Dafne.

—¿No vas este año a NewCastle? —preguntó Colin extrañado—. Me dijiste que ya tenías la reserva.

—He cambiado de opinión. —Thomas le lanzó una mirada lasciva a Dafne.

—Te gusta mi hermana, ¿es eso? —La mirada de Cordelia era similar a la de un cazador furtivo.

—¡Cordelia, por favor! —replicó Dafne.

—A mí no me importa que cene con nosotros siempre que a Dafne no le moleste.

—Colin le recordó que la opinión de su hermana también importaba.

—¿Pretendes dejar solo a tu amigo en una noche como esa? —insistió Cordelia.

—No me malinterpretes, pero Thomas sabe cuidarse muy bien. —Las miradas de Dafne y Colin se fundieron en el espejo retrovisor.

—No os preocupéis, chicos. No me vuelven loco estas fiestas —apostilló.

—No pretendía dejarte a un lado, por mi parte no hay problema. —Dafne quería olvidar el asunto.

—¡Perfecto, yo llevaré el pavo! —convino.

—Yo pongo la casa, el vino y las mujeres... —bromeó Colin con la intención de molestarlas—. No, en serio, estáis invitados.

—Insisto, el pavo corre de mi cuenta.

—Como quieras, pero vosotras sois mis invitadas.

—En ese caso, Dafne y yo nos encargaremos de la decoración. —Cordelia se

frotó las manos.

—¿Hay que llevar regalos? —Thomas ansiaba una respuesta afirmativa.

—Como queráis, aunque yo no sigo esa tradición. —Colin vaciló.

—Sería bonito. —Cordelia imaginaba la joya que le regalaría su chico.

Colin aparcó entre dos Lamborghinis en el *parking* del Rockefeller Center. Sacó su chaqueta de terciopelo azul del maletero y se la puso encima de su camisa blanca y una corbata del mismo tono azulado. Sin premeditarlo, había escogido el mismo tono del vestido que lucía Dafne.

Cordelia tomó su mano y se encaminaron hacia las escaleras para salir del *parking*; Dafne y Thomas siguieron tras ellos. Thomas se fijó en cómo se contorneaban los muslos de Cordelia en aquellos ceñidos pantalones de cuero negro.

—Te quedarían bien unos como esos —le dijo a Dafne en voz baja—. ¿Quieres que te los regale en Navidad?

—No, gracias. Regálaselos a tu abuela... —Alzó la voz para que los demás la oyeran.

—¿Qué pasa ahí atrás? —Colin contuvo una carcajada.

—Tu amigo, que necesita una mano firme. —Dafne le dio un golpecito en el hombro.

—Eres la persona idónea para hacerlo entrar en razón, no tengo la menor duda.

—Colin se giró.

—¡Eso! ¡Átame, Dafne! —Thomas se arrodilló para seguirle el juego.

—Anda, levántate. No me hagas pasar más vergüenza, por favor. —Le ofreció su mano.

Decidieron almorzar en el Rock Center Café tras darle una gran sacudida a las tarjetas de crédito en las *boutiques* de la zona comercial. El día se tornó lluvioso y abandonaron la terraza para cobijarse en el salón del restaurante. El ambiente era cálido, los tonos anaranjados entre deliciosas sombras cubiertas por guirnaldas navideñas hacían de él un lugar placentero. Las guirnaldas recorrían el techo dispuestas de forma vertical, una central y dos a cada lado. Hojas de pino, espumillón rojo y dorado se entremezclaban con luces blancas intermitentes. Las mesas y la barra eran de madera.

El camarero se acercó hasta su mesa y encendió una pequeña vela roja que había en el centro. Pidieron hamburguesas, patatas y dos ensaladas para compartir. Dafne se miraba en un espejo que había extraído del bolso y se acicaló con la

misma rapidez que un niño pequeño. Cordelia le pidió que se lo dejara un momento y repitió la misma operación.

—Estoy agotada, los zapatos me están matando. —Cordelia estiró las piernas.

—Ir de compras en Nueva York no es tarea fácil, cariño. —Colin leía la carta de los postres.

—¿Te has comprado ropa interior? —Thomas asió las bolsas de Dafne.

—¡Ni se te ocurra mirar! —Apartó sus manos bruscamente—. ¡A ti te lo voy a decir!

—Nos hemos comprado unos modelitos preciosos para Navidad —Cordelia desveló el misterio.

—Nosotros hemos comprado los regalos, listillas —dijo Thomas enardecido.

—A ver si adivinas lo que te he comprado yo. —Dafne mostró la bolsa que contenía los regalos.

—Con lo mala que eres... seguro que una esponja usada. —Hizo una mueca.

—¡Por Dios, Colin! Tu amigo tiene una mala imagen de mí. —Dafne se divertía con los comentarios punzantes de Thomas.

—Yo te he comprado algo muy especial. —Puso ojos de niño lastimado.

—Espero que no sean unas bragas... —se apresuró a decir.

Los cuatro se desternillaron hasta el punto de acaparar la atención de algunos clientes. El camarero les llevó a la mesa el pedido y devoraron las hamburguesas con lágrimas en los ojos.

Regresaron a la casa de Colin antes de que anocheciese, ya que Thomas trabajaba de noche y tenían que dejarlo en los estudios de la Fox; Colin no trabajaba durante esos días.

—Mañana podríamos decorar la casa. —Cordelia se quitó el abrigo a toda prisa para ir al baño.

—Me parece perfecto. —Colin se dirigió a la cocina para tomarse una copa.

—Yo os ayudaré en lo que pueda, pero no soy muy buena en esas cosas. —Dafne subió por la escalera de cristal.

—¿Te apetece una? —Colin agitó el vaso.

—Sí, con dos hielos. Ahora bajo.

—Cordelia, ¿quieres algo? —Colin se asomó al pasillo.

Un portazo que provenía del baño fue el único que respondió a su pregunta.

Dafne se puso un pijama de seda rosa con una bata del mismo color encima. Bajó al salón y encontró a Colin con la camisa desabrochada tumbado en el sofá. Ella se acercó a la barra americana que atravesaba la cocina y cogió su copa. La olió

y se le encendieron las mejillas.

—¿Cómo sabes que bebo ron? —Se aproximó al sofá.

—No sé, intuición...

—Tiene que ser algo más —murmuró.

«Ezra me sirvió una copa en la despedida de Anahí, le pedí ron. ¿Cómo sabe Colin que bebo ron? Tiene que tratarse de un recuerdo, tiene que ser una señal de que no está todo perdido», divagaba entre el crujir de los hielos.

—¿Cordelia viene ahora? —Dafne rompió el silencio.

—Se está dando un baño, tardará un rato. ¿Te molesta que esté así?, es que estoy agotado.

—En absoluto. —Dafne admiró su cuerpo arcilloso tumbado en el sofá—. Por cierto, ¿qué hay de tu familia?

—Mis padres de acogida viven en Brooklyn, pero este año pasarán las vacaciones en Italia.

—Me alegro. —Se detuvo frente al ventanal que daba al Central Park.

—Cordelia me contó lo que le ocurrió a tus padres, lo lamento mucho.

—¿Te dijo que fue por mi culpa? —Su cuerpo vibró por la tensión acumulada.

—¡Dafne!, ¿pero qué dices? —Colin se incorporó.

—Murieron porque yo insistí en que me comprasen un piano... Y nunca regresaron. —Su actitud flemática era lo único que la sostenía.

—¡Fue un accidente!

—¿Eso es lo que te ha dicho Cordelia? —Lo miró a los ojos.

—¡Por supuesto! ¿Acaso crees que tu hermana te culpa por ello? —Se situó junto a Dafne.

—Siempre he notado en ella una especie de rechazo.

—Tu hermana te adora, me hablaba de ti todos los días. De hecho, llegó un momento en que tenía más curiosidad en conocerte a ti que a ella. —Sostuvo su mano con delicadeza.

—¡Eso no viene al caso, Colin! —Dio un trago a su copa.

—¿Thomas puede bromear contigo y yo no? —Cogió su vaso vacío y regresó a la cocina.

—Thomas es..., ya sabes, inofensivo. —No quería profundizar en el tema.

—¿Y yo no? —Le preparó otra copa.

—Tú estás con mi hermana. —Hizo acopio de todas sus fuerzas para no derrumbarse.

—Pero no estoy ciego, ni soy sordo. Desde que llegaste he notado algo extraño, no sabría explicarte. —Le devolvió el vaso y ella se estremeció al rozar sus

dedos.

—La Navidad vuelve loco a todo el mundo. —Apretó el nudo de su bata rosada.

—Será eso... —Colin se tumbó de nuevo en el sofá de cuero *beige*.

Cordelia apareció envuelta en un albornoz blanco y analizó la escena. Colin, expectante por la reacción de Dafne, se levantó y besó a Cordelia. Los dos se alejaron por el pasillo ante la mirada contrita de Dafne. El ruido del pestillo de la habitación de Colin le heló el corazón, aunque ya se había preparado mentalmente para ello. Se deslizó arrastrando sus pantuflas rosadas hasta la cocina y se sentó en un taburete. Abrió la botella y llenó el vaso, también puso dos rodajas de limón. Bebió hasta que su rabia se apaciguó y los pensamientos se quietaron en las luces de la noche. Las bocinas de los coches se oían lejanas, los gritos de los niños que había en el parque se fueron apagando y las ligeras gotas de lluvia cesaron.

12

Dafne apretaba la mano de su madre recién fallecida y gritaba con un dolor tan agudo que pensaba que le iba a estallar el pecho. Cordelia se sentó en la silla y esperó a que su hermana se retirase para despedirse de su madre, pero el cirujano que había operado a su padre la hizo salir de la habitación. No hizo falta que le explicase lo ocurrido, ella leyó en sus ojos el mensaje de muerte que traía.

—¡Papá también ha muerto! ¿Vas a tocar ahora el piano, eh? ¡Toca algo, venga! —gritaba enloquecida con la puerta entreabierta.

—¿Qué estás diciendo? ¡Para, por favor! —suplicó Dafne.

—¡Todo esto es por tu culpa! ¡Te pusiste tan pesada que no tuvieron otra opción! Pidieron dinero al banco para poder pagar el piano y tus clases. ¡Toca, anda!

—¡Cállate! ¿Cómo iba a pensar que acabarían así? —Dafne lloraba sobre el pecho de su madre.

—¡No la toques, no tienes ningún derecho! —Cordelia la apartó de su lado.

—¡Déjame, no quiero irme!

—¡No te mereces estar aquí, vete! —Forcejeó con su hermana.

Dos enfermeras entraron y tuvieron que mediar entre las hermanas para evitar que se hiciesen daño. Una de ellas le inyectó un calmante a la fuerza y las acompañó a otra sala.

—A partir de ahora, tú te costearás tus clases —dijo Cordelia con un hilo de voz.

—Me iré de casa.

—Es lo justo, no pienso mantenerte. —Su voz glacial destruyó a Dafne.

—¿Por qué eres tan cruel? ¿Qué te he hecho? —Dafne se deshizo en lágrimas.

—Siempre has sido egoísta y caprichosa. Papá y mamá te lo dieron todo sin pestañear. Tuve que prestarles dinero para hacer frente a los gastos del maldito piano. Y ahora...

—¡Yo no los he matado, Cordelia! —Dafne se abrazó a su cuerpo porque no era capaz de resistir tanto dolor.

—Pero eres responsable de su muerte —afirmó su hermana con la frialdad de un bloque de hielo.

13

Dafne madrugó para desayunar sola, lo último que le apetecía era ser testigo de los arrumacos de la parejita aún no consolidada. Pero antes de que terminara de engullir sus tostadas apareció Colin con una enorme caja repleta de adornos navideños.

—Espera, que hay más... —Sonrió ante la mirada atónita de Dafne.

Colin arrastró varias cajas hasta el centro del salón.

—¿Y esto? —Dafne no se movió del taburete.

—¿No queríais encargarnos tú y Cordelia de la decoración?

—Sí, pero esto es una barbaridad. Con esto podrías adornar un edificio entero.

—Me gusta acumular cosas. —Extrajo algunas bolas rojas de purpurina.

—Nos llevará todo el día decorar la casa —afirmó con la boca llena.

—Yo os ayudaré, no tengo nada que hacer hoy.

Dafne abrió una de las cajas y comenzó a sacar algunos manteles con renos bordados, calcetines rojos para colgar en la chimenea, servilletas con muñecos de nieve sonriendo, una bola de cristal que tenía un ángel en el centro y una estrella de cartón que tenía el nombre de Luca Grabner escrito a mano.

—¿De qué conoces a Luca Grabner? —Su corazón se desbocó.

—No me suena, ¿por qué lo dices? —Colin colgó una de las guirnaldas sobre la chimenea eléctrica.

—Aquí figura su nombre. —Le enseñó la estrella fabricada a mano.

—No tengo ni idea de cómo ha llegado esto a mi caja. No es mío ni de nadie que conozca.

—¿No me estás mintiendo? —Su tono acusador le desconcertó.

—¿Por qué te pones así? ¿Tú sabes quién es? —Caminó hacia ella.

—Jamás he conocido a nadie con ese nombre —mintió.

—No le demos más importancia entonces.

Dafne abrió otra caja y continuó examinando los adornos con fruición. Todos eran artesanales, parecían fabricados por los propios elfos. Un juego de velas en miniatura llamó su atención, y una familia de renos con bufandas de colores.

Colin le regaló las velas y los renos al contemplar la emoción que destilaba su mirada pueril.

—¿No decías que no te gustaban para nada estas fiestas? —Envolvió las velas.

—Son los adornos más bonitos que he visto en toda mi vida. —Abrió otra caja.

—Espero que Cordelia opine lo mismo. —Miró el reloj e hizo una mueca.

—En vacaciones no pone la alarma. —Dafne se refociló ante el despliegue de colores.

—¿Por qué has madrugado tanto?

—Desde que estoy en Nueva York no he conseguido dormir una noche entera.

—¿Es por la cama?, ¿el ruido?, ¿el alcohol? —Tiró a la basura la botella de ron vacía que había dejado Dafne en la barra de la cocina.

—Anoche nos hicimos compañía. —Se dio media vuelta—. Pero no tiene nada que ver.

—Tu hermana me contó que te habían roto el corazón, ¿es por eso?

—Cordelia habla demasiado, nunca aprenderá... —Se mordió la lengua.

—Solo me habló de dos hombres que habías conocido, no sé nada más.

—¿Dónde pongo este cuadro de Papá Noel? —Cambió de tema.

—¡Vaya, no sabía que tenía ese cuadro! —Se lo quitó de las manos.

—¡No puede ser! —prorrumpió al ver que tenía escrito el nombre de Ezra Grajero en la parte trasera que estaba forrada de corcho.

—¿Cómo diablos...? ¿Quién es Ezra Grajero? ¿Quién ha estado hurgando en mis cosas? —Colin abrió las cajas restantes.

—¿Ha vivido alguien más en este lugar? —Dafne buscaba una respuesta lógica que acallara sus temores.

—No. ¿Cómo puedo conservar cosas de personas que no conozco y que nunca han estado en mi casa? —Paseó alterado por el salón.

—Tal vez, un regalo...

—No tiene sentido. ¡Tú sabes algo! Te has puesto como una fiera cuando has visto sus nombres grabados en los adornos.

—¿Estás loco? Me ha sorprendido ver el nombre de otras personas, nada más.

—¡No te creo! ¿Qué sabes? —La acorraló contra la pared.

—¿Qué está pasando aquí? —irrupió Cordelia en el salón con el rictus desencajado al encontrar a Colin tan cerca de Dafne que casi rozaba sus labios.

—¡Nada, Cordi! Estamos discutiendo acerca de los adornos que vamos a colgar en esta pared. —Se zafó rápidamente de él.

—¿Y por eso estáis tan juntos? —Frunció el ceño.

—Es que he tropezado, cariño. —Guardó el cuadro de Ezra Grajero en una de

las cajas.

—Está quedando bonito, me gusta. —Cordelia cambió de sitio las velas de corazón.

—Perdona por haber empezado sin ti, pero es que Dafne se moría de ganas. — Colin le hizo burla.

—¡Serás...! —Ella le lanzó un cojín a la cabeza.

—No me importa, estaba cansada después del recital de anoche. —Besó a Colin con vehemencia.

Dafne estaba tan distraída pensando en los adornos de Luca y Ezra que ni se inmuto. «Es otra señal más de que Colin está ligado a ellos. Sus otras vidas se están manifestando, ¿significa eso que pronto recordará también lo que siente por mí?», se repetía una vocecita en su cabeza como un eco perenne.

Cordelia se paseó triunfante con su camión negro, se preparó un café solo y se limitó a ver cómo distribuían el resto de figuras navideñas. El teléfono de Colin vibró:

—Es un mensaje de Thomas, nos invita a una fiesta mañana.

—¡Pero Mañana es Nochebuena! ¿No íbamos a cenar aquí? —Cordelia maldijo a Thomas en sus adentros.

—Dice que unos amigos han venido a visitarle desde Londres y que no podrá venir. Que si no nos importa cenar en su casa.

—¿Vamos a cenar con unos desconocidos en Nochebuena? —se quejó Dafne.

—Bueno, yo también era un desconocido hace tan solo unos días... —le recordó sin despegar la mirada del teléfono.

—Entonces, ¿para qué estamos decorando la casa? —Cordelia terminó de tomarse el café.

—Porque es Navidad, ya organizaremos otra cena para Año Nuevo.

—Está bien, dile que iremos. —Su chica abandonó el salón.

Faltaba una hora para que diese comienzo la cena de Nochebuena en casa de Thomas. Dafne había elegido un vestido blanco con transparencias en la espalda y en la cintura. Los tacones y el bolso eran plateados, a juego con una pequeña diadema de lentejuelas.

Colin cerró la cremallera del vestido negro de Cordelia; apenas cubría sus muslos y lucía un pronunciado escote.

—¿No vas a pasar frío? —apuntó Colin con sonrisa libidinosa.

—Ya entraré en calor. —Se hizo un pequeño recogido en el pelo.
—Te espero abajo, no tardes. —Colin salió de la habitación.

Se estaba calentando las manos en la chimenea cuando escuchó unos tacones martillar la escalera de cristal. Se giró y vio a Dafne envuelta en una aureola blanca. Su vestido definía el concepto de elegancia que Colin tenía en mente, deslizándose con una sutileza que le hizo agonizar. Intentó armar una frase coherente, pero solo se paseaban monosílabos por su cabeza. Con Cordelia no había tenido esa sensación ni cuando se conocieron. Dafne hizo una pausa en los últimos peldaños al engancharse su zapato en el forro del vestido.

—Cordelia no tendrá ese problema. —Colin ayudó a Dafne diligentemente.
—¿A qué te refieres? ¡No me digas que se ha puesto el vestido negro! —Puso los ojos en blanco.

—Ese mismo...

—Siempre le gusta llamar la atención, ya te irás acostumbrando.

—Por cierto, estás deslumbrante. —La acompañó hasta la chimenea.

—Tú también. Ese color resalta tus ojos. —Acarició la solapa de su chaqueta azul, a juego con la pajarita.

—Dafne, yo creo que me estoy volviendo loco, pero...

Cordelia bajó las escaleras satisfecha por la elección de su vestido prácticamente inexistente.

—¿Nos vamos? —vociferó antes de llegar al salón.

—¡Qué remedio! —masculló Dafne avergonzada ante el ridículo que haría su hermana en la fiesta.

Thomas abrió la puerta excesivamente adornada de su flamante ático acompañado por dos exuberantes rubias que parecían sacadas de un catálogo.

—¡Feliz Navidad! —alardeó—. Entrad antes de que Alana y Ruby cojan un resfriado.

—¿Alana y Ruby? —Dafne miró a Colin y entrecerró los ojos—. Muy típico de él. Dafne quedó perpleja al contar unas cien personas.

—¿No decías que solo venían tus amigos? —Puso los brazos en jarras.

—No te pongas celosa, sigues siendo mi favorita. —Thomas colgó los abrigos.

—Esto es demasiado —secundó Colin, sobrepasado ante el despliegue de luces, mesas con canapés y una improvisada pista de baile en el *solárium*.

—¡Me encanta! —Cordelia se hizo un hueco entre los invitados.

—Ahí tenéis comida y bebida. —Thomas se dirigió al *solárium* con sus despampanantes amigas.

—No era lo que habíamos planeado, ¿verdad? —Colin era remiso a una fiesta desorbitada.

—Anda, comamos algo. —Dafne buscó una mesa libre.

El ático de Thomas se situaba en Midtown, una zona de Manhattan en la que se pagaría un millón de dólares por un minuto de silencio. Rodeado por excelsos edificios, hoteles, afamadas *boutiques* y próximo a Times Square. Era muy espacioso, tenía dos plantas y un *solárium* que, esa noche, cumplía la función de almacén de bebidas y pista de baile.

A Dafne le encantaban las paredes de ladrillo y la pequeña cascada que sobresalía de uno de los muros del salón. Apenas divisó adornos navideños, tan solo un Papá Noel de grandes dimensiones recubierto de chocolate al que ya le faltaban algunas extremidades.

Dafne probó varios aperitivos de salmón, caviar y algo de marisco. Colin le ofreció una copa de vino tinto mientras buscaba con la mirada a Cordelia.

—Ahí está. —Dafne señaló con su copa en dirección al *solárium*.

Cordelia bailaba con un grupo de chicos y parecía no importarle nada más.

—Tranquilo, es así con todo el mundo —lamentó al instante lo que acababa de decir.

—No me importa. —Colin no mostró interés.

—¿Mi hermana realmente te gusta? —Dafne clavó su mirada en él.

Thomas se acercó por la espalda y sorprendió a Dafne.

—Bueno, ¿vas a bailar un rato conmigo? —Giró sobre sí mismo.

—¡Vaya, pensé que te habías olvidado de mí! —Entregó su copa a Colin y se levantó, alborozada.

Thomas la indujo a caminar hacia la pista de baile y la besó en la mejilla a traición.

—Mi amigo se muere por ti —le susurró al oído.

—No digas tonterías. —Sus mejillas se encendieron y su respiración se aceleró.

—¿Quieres que te lo demuestre? —Posó la mano en su cintura.

Dafne asintió con la mirada inocente de una niña desvalida.

—¿Por qué haces esto? —titubeó.

—Porque Cordelia no se merece a mi amigo —contestó adustamente—. Lo siento, Dafne, pero sé que estuvo chateando con otros colegas del trabajo.

—Eso fue hace meses, antes de conocerlo.

—Te estoy hablando de ayer mismo. Mira, tengo capturas de los mensajes que les ha enviado. —Le mostró el teléfono.

—¿Está engañando a Colin? —Una llamada la quemó por dentro.

—Chsss... Nadie puede saberlo. No sé si lo engaña, pero no es del todo sincera.

—Ya veo. —Se sintió abatida.

—Deberías alegrarte, tienes vía libre. —Su voz socarrona la dejó sin aliento.

—No es tan sencillo...

—Colin es un caballero, y jamás te dirá nada por temor a que lo rechaces.

—Te olvidas de que aún está con Cordelia, no pienso inmismirme.

—Yo no tengo nada que perder —zanjó, marchándose del *solárium*.

Dafne se quedó petrificada en la pista de baile. Su voz se resquebrajaba en el sonido de la noche, entre las miradas furtivas de la gente que se abrazaba mientras celebraban la Nochebuena en el ático lujoso de Thomas. Cordelia continuaba ensimismada en su afán por demostrar que su vestido era el más atrevido de la fiesta. Thomas se aproximó hasta su círculo de amigos y habló con dos de ellos. Parecían asentir a su proposición a la vez que Cordelia trataba de hacer bailar a Thomas. Uno de los amigos de su círculo la invitó a una copa en otra sala y cerró la puerta. En ese instante, Thomas se dirigió hacia Colin y le pidió que lo acompañase. Dafne descubrió las intenciones de Thomas: él pretendía dejar en evidencia a su hermana y así zanjar su relación para que ella pudiese estrechar lazos con Colin. Dafne fue incapaz de moverse, sus pies parecían estar pegados a un bloque de cemento. Su respiración se agitó al ser consciente de que esa noche su destino podría cambiar. Colin, por fin, estaría frente a ella y la miraría como la habían mirado Luca y Ezra. En el fondo, deseaba que Colin terminase con su hermana, tenía la certeza de que Cordi sentía algo hacia él, pero no sabía muy bien el qué. Le había dicho que deseaba besarla en el puente de Brooklyn, pero no había visto en ella atisbos de un deseo incontrolable, más bien, notaba que competía con ella. Sentía que el interés de su hermana hacia Colin no era iniciar una relación formal, sino un estado pasajero para evidenciar que ella podría tener a un hombre más importante que los que Dafne había tenido en su vida. Y eso le causaba cierto pavor, no podía creer que su hermana hubiese llegado tan lejos. En más de una ocasión le había confesado que se sentía inferior, que sus padres le habían dado todo a ella; en cambio, Cordelia siempre había sido la segundona, recogiendo las migajas que ella dejaba. «Pero no es justo para Colin ni para mí. No es justo que Cordelia use a Colin como un trofeo para demostrarme que ella puede conseguir al hombre que quiera, incluso estando en otro país».

Esa noche, Dafne sentía más cerca a Colin. Percibía que el tercer clon podría abrirse a ella y tendría la posibilidad de concluir el ciclo de las cinco vidas. Thomas no sabía nada de esto y sin sospecharlo, la estaba ayudando a conseguir ese amor, esa pasión sana que ella siempre tenía en mente.

Los pasos de Colin seguían a los de Thomas, y justo cuando abrió la puerta, Colin retrocedió. Thomas entró en primer lugar y encontró a Cordelia echada sobre la mesa, su amigo le estaba besando el cuello. Ambos fueron testigos del engaño que se estaba produciendo y Colin se marchó del ático sin decir adiós. Thomas buscó la mirada de Dafne; su rictus era pétreo. Cordelia rompió a llorar y se encerró en el baño. Thomas regresó al *solárium* y le pidió a Dafne que fuese al apartamento de Colin, que él la llevaría en su coche, pero ella se negó a ir con él y decidió llamar a un taxi. Le rogó que no le dijese a su hermana que ella se iba de la fiesta. Bajó en el ascensor y vio a Colin caminando de espaldas, en ese momento desechó la idea de llamar al taxi. Tras diez minutos caminando, se percató de que se dirigía al puente de Brooklyn. Dafne apretó el paso y Colin se paró junto a un banco. Ella se acercó, no dijo nada, solo escuchó su respiración agitada y esperó a que se calmase. Después, susurró su nombre y él la abrazó.

—No te imaginas la vergüenza que me produce lo que te ha hecho mi hermana.

—Escondió la cabeza en su pecho.

—No tienes nada que lamentar, Dafne. —Le acarició el cabello y besó su frente.

—No sé qué decir, pensaba que ella sentía algo importante. Por esa razón vinimos a Nueva York. —Midió sus palabras para no sucumbir al deseo.

—Yo también pensaba que había algo, pero según pasaba el tiempo noté que su interés iba cambiando. —No había tristeza en su voz.

—Supongo que mañana nos marcharemos de aquí, me apena no pasar Año Nuevo con vosotros. Me empezaba a caer bien Thomas. —Su aroma le nubló los pensamientos.

—No quiero que te vayas. —Apretó su mano y la besó.

—Los dos sabemos que es una situación complicada, además, ¿qué sentido tendría que yo me quedara aquí sin Cordelia?

—Sé que es pronto y raro que te diga algo así, Dafne, pero siento cosas por ti.

—¿Qué me quieres decir con eso? —Sus piernas no la sostenían.

—Me siento completo cuando estás cerca, cuando te veo pasearte por el salón en pijama, cuando estamos desayunando juntos. No necesito mucho más para darme cuenta de que eres tú, y no Cordelia. —Dafne notó cómo se le aceleraba el pulso y se le secaba la garganta.

—Colin... —suspiró.

—No te vayas, Dafne. Quédate hasta Año Nuevo, por favor. —Acarició su pelo y respiró su aroma.

—¿Y luego qué?

—La idea es seguir conociéndote, Dafne. No sé, no puedo pensar en el futuro en este momento. Tú has removido todo lo que sentía, eres muy especial para mí. Es muy raro, tengo sueños contigo, parece que he estado soñando contigo toda la vida. Pensaba que iba a enloquecer, pero has sido un regalo precioso de Navidad.

—¿Y qué pasa con Cordelia?

—No me gustaría que continuara viviendo en mi casa. Sé que esto cambia totalmente vuestros planes para estas fiestas, pero no puedo permitir que se quede. Que se busque un hotel o que regrese a España. De hecho, preferiría no cruzarme con ella esta noche cuando llegue a casa.

—Le pediré a Thomas que la acoja en su ático, no me gustaría que pasara estos días sola en un hotel. Aunque si él no acepta, que es lo más seguro porque tú eres su amigo y te ha traicionado, no tendré más remedio que irme con ella a un hotel.

—¿Lo dices en serio, Dafne? ¿Cómo puedes seguir pensando en cuidarla? —Sus manos se apoderaron de su cuerpo.

—Bueno, es una historia larga. Desde que murieron nuestros padres ella tomó las riendas y siempre estuvo ahí, supongo que por eso actúa ahora de esa manera. No reconozco en qué se ha convertido.

—Tú y yo nos merecemos una oportunidad. Te irás en una semana. Puedes quedarte en la misma habitación, pero podemos hacer cosas juntos; me gustaría enseñarte Nueva York.

—Vine con Cordelia y me iré con ella. Mañana tomaré una decisión. Espero que me explique lo que ha pasado, no voy a tolerar más excusas. Más que me duele a mí todo esto... Te siento tan cercano y tan lejano al mismo tiempo... Es como si no pudiese acceder a ti. Yo quiero estar contigo, pero hay tantas barreras. Parece que todo se derrumba a nuestro alrededor. —La angustia se apoderó de su garganta y las lágrimas brotaron con facilidad.

Colin tomó la mano de Dafne y la besó, se acercó a su rostro y la besó en los labios. Justo cuando la estaba besando, Colin desapareció. Su cuerpo fue arrastrado como un aroma que se eleva en la brisa de la noche. Dafne gritó, pensó que se había caído del puente. Buscaba una explicación coherente a lo que había ocurrido ante sus ojos. Colin se había esfumado, su cuerpo se había volatilizado en millones de partículas. No había restos de sangre ni nada que indicase que había sufrido un accidente. Se había evaporado.

Dafne temblaba por el frío, el miedo y la inseguridad, no sabía qué hacer. Todo parecía desvanecerse. Decidió llamar a Thomas, aunque tardó un tiempo debido al temblor de sus dedos. Escuchó su voz entre el bullicio de la fiesta y le contó lo que había ocurrido, pero su asombro fue en aumento al escuchar que él no conocía a nadie por ese nombre, ni trabajaba con un tal Jefferson en la Fox, y que no tenía idea de lo que le estaba contando. Thomas colgó, pero al cabo de unos segundos Dafne volvió a llamar para preguntar por Cordelia. Le dijo que su hermana se había marchado de la fiesta y le preguntó a Dafne el motivo de su marcha repentina del ático, que su hermana la había estado buscando. Dafne colgó, enloquecida; lloraba, gritaba y buscaba en su bolso cualquier cosa que fuese de Colin. Marcó su número de teléfono, pero no daba señal, como si él nunca hubiese existido. Dafne pensó que necesitaba ayuda, ¿y si Colin era un espejismo, y si nunca había vivido?, pero necesitaba corroborar la verdad con su hermana. Era la única que podía ofrecerle alguna pista. Cordelia descolgó el teléfono y le dijo que la estaba esperando en el hotel, que aunque Thomas la había invitado a pasar la noche en casa, ella no quería dejarla sola en el hotel en el que estaban hospedándose desde hacía algunos días. Le preguntó por Colin, y su hermana se sorprendió; no tenía constancia de todo lo que Dafne le estaba relatando a viva voz. Cordelia, en su defensa, le explicó que el motivo de su viaje a Nueva York era Henry, el compañero de Thomas, de la Fox, pero que no le interesaba como pareja. Dafne insistió en que se habían alojado en la casa de Colin, junto al Central Park. Cordelia le recordó que su hotel se encontraba también al lado de ese parque. Dafne le recriminó que le negara lo que habían vivido juntas y le colgó.

Paseó por el puente tratando de buscar algún rastro de Colin, pero pensó que la casa sería la prueba fehaciente que necesitaba.

Dafne bajó del taxi, horrorizada, la casa no era tal y como la recordaba: el buzón tenía otros nombres y parecía estar ocupada por otra familia. No había rastro de las paredes acristaladas ni ningún otro indicio que denotara que Colin había vivido ahí. Es más, había una bicicleta aparcada en la entrada, un perro en el interior de su caseta... Todo indicaba a que la familia que residía en esa casa llevaba años instalada allí. «¿Cómo puede desaparecer una casa, una persona, una vida, su identidad, esfumarse sus recuerdos...? Ni tan siquiera sus amigos o su propia hermana; todos renegaban de esa historia». El garaje tampoco estaba, en la entrada distinguió otro coche aparcado, pero no era el de Colin. Y en el jardín halló algunos juguetes desparramados.

Dafne no tuvo más opción que regresar al supuesto hotel en el que su hermana y

ella se estaban alojando. Su situación era próxima a la casa de Colin, más al este del Central Park. Se bajó en la entrada del hotel y buscó la habitación que Cordelia le había indicado por teléfono. Entró como si le pesara el alma, Cordelia se abalanzó sobre ella y empezó a besarla.

—¿Pero qué te ha ocurrido? —Se angustió al contemplar su vestido blanco manchado, su rostro emborronado por el maquillaje, los ojos llorosos y el pelo encrespado —. Parece que has sobrevivido a una catástrofe.

Cordelia tiró con fuerza de una manta que había tendida sobre la cama y envolvió a Dafne.

—¿Por qué te fuiste así de la fiesta? Thomas estaba como loco buscándote.

—¿Cuántos días hemos estado alojándonos en este hotel? —Dafne se tapó con la manta.

—Desde que aterrizamos, lo sabes perfectamente. —Su hermana le buscó el pijama.

—No recuerdo este hotel, no sabía el número de la habitación... Tuve que preguntar en recepción. ¿No crees que si hubiésemos estado aquí, lo sabría? ¡Esto no es real, Cordelia!

—¡Ya basta! Entiendo que estas fechas te causen dolor, pero negar algo que hemos vivido las dos, no te lo voy a permitir.

—¿Por qué vinimos a Nueva York? Empiezo a dudar de mí misma.

—Porque quería conocer a Henry, ya conoces la historia. El amigo de Thomas, de la Fox.

—No, era Colin Jefferson.

—¡No tengo ni idea de quién es, Dafne! Lo habrás conocido tú en la fiesta. Has bebido y estás confundida.

—¿Con quién hemos salido en estos días? —Se mesó el cabello.

—Con Thomas y Henry. Al final, no me gusta tanto como pensaba. No me atrae lo suficiente como para entablar una relación sólida.

Dafne miraba a su hermana como si tuviese doble personalidad. Le volvió a contar la historia de Colin, le explicó lo que había ocurrido en la fiesta: su desliz con el amigo de Thomas y que por eso Colin había zanjado su relación con ella... Cordelia asentía y sonreía.

—¿Estás segura de que no me estás narrando una de esas comedias románticas para las que sueles componer?

—¡No estoy bromeando! —protestó.

—No niego que hayas conocido a alguien que te haya gustado, pero en la fiesta no había ningún invitado con ese nombre. Recuerda que tú y yo llegamos hace

unos días y vinimos a este hotel. Henry y Thomas han sido nuestros guías en la ciudad. ¿No te lo estarás inventando?

—Cordelia, por favor, ¿cómo voy a inventar la identidad de una persona? ¿Qué sentido tendría? ¿Por qué me iba a enamorar de alguien que no existe?

—¿Estás segura de que has conocido a alguien en estos días? No nos hemos separado ni un momento, no te he visto hablar con nadie que no fuese Henry o Thomas... Ni siquiera en la fiesta te he visto charlar con alguien, estabas sola. No es posible que hayas conocido a alguien en este tiempo sin que yo me haya dado cuenta.

—Entonces, ¿por qué recuerdas a Ezra? —Puso los brazos en jarras.

—Porque es el íntimo amigo de Anahí, nos acompañó en la boda y en la despedida.

—Colin existe —recalcó—, al igual que Ezra y Luca. Luca te habría gustado mucho. Si te soy sincera, creo que jamás podré olvidarme de él.

—¿Por qué no vas a visitarle? —Cordelia intentó animarla.

—No podría, aunque quisiera.

—Trato de seguirte, hermana. —Cordelia dudaba de la veracidad de sus palabras—. Últimamente tienes demasiados arrebatos de este tipo. ¿Cómo es posible que hayas salido con tres chicos idénticos? Eso en la vida real no ocurre, Dafne.

—Ya, y en la vida real tu hermana no te oculta que tu padre le era infiel a tu madre. ¿Así pretendes que confíe en ti? La primera vez en mi vida que te cuento algo importante y me tomas por loca. —Tragó una bocanada de aire.

—Dafne, me preocupas.

—No es la primera vez que lo dices. —Miró por la ventana a unos niños que patinaban sobre la pista de hielo—. Ya lo perdimos todo, Cordelia. Nuestros padres jamás volverán, y la familia que nos queda vive juzgando nuestras acciones para tener algo que comentar cuando se reúnen en la mesa. Aprendimos a ser valientes, pero también quiero y necesito ser feliz. Y me aterra pensar que la persona a la que quiero abrazar en este momento tarde más tiempo en aparecer del que soy capaz de soportar. Él me prometió que volvería, y sé que lo decía de verdad.

—Me pides que dude de lo que hemos vivido en Nueva York. No he conocido a ningún Colin Jefferson, y dices que te

has enamorado de él. —Cordelia le mostró los mensajes y las llamadas de Henry—. Puedes corroborar mi versión con Thomas, incluso con el propio Henry.

—Esta noche ha sido la más rara de toda mi existencia,

y creo que nunca encontraré una respuesta convincente a todo lo que me está pasando. —Se tumbó en la cama y cerró los ojos.

—Yo quería que lo pasáramos bien, pero si esto se ha convertido en una pesadilla para ti podemos cambiar los billetes y regresar a España mañana mismo.

—Necesito salir de aquí —dijo envuelta en un halo de amargura.

Un año después, Dafne había conseguido retomar las riendas de su vida. Todo parecía más fácil desde que asistía a terapia. Su psicólogo había logrado que apaciguara sus miedos en lo referente al amor. Le daba miedo salir a la calle y toparse con alguien que tuviese el mismo rostro que Luca, Ezra o Colin; ya hasta dudaba de que hubiesen existido. En su mente había levantado un muro en el que no había cabida para ellos.

Estaba inmersa en un proyecto nuevo, componía la banda sonora para un cortometraje de animación cuando recibió una llamada inesperada. Era Irma, la directora de la escuela de música en la que ella había tomado sus clases de piano hacía años. Le ofreció cubrir una baja como profesora de piano para niños de entre ocho y diez años. Solo sería durante unos meses, pero no había nadie más disponible en la ciudad y su currículum les interesaba. La recordaban como una gran alumna y destacaba como compositora en la actualidad. Dafne aceptó al instante, ya que sería una gran oportunidad para trabajar con niños, pues era un gran reto para ella.

Portaba sus cuadernos de composiciones cuando abrió la puerta y observó que ocho niños clavaban su mirada en ella. Tenían ilusión por aprender a tocar el piano, algunos de ellos ya tenían conocimientos previos, por lo que les mandó ejercicios para practicar en casa. Un niño le llamó particularmente la atención, Ricky Ontiveros la miraba con asiduidad y le sonreía como si la conociese. No hablaba, no preguntaba ni respondía a las cuestiones en clase. Solo permanecía callado y escuchaba con atención las instrucciones de Dafne. Se limitaba a escribir en su cuaderno, aunque en las clases prácticas tocaba con un donaire que despistaba a Dafne. Ese niño no debería estar en esa clase, él tenía un nivel superior. Por esta razón, Dafne le entregaba composiciones más complejas, de su propia creación, para que practicara en su tiempo libre.

El primer mes transcurrió con total normalidad: niños atentos, profesora entregada, buen ambiente..., pero al segundo mes, todo empezó a cambiar. Dafne

notó que Ricky Ontiveros tenía algo especial en la mirada, no sabía el qué, pero tenía la sensación de que ella lo conocía. Era una locura porque tenía diez años, pero apreció en su rostro unos rasgos que le resultaban muy familiares.

Un día, antes de marcharse a casa, le entregó una composición que él mismo había creado con la firma de Luca Grabner. Cuando Dafne vio esa hoja firmada, la rajó inmediatamente. Era como si su mente tratara de jugarle una mala pasada, como si los fantasmas retornaran del abismo donde ella los había enterrado y quisieran volver a hurgar en su corazón. No podía permitirse retroceder, su terapia iba bien, su vida se estaba recomponiendo; no quería que todo se malograra por una hoja de papel. Pensó que Ricky le estaba gastando una broma, porque Luca era un compositor conocido y, tal vez, el niño conocía sus obras y se había inspirado en él para aprender a tocar.

Al cabo de unos días les pidió otra serie de ejercicios y Ricky entregó otra hoja firmada con el nombre de Ezra Grajero. Dafne lo miró bastante enfadada y le pidió que firmase con su nombre, pero él no dijo nada y se marchó a casa sin hablar. Dafne rompió la hoja y trató de olvidar.

El lunes todos entregaron sus hojas de composiciones y Ricky entregó la suya firmada con el nombre de Colin Jefferson. En ese momento, Dafne estalló. Llamó a la casa de Ricky, pero nadie contestó. Decidió esperar a verle en la próxima clase para pedirle una explicación.

Ricky entró con su amplia sonrisa y se sentó en primera fila, no intuía el interrogatorio que le aguardaba al final de la clase. Cuando todos los niños salieron, Dafne se plantó frente a su mesa con el rostro ojeroso y la voz quebradiza.

—¿Conoces o tienes algún pariente que tenga relación con Luca Grabner, Ezra Grajero o Colin Jefferson?

Ricky negaba con la cabeza.

—Si continúas con esas bromas no te daré más clases —le amenazó con la intención de hacerle hablar.

—Señorita, por favor, no haga eso —le rogó apretando su mano—. Yo quiero escribir mi nombre, se lo juro, pero mi mano parece cobrar vida propia y escribe esos nombres.

Dafne no le creyó y lo expulsó de clase.

Días después, Dafne estaba terminando su clase y Ricky apareció con un ramo de flores. Una vez que los demás se marcharon, él entró y le ofreció el ramo. Dafne olió las margaritas y leyó la tarjeta, esta vez estaba firmada con su propio nombre. Ella le agradeció el gesto con una mirada dulce.

—En esta ocasión sí has escrito tu nombre, tu mano te ha obedecido.

Ricky sonrió y ella le pidió que la acompañara.

Caminaron por el parque y lo invitó a un helado; le preguntó por su familia, pero el niño no respondió. Solo saboreaba su helado de fresa y caminaba. Ricky permanecía junto a ella y volvió a cogerle la mano, Dafne se giró y lo miró, volvió a recordar lo que sintió cuando estaba frente a los otros clones; creía reconocer esos ojos. Pensaba que podía estar ante el cuarto clon, aunque era la primera vez que se presentaba ante ella en forma de niño y no estaba segura. Pero si Colin se había volatilizado en Nueva York la cadena debía de estar destruida, el ciclo se había interrumpido. Dafne temía que ese niño retornara a ella rompiendo el equilibrio y que todo se desmoronase.

15

Cordelia había organizado una cena para Año Nuevo en su apartamento con la intención de sorprender a su hermana en un año tan difícil para ella. Invitó a su prima Anahí, que estaba embarazada de algunos meses; a su marido, a Thomas y Henry, y a Néstor, un compañero de trabajo. Dafne se retrasó un poco porque sus alumnos habían tocado en un recital con motivo de las fiestas. Thomas abrió la puerta y Dafne no sabía si estaba ante un espejismo o era real.

—¡Por fin has llegado! —La estrechó entre sus brazos—. Me sentía mal por no haber podido celebrar el año pasado la Nochevieja con vosotras, por eso estamos Henry y yo aquí. Os echábamos de menos.

—Me alegra que estés aquí. —Ver a Thomas le recordó a Colin. Sacudió la cabeza para mantener a los fantasmas del pasado atados tras el muro de su cordura.

Cordelia le presentó a Néstor, un chico elegante en cuanto a modales, pero que no impresionó a Dafne. Ella se sentó junto a su prima Anahí y tocó su abultado vientre.

—Tú debes de ser Henry. —Dafne llenó su copa de vino tinto.

—Sí, ese chico al que le negaste un baile en Nochebuena. —Su voz no se parecía en nada a la de Colin.

—No me acuerdo. —Bebió la copa de un trago.

Cordelia sacó unas bandejas de aperitivos y un gran estofado de pavo relleno. Dafne se relajó tras tomar la segunda copa de vino y sonreía con los chistes de Thomas. Néstor engullía de un modo ruidoso que sacaba de quicio a Dafne. Henry devoraba con la mirada a Cordelia, como si hubiese coincidido con ella en un cuarto oscuro. Anahí acarició la rodilla de Dafne y le hizo un gesto con el dedo para que se aproximase.

—Ezra me preguntó por ti —le susurró.

—¿Qué? ¿Has vuelto a verle? —vociferó.

—¡Calla! Sí, en Nochebuena.

—¿Cómo está? —Un sudor frío recorrió su espalda.

—Está soltero, si es eso a lo que te refieres. —Le guiñó un ojo.

—¿Por qué te preguntó por mí? No me ha llamado. —Dafne intentó mantener la compostura.

—Deberías preguntárselo a él, pero lo noté nervioso, como si tuviese que decirte algo.

—Me dirá lo de siempre, que le encanto pero que no podemos estar juntos.

—No sé, parecía que le fuera la vida en ello.

Dafne recordó lo que le había ocurrido a Colin y dio un respingo; dos botellas salieron disparadas de la mesa y su copa se hizo añicos al estrellarse en el plato de Henry.

—¡Oye, no nos mates! —Thomas se sobresaltó.

—Lo siento, ha sido un despiste. —Concentró su energía en limpiar el desastre.

—¿Estás bien? —Su hermana fue a buscar algunos paños a la cocina.

—Todo bajo control, tranquilos. —Ni ella misma era capaz de mantener la calma.

Sonó el timbre y Cordelia fue a abrir.

—No me odies por esto, por favor —le suplicó Anahí.

—¿Por qué habría de hacerlo? —Dafne miró hacia la puerta.

—¡Tía Rebeca! —Cordelia se apartó porque su tía caminaba briosa.

—No esperaba que tu hermana me invitase —le espetó, con la mirada fija en Dafne—, pero después de nuestra conversación del otro día... —Se giró y se paró frente a Cordelia—. Pensé que te acordarías de la única tía que aún se preocupa por vosotras.

—Nunca nos hemos reunido en Navidad. —Cordelia frunció el ceño.

—No puedo dejar a mi hija sola, puede ponerse de parto en cualquier momento.

—Se quitó el abrigo y buscó un asiento vacío—. Y por supuesto que hemos cenado juntas en Navidad, solo que vosotras erais más pequeñas y no lo recuerdas.

—Mamá, no hacía falta que vinieras. —Anahí se sintió avergonzada y deseó no haber estado embarazada para beber vino—. Mi marido está aquí.

—Los hombres se ponen nerviosos cuando llega el momento, tu padre ni siquiera era capaz de ponerme los zapatos. —Se sentó al lado de Cordelia.

—¿Vino? —le preguntó Thomas.

—¿Quiénes son estos jóvenes tan bien parecidos? —Elevó su copa para que Thomas la llenase.

—Son unos amigos de Nueva York. —Cordelia señaló a Thomas y a Henry—. Él es Néstor, un compañero de trabajo.

—Seguro que mi sobrina ya los conoce muy bien. —Apuntó a Dafne con el dedo.

—Te equivocas —dijo lacónicamente.

—Mi sobrina siempre ha tenido sus historias con los hombres, no entiendo por qué no se ha casado aún.

—¡Mamá! —Anahí dio un golpe en la mesa.

—Tranquila, prima, siempre ha sido así. —Dafne no se amilanó.

—Su sobrina es encantadora, señora. —Néstor quiso echarle un cable.

—Más que eso... —Thomas le golpeó la pierna por debajo de la mesa.

—A mí me rechazó un baile el año pasado y aún no sé el motivo. —Henry simuló estar afligido.

—¡Eso es a lo que me refiero! —dijo su tía con la boca llena—. ¡Miradla! Podría tener a cualquier hombre, incluso al marido de mi hija si él fuese más espabilado.

—¿Te estás oyendo? —Anahí le indicó a su marido que guardase silencio.

—No respetas ni a tu propia hija. —Dafne llamó la atención de Cordelia—. Ya viste lo que nos dijo en su boda. Si queríais amargarme la noche ya lo habéis conseguido.

—Si estoy aquí es por mi hija, porque me preocupo por ella. —Rebeca se levantó y le acarició el vientre.

—¿Y tu marido, también te preocupas por él? —Dafne arremetió contra ella.

—No sigas por ahí... —Su tía levantó el tenedor.

—¿No os resulta extraño? —Se dirigió a los demás—. Yo creo que estás huyendo.

—Deberíamos sacar el postre, ¿no os parece? —Cordelia se arredró ante la expresión inicua de su hermana. Le pareció ver que estaba disfrutando.

—Voy a tomar el aire. —Anahí acompañó a su marido a la terraza, no tenía fuerzas para enfrentarse a su madre y a su prima a la vez.

—Nosotros también vamos, si no os importa. —Thomas y Henry los acompañaron.

—No estás sola —farfulló Néstor.

—No te necesito, gracias. —Dafne sintió pena por él.

—¿De verdad tenemos que acabar el año así? —Cordelia puso los brazos en jarras y se posicionó entre las dos.

—¡Estoy harta de que nos humille! Ella no es mejor que nosotras, Cordi. Siempre utiliza a Anahí para acudir a nosotras y ya no lo soporto más. —La rabia brotaba por cada poro de su piel.

—¡Eres una caprichosa! —Rebeca levantó aún más el tenedor.

—¡Y tú, una vieja amargada! —Dafne respondió a su provocación—. Aún sigues enamorada de mi padre, por eso te comportas así. No tratas a Anahí con cariño porque es hija del hombre al que nunca has amado, por eso estás aquí hoy. Finges un cariño desmedido que no es real. Aparentas conservar una familia perfecta ante los demás, y eso es lo que te está consumiendo. No puedes odiarnos eternamente, no somos culpables de tu fracaso. Y Anahí no se merece una madre a medias. Tienes que olvidar, mis padres ya no están aquí. Sé que cada vez que nos ves te acuerdas de él, pero no te voy a permitir más insultos ni que interfieras en nuestras vidas.

—Dafne... —Cordelia tenía los ojos vidriosos y jadeaba.

—Solo he dicho la verdad, Cordi —resolló.

—Siempre he adorado a mi familia. —Su tía no mostró pesar.

—Te olvidas de que nosotras también somos tu familia, o lo fuimos. —Dafne se sentó al percatarse de que Rebeca había dejado el tenedor en la mesa.

—Solo quise a tu padre, y no pienso pedir perdón por ello. La única pena que me acompañará en este mundo es que no pude saborear sus besos ni sentir su tacto —suspiró—. Habría sido todo para él. Yo lo conocí primero, pero se enamoró de mi hermana nada más verla. Hice todo lo que estuvo en mi mano para separarlos, pero no funcionó. Después de casarse me enteré de que pretendía a otras mujeres y eso me partió el corazón. —Se mesó el pelo—. ¡Yo le habría dado todo, incluso mi vida si me la hubiese pedido! Siempre me rechazó. Nunca le perdonaré que tuviese hijas con mi hermana. Cuando tuve a Anahí pensé que todo sería diferente, pero ella siempre me hablaba de sus primas y de lo orgullosa que se sentía de ellas. —Rodeó la mesa y se situó en el extremo—. No quería que mi hija repitiera mis errores y se conformara con un hombre que apenas se mueve, pero hasta en eso le habéis ganado.

—Soy muy feliz, madre. —Anahí apareció con el rostro perlado por las lágrimas—. Y te compadezco muchísimo, tanto que me falta hasta el aire. Deberías marcharte, ya hablaremos en casa. Los invitados de Cordelia se están quedando helados en el balcón y no se merecen coger un resfriado por tu falta de consideración.

—Anahí... —Rebeca se acercó para tocarla.

—¡Fuera! —El marido de Anahí se interpuso—. ¡Nadie la quiere aquí!

Rebeca cogió su abrigo y salió disparada ante la insólita reacción de su yerno. Jamás lo había escuchado hablar en ese tono, de hecho, apenas lo había oído hablar.

Anahí abrazó a su marido para sentir algo de consuelo. Era consciente de que su

madre había abierto una brecha entre las dos familias y que ella se encontraba en el abismo.

—¿Debo temer por mi seguridad? —Thomas se frotaba el cuerpo para entrar en calor.

—¡Volved ahora mismo! —Cordelia subió unos grados la calefacción—. ¡Cielo santo, estáis helados!

—Siento muchísimo todo esto, jamás imaginé que mi madre haría algo semejante.

—Anahí se sentó en la mesa con la ayuda de su marido.

—No te preocupes, está siendo una noche de lo más interesante. —Néstor parecía no entender la gravedad de la situación.

—Siéntate, anda... —Cordelia se arrepintió de haberlo invitado a cenar.

—¿Pretendías liarme con este tío? —murmuró Dafne.

—En el trabajo no es tan idiota. —se resignó.

El timbre sonó de nuevo y todos se miraron expectantes.

—¿Más parientes enfadados? —Henry no se sentó por si acaso debía volver al balcón.

—Quizá tu madre se ha dejado el bolso —bromeó Thomas.

—Tranquilos, nadie nos va a volver a incordiar. —Cordelia se reajustó el vestido y respiró hondo. Abrió la puerta solo unos centímetros para cerciorarse de que no era Rebeca.

—¿Quién es? —Dafne se inclinó hacia la puerta.

Cordelia vio a un niño que portaba una tarjeta navideña; se marchó corriendo después de entregársela. En el sobre figuraba que era para Dafne. Ella abrió la tarjeta y advirtió que estaba firmada con el nombre de Polonio Fermonsel, solo aparecía ese nombre escrito bajo un árbol de Navidad, no había dedicatoria.

—¿Quién te ha dado esto?

—Un niño muy mono.

—¿Tienes un admirador en el cole, Dafne? —dijo Anahí con sonrisa sardónica.

—Solo puede haber sido Ricky, es el único que me ha regalado flores.

—¿Ricky? Vaya, hay que tener cuidado contigo... —Thomas le lanzó una mirada traviesa.

—No seáis ridículos, esto no significa nada. Lo extraño es que la ha firmado con otro nombre.

—Le dará vergüenza, mujer. Yo a su edad también intentaba ligar con mi profe de mates, pero me castigó cuando descubrió que era yo el que le enviaba los anónimos. —Néstor se esforzaba por llamar su atención.

—Todos hemos tenido una profe maciza —añadió Thomas, un poco ebrio. Dafne guardó la tarjeta en su bolso. Anahí y Cordelia repartieron los postres mientras que Thomas se levantó y ocupó el asiento de su prima.

—¿Qué te pasó el año pasado? Esa llamada a media noche en mitad de la fiesta... ¿Quién era Colin?

—No me apetece hablar de eso ahora.

—Me preguntaste varias veces si tenía algún compañero en el trabajo con ese nombre. Tu voz sonaba tan... tan... desesperada

—Debí malinterpretar algún nombre en la fiesta, sería eso. —Tenía los nudillos blancos de agarrar tan fuerte la silla.

—No sé si significará algo para ti, pero volví a celebrar la semana pasada la fiesta de Nochebuena en mi ático, y buscando entre los adornos navideños encontré una bola de cristal que tenía en la parte de abajo escrito el nombre de Colin Jefferson. Quizá estuvo allí. No recuerdo haber invitado a ningún Colin a la fiesta, pero pudo venir como acompañante de algún invitado. Pensé que sería importante para ti, la he traído. —La bola estaba envuelta en papel de periódico y se la entregó.

Ella le quitó el envoltorio y la examinó, era la misma que extrajo de una de las cajas en la casa de Colin.

—¿Cómo le explico esto a mi psicólogo? —Agitó la bola.

—¿La habías visto antes? —prosiguió Thomas.

—Sí, hace un año, en la casa de Colin.

—Entonces, ¿tú conocías bien a ese chico?

—No lo entenderías, Thomas.

Dafne se levantó de la mesa y se encerró en el baño. Le sudaban las manos, le palpitaba el corazón a un ritmo sobrenatural y sentía la misma sensación. Por mucho que se alejara o fuese a terapia, esas personas regresaban a ella. No sabía cómo salir de ahí. Vivía en un laberinto abigarrado que la obligaba a contender día tras día contra sus propios deseos. Sintió que perdía el control de su cuerpo, que el aire le quemaba los pulmones y sus esfuerzos por mantenerse en pie eran en vano. La confrontación con su tía y el recuerdo que afianzaba la existencia de Colin eran demasiado para una noche. Se desmayó y se golpeó la cabeza con el lavabo al caer. Thomas escuchó un golpe y forzó la puerta del baño; se asustó al ver la sangre que empapaba la frente de Dafne y pidió que llamasen a una ambulancia.

—¿Qué ha pasado? —Cordelia fue incapaz de entrar en el baño.

—¡Hay sangre! —Anahí se apoyó en su marido—. ¡Esto es por mi culpa!

—Se va a poner bien, se ha debido de marear. —Thomas le apartó el pelo de la cara.

—Menuda forma de acabar el año. —Néstor se mordió la lengua al percibir las miradas desdeñosas de los demás.

—¿De dónde ha salido este tío? —Henry lo empujó hacia fuera.

—Mejor no preguntes... —Cordelia le indicó que se marchara.

La ambulancia tardó diez minutos en llegar, mientras tanto, Cordelia limpió la sangre de la frente de su hermana con delicadeza.

Transcurrió una semana y Dafne continuaba en *shock*; no se movía ni articulaba palabra, solo abría los ojos de vez en cuando. Su hermana iba a visitarla cuando salía del trabajo, su prima Anahí también la había visitado en más de una ocasión.

Una mañana, mientras las enfermeras le cambiaban las sábanas, escuchó a una de ellas hablar sobre los informes del

paciente Polonio Fermonsel. Dafne abrió los ojos, como impulsada por una fuerza ignota, y susurró el nombre de Polonio. Las enfermeras la incorporaron con sumo cuidado para que pudiese hablar.

—¿Quién es Polonio? —preguntó en reiteradas ocasiones con un hilo de voz.

—Es un paciente que está en coma desde hace mucho tiempo, no sabemos si despertará algún día —explicó una de las enfermeras.

Dafne quedó impresionada al recordar esa postal navideña firmada con el nombre de Polonio Fermonsel. Estaba allí mismo, en el hospital.

—¿En qué planta está? —Su voz sonó ronca.

—En la tercera —contestaron al unísono—. En esa planta están los pacientes de extrema gravedad.

Cuando se hizo de noche, Dafne se levantó de la cama y subió a la tercera planta. Había una habitación con la puerta abierta, entró y vio a un hombre que tenía barba y el pelo descuidado, como si no se lo hubiesen cortado durante meses. Al instante lo reconoció: Polonio Fermonsel era Luca, era Ezra, era Colin, y, posiblemente, era Ricky. Era el quinto clon, el último del ciclo de las cinco vidas. Salió al pasillo, le temblaban las piernas y cayó al suelo. Un enfermero que salía de una de las habitaciones la ayudó a levantarse, pero Dafne no quería irse, deseaba permanecer junto a él. El enfermero le inyectó un sedante para trasladarla de nuevo a su habitación, y todo se oscureció de repente.

Hacía cien días que Polonio se había marchado de la ciudad y Dafne contemplaba su reflejo en el espejo como una ensoñación que adquiriría presencia. La calidez de sus manos se deshacía ante la lejanía que los ahogaba. Ella necesitaba el calor de sus ojos azules, besar la textura arcillosa de su espalda y embriagarse de su olor dulce y varonil. Añoraba la firmeza de sus hombros y esconderse bajo su pecho... solo él inundaba de paz su alma. Sus caricias eran como latigazos que encendían el fulgor de la llama que siempre había tenido bajo control. Su actitud desdeñosa y la apatía que él había mostrado en su presencia la hicieron comprender que no podría albergar ninguna esperanza. Hasta que... su voz meliflua le atravesó el corazón y el pensamiento. Solo se mostró remiso y esquivo por el temor a ser rechazado por Dafne. Pensó que iba a languidecer en la soledad infausta de un cruel destino, pero no, colmó de dicha sus días y quebró la jaula que la mantenía presa de su felicidad.

Dafne recordaba la tormenta de verano que se desató en la madrugada. Unos golpes retumbaron por toda la casa y corrió hacia la puerta. Allí estaba él, un espejismo empapado por la lluvia. Ella intentó secarlo con sus ropas, pero su tacto no hizo más que acelerar su corazón. Su camión era lo único que la mantenía lejos de él, sintiéndose alborozada y escandalizada por lo que estaba pensando. Pero logró contenerse, aunque sus ojos derretían hasta el muro de acero más resistente. Dafne sucumbió al placer de sus besos, hundiendo sus manos en las ondas de su cabello mojado. Sintió sus manos ásperas deslizarse bajo la tela fina para dibujar corazones en su espalda. Polonio le prometió que siempre estarían juntos, que cada noche la luna los encontraría abrazados.

Desde aquella noche no lo había vuelto a ver. Suspiraba mirando por la ventana, escudriñando el paisaje en busca de una figura que se asemejara a la suya. Creía firmemente en la promesa que le hizo, por ello resistió las embestidas de cuantos la rodeaban. Nada le importaba más que él.

—Dafne, ¡ha vuelto! —Cordelia miró a su hermana con expresión sombría—. No

puedes entregarte a ese hombre, hermana. Tu necedad nos involucrará a toda la familia. Siempre has sido una desmandada, pero esto supera con creces todas tus locuras. Ese hombre es ceñudo, pendenciero y solo busca aprovecharse de ti. ¿Es que no lo ves? Siembra la discordia a su paso.

—¡Cállate! Tú eres incapaz de ver lo que hay en él.

—Si de verdad te amara, no te habría abandonado. —Cordelia se alejó por el fondo del pasillo.

Dafne aguardó pacientemente tras la puerta y corrió a sus brazos cuando le vio entrar.

—¡Has vuelto!, ¡eres tú! Nadie nos separará ahora. Gozaremos de cada sorbo que la vida nos ofrezca sin perpetuar en la melancolía.

—¿Quién eres? —Polonio la miró con indiferencia y dio un paso atrás.

—¿No me recuerdas? Te enfrentaste a mis padres con el único propósito de hacer viable nuestro matrimonio. Nada podría interponerse ante el deseo que recorre todo mi ser, en la angustia que me fulmina el pecho si no te beso otra vez... Ninguna reprimenda absurda cambiará el hecho de que anhelo ser tu esposa. Cuando esta pasión insana nos abraza para siempre, culminaremos abriendo una puerta de esperanza subrepticia a los ojos de los demás.

—Apártate, no soy el hombre que buscas.

—Polonio... —Dafne le siguió hasta la puerta, pero su silueta se desvaneció de la misma forma que lo había hecho Colin.

Cordelia le limpió el sudor de la frente con un paño húmedo. Hacía varios días que Dafne luchaba contra unas fiebres muy altas y el pronóstico no era demasiado alentador.

—Tengo frío. —Tenía los labios morados.

—¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor? —Cordelia le besó la frente.

—¿Por qué no te gusta Polonio? —Entreabrió los ojos.

—¿De quién hablas? —Acerco su oído para escucharla.

—Lo sabes perfectamente. —Volvió a cerrar los ojos.

—No he oído hablar de ningún Polonio.

—Te enfadaste mucho cuando me pidió matrimonio. Además, hablabas un poco raro, como de otra época.

—No sé hablar de otra manera. Estarías soñando. —Cordelia le restó importancia.

—¡Él no se casará conmigo porque mi familia lo rechaza! —Dafne se sentía muy

cansada y no le salía la voz.

—Sabes que yo respeto todas tus decisiones, nunca me interpondría entre tú y alguien que te amase de verdad.

—Díselo a él, necesita escucharlo. Papá y mamá se niegan a que me case con él.

—Volvió a dormirse.

—Papá y mamá están muertos. —Cordelia se cubrió el rostro con las manos para que no la escuchase llorar.

Hacía cinco años que Polonio trabajaba en el despacho de la casa familiar de Dafne, y ella aún se estremecía cada vez que vislumbraba su sonrisa.

Todas las tardes se sentaba en el salón para degustar el té con canela y leer un libro, así podía verlo trabajar en el despacho. «Si tan solo me miraras con la misma efusividad con la que revisas esas cuentas... ¡Ay, Polonio!», Dafne era incapaz de concentrarse en lo que estaba leyendo.

Polonio recordaba el baile que había tenido lugar con motivo del cumpleaños de Dafne. Él había asistido con la esperanza de pasar junto a ella una agradable velada, aunque su familia tenía otras pretensiones: presentarle al hijo de un amigo de su padre. Bailó con aquel desconocido dos veces, y a él le pareció que estaba enardecida. Polonio tomó dos copas de un trago para apaciguar su rabia, pero escuchó la voz de Dafne detrás suya. Estrechó su cintura y trató de no pisar sus delicados pies. La hizo girar y contempló el calor que desprendían sus ojos negros; nunca había visto esa mirada rutilante. Exhaló una vaharada y la apretó contra él; tenía miedo de que acabara aquella noche y despertara solo.

Tres meses habían transcurrido desde aquel frugal contacto, pero su piel se encendía cada vez que la veía entrar en el despacho de su padre y le saludaba. Él no podía ofrecerle los lujos a los que estaba acostumbrada, pero se esforzaría por hacerla feliz hasta que la lasitud del tiempo le agotara; hasta que la fuerza menguara y solo pudiera cubrirla con sus besos; hasta que su mente se apagase y solo tuviese presente su rostro.

—Dame una señal y sentirás los efluvios de mi corazón —dijo Polonio en voz alta sin percatarse de que Dafne acababa de entrar en el despacho.

—¿Cómo dices? —Ella soltó el libro que portaba en sus manos.

—¡Dafne, tienes que despertar! Esto no es real, lo que sientes por él no es real. Te hará daño, te destruirá. —Ella reconoció la mirada de Luca, nadie más la

había mirado así.

—Él solo quiere estar conmigo, no puedo alejarme.

—¡Por favor, despierta! Él es muy fuerte y no puedo controlarlo. —La sacudió por los hombros—. ¡Está aquí, en tus sueños!

Dafne percibió el aroma de unas rosas recién cortadas, abrió los ojos y descubrió que estaba sola en la habitación del hospital. Movi6 las piernas ligeramente y sacudi6 la cabeza. Se inclin6 para coger la tarjeta del ramo que le habían dejado en la mesita que había junto a la cama. Las rosas blancas eran sus favoritas, alguien se había tomado demasiadas molestias. Su expresión demud6 al leer el mensaje: eran de su tía Rebeca.

—¡No se cansa de fastidiar! —Rompi6 la tarjeta y tir6 los trozos al suelo.

—¿Qué ocurre? —Cordelia apareci6 con un café.

—¿Por qué has dejado que viniese a visitarme? —Dafne se incorpor6 lentamente—. ¡No pienso volver a hablar con esa arpía!

—Las flores las trajo Anahí en su nombre. —Cordelia recogió los trozos de la tarjeta que estaban desparramados por el suelo.

—Después del numerito que mont6 en Nochevieja no sé cómo se atreve a enviarme flores. ¡Es una cínica! —Hizo un gesto de dolor y pos6 la mano en su frente.

—Nada de sobresaltos, ¿está claro? —Cordelia le cepill6 el cabello.

—Solo quiero que desaparezca de nuestras vidas. Prométeme que no volverás a mantener contacto con ella.

—No tengo interés en volver a verla, te lo aseguro. —Le recogió el cabello ondulado en una coleta.

—He tenido unos sueños realmente extraños.

—No me digas... —Se sent6 en el sill6n que había junto a la cama.

—Aunque parecen recuerdos, ¿te parece que estoy loca? —Su voz son6 como un lamento.

—No parecías muy cuerda, la verdad. Hablabas como si papá y mamá siguieran vivos.

—Polonio Fermons el aparecía en mis sueños; el mismo que está en este hospital. ¿No es demasiada coincidencia? —Se impacientaba ante la incredulidad de su hermana.

—¿Otra vez con esas historias, Dafne? Creía que lo habías superado —dijo con voz ronca.

—Estoy ligada a ellos, ¿crees que no quiero pasar página?

—¡Mírate, te estás consumiendo!

—No pienso discutir contigo, Cordelia. —Se dio la vuelta y cerró los ojos.

Su padre había organizado un baile para presentarla en sociedad; lo que consideró un oprobio. Dafne sentía que tenía la capacidad de elegir libremente a quien amar. Se mostró displicente y se negó a bailar con los jóvenes que acudían deseosos al festín. Esa noche lucía radiante, envuelta en un vestido primaveral que resaltaba sus ojos negros. Sus cabellos se mecían a un ritmo concomitante, como las olas que brindaban su compañía al ocaso. Polonio se hundió en sus ojos; ella se sonrojó cuando sus miradas se encontraron en el centro de la pista de baile. Dafne se vio obligada a danzar con el hijo de un banquero mientras Polonio escuchaba las peroratas de algunos comensales solteros. Y, en ese instante, él sintió cómo se acrecentaba el deseo de acercarse a ella sin que pudiese controlarlo. Sus pies iniciaron el recorrido hasta el centro del salón y se quedó parado frente a ella. Dafne le ofreció su mano y la besó sin dilación, aunque no sintió el tacto en su piel por el guante que cubría delicadamente la mano. Estrechó su cintura con firmeza, sintiendo cada parte de su cuerpo y respirando su aroma dulce. Su padre los observaba desde el otro lado, aunque no veía a Polonio como a un posible rival, por eso quizás no se entrometió.

Ella sonreía mientras giraba en círculos y se dejaba llevar por la música. Sus labios jugosos parecían dispuestos a sumergirse en un océano repleto de aventuras, pero no estaba preparada para hacer una exhibición frente a todos los invitados. Le pidió que salieran al jardín para disfrutar de la soledad y la magia que la noche les ofrecía. La luna se alzaba imperiosa, iluminando cada recoveco. La guio hacia la fuente y escucharon el sonido armonioso del agua. Dafne le confesó que no soportaba esa fiesta, que ningún hombre la hacía sentir cómoda, salvo él. Rozó la comisura de sus labios con un dedo y se sintió henchida. Notó que sus mejillas se encendían por el tacto, pero ya era demasiado tarde. La besó con urgencia, acariciando su espalda deliciosa y cubriendo de caricias su rostro. Ella vibraba espasmódicamente, pero él sostuvo su cuerpo con sus brazos nervudos. Deseaba permanecer para siempre en ese jardín mientras le besaba el cuello y sentía el calor de su abrazo. Quería explorar su cuerpo ignoto y hundirse en la pasión que despertaban sus instintos, pero esa noche no podía hacerlo. Se separó de él para apaciguar las

emociones que rondaban por sus pensamientos, y lo supo. Sus besos le habían confesado lo que tanto anhelaba escuchar. Sus ojos delataban el miedo y la ansiedad por la aprobación de su padre, pero eso no importaba. Lucharía por tenerlo cerca, hasta que el tiempo extinguiera sus fuerzas.

Al terminar la fiesta entró jubiloso en la biblioteca y se abalanzó sobre ella. Dafne supo que tenían el consentimiento de su padre por la calidez de sus besos.

El doctor salió de la habitación y Dafne hizo el ademán de levantarse de la cama, pero Cordelia se lo impidió.

—Que te vaya a dar el alta no significa que puedes salir corriendo.

—Necesito salir de aquí —refunfuñó.

—¡Y yo también! —La obligó a tumbarse—. Por eso es mejor que descanses hasta mañana.

—No hace falta que te quedes todo el día, ya apenas me duele la cabeza.

—Sé que te vas a levantar en cuanto salga por la puerta.

—Puede... —Soltó una risita.

—Lo sabía. —Cogió una revista.

—Deseo volver a dormirme. —Miró a su hermana, pero Cordelia no se inmutó—. El sueño de anoche fue maravilloso. Todos los sueños son de otra época, como las películas que veíamos con mamá.

—¿Yo también aparezco en tus sueños? —Cordelia no levantó la vista de las páginas de la revista de moda.

—En algunos.

—¿Y Polonio?

—En todos. —Se mordió el labio.

Cordelia enarcó una ceja.

—No me mires así, ¿tú puedes controlar tus sueños?

—Yo no sueño con un hombre que está en coma.

—Vete, por favor —bostezó—, el silencio me ayudará a dormir.

—A partir de mañana se acabó lo de dormir durante todo el día. —Cordelia cogió su bolso y salió de mala gana.

Al día siguiente, Cordelia no tuvo tiempo ni de dejar el bolso en el sillón, salió disparada hacia la cama de Dafne al darse cuenta de que estaba agonizando.

—¡Maldita sea, despierta de una vez! —Cordelia le abofeteó la cara.

—¿Qué diablos te pasa? Déjame en paz. —Dafne apenas podía hablar, tenía la garganta seca.

—¡No puedes seguir durmiendo de esa manera! —Retiró las sábanas y la instó a que se pusiera en pie.

—Este sueño ha sido demasiado real, ¡creo que lo he vivido! Tú eras una periodista reputada. —Caminó apoyada en su hermana para ir al baño—. Juntas ayudamos a que la empresa no quebrara. Polonio era el jefe de recursos humanos y me sedujo. Su padre era un hombre ominoso, solo le importaba el dinero.

—¡Ya basta! ¡Me vas a volver loca a mí también, Dafne! Deja de hablar de tus sueños como si fuesen reales. ¡Polonio Fermonsel está en coma, no juegues con eso! ¿Qué pasaría si alguien de su familia te escuchase hablar así de él? Ni siquiera lo conoces y estás obsesionada. —Hizo una breve pausa y suspiró—. Escúchame, hoy te dan el alta, no lo estropees. Estoy harta de toda esta historia. Quizá vuelvas a recuperar la cordura cuando nos alejemos de este hospital y te olvides para siempre de ese hombre.

—Tiene que ser eso... Él está en coma, ¡está en mis sueños, Cordelia! Él me envía esos sueños, Luca me advirtió de ello la otra noche. Me dijo que acabaría conmigo si no despertaba.

—Muy bien, pero no repitas eso delante de las enfermeras, por favor.

—Yo también me quiero ir de aquí, tranquila. —Levantó los brazos para que su hermana terminara de vestirla.

Hacía dos años desde su último encuentro con Luca y los pasos de Dafne la habían llevado de nuevo al tramo inicial de su historia. Esa noche lucía el mismo vestido color vino y se marchó sola a la ópera de Viena. Estaba plantada frente al edificio y admiraba el entramado de arcos y columnas en el que se acentuaba más su voluptuosidad gracias al realce de la iluminación.

Un taxi se detuvo en la puerta y Dafne se bajó con cierta inquietud. Era consciente de que todo su pasado, presente y futuro, confluían en ese lugar. Desde aquella noche, toda su vida se había convertido en una maraña de encuentros enigmáticos, situaciones incomprensibles, personajes que aparecían y desaparecían en el tiempo sin dejar rastro y que volvían a ella una vez que su vida recobraba la normalidad. Era una llamada que Dafne ya no podía ignorar. Desde su encuentro con Polonio Fermonsel en el hospital y los sueños a los que la había inducido, la lógica de esta historia se había quebrantado. Lo había estado visitando a escondidas de su hermana durante los últimos meses, pero las señales de una pronta recuperación eran inexistentes. Decidió volver al punto de partida y preguntarle a Luca directamente. Ya había conocido a los cinco clones, cada uno le había aportado cosas diferentes, pero Polonio estaba en coma y no podía tener ningún acercamiento con él, salvo en sus sueños. De esa forma, nunca cerraría el ciclo. La noche anterior había hecho la maleta sin decirle nada a nadie, ni a Cordelia, y reservó el vuelo.

Dafne parecía un caballo desbocado recorriendo los pasillos; recordó su encuentro fortuito con Luca en los baños. Entró en la sala en la que la música embellecía cualquier pensamiento negativo y avanzó por la alfombra roja. Se sentó en la misma fila y en el mismo asiento que había ocupado hacía dos años. No sabía si él continuaba trabajando allí, aunque pensó que su clon se sentiría ligado a ese lugar por su relación con ella.

Se apagaron las luces, Dafne desconectó su móvil y clavó la mirada en el escenario. Los músicos se prepararon, pero el director no aparecía. Al cabo de

unos minutos, Gustavo Dudamel hizo su entrada y el público rompió a aplaudir. Comenzó la actuación y Dafne se sobrecogió al no ver a Luca, a pesar de que su director favorito estaba en el escenario.

Hubo un descanso, y cuando se retomó la actuación el público aplaudió. Dafne levantó la mirada y observó a Luca en el escenario, frente a ella. La miraba con la misma intensidad de aquella noche; su sonrisa se mantenía intacta. Dafne estaba emocionada, no sabía cómo interpretar su aparición. Recordó esa sensación y se dejó llevar por la música, disfrutando de cada nota y de cada silencio como si fuese la primera vez.

Terminó la actuación de la orquesta y Luca dio un paso al frente. Se miraron obviando los aplausos y las voces del público, como si esos aplausos estuviesen destinados a su reencuentro. El público fue abandonando las butacas, los músicos también se marcharon, y Luca esperó a que Dafne estuviese sola. Se abrazaron enamorados, sin caer en la cuenta del tiempo que habían estado sin verse.

—Sabía que volverías. —No era capaz de apartar las manos de su rostro.

—Han sido dos años de locos, necesito respuestas. —Dafne estaba al borde del llanto.

—Supongo que estás aquí para preguntarme acerca de lo que te conté, de que no podemos estar juntos hasta que se complete el ciclo.

—Así es, pero hay un problema. Uno de ellos está en coma. ¿Cómo voy a tratar con él? —Acarició su cabello ondulado.

—Hay una solución para todo, Dafne, pero puede que sea más duro de lo que crees.

—Vi a Colin desaparecer ante mí, y no pude hacer nada. Es como si nunca hubiese existido. —Le apartó un mechón de la frente y se hundió en sus ojos azules, los ojos que la habían colmado de tan cálidos recuerdos.

—Es que nunca ha existido, Dafne. Solo quedará uno de nosotros. Y no sé cuál de ellos será, no sé si seré yo... Los demás, dejaremos de existir.

—Es como destruir un peón en un tablero de ajedrez. No puedo entender qué clase de maldición pesa sobre vosotros, es inhumano. —Se tapó la cara con las manos.

—Podrás tener tu final feliz. El que quede con vida tendrá una parte de nosotros.

—Esto es de locos, me siento como un cebo al que tienen que atrapar para continuar con la partida.

—Yo soy el primer clon, el que más ha vivido y el que más información tiene. Quizá por eso soy consciente de lo que nos pasa.

—Lo noté cuando los demás me trataban de loca. —Esbozó una leve sonrisa—. Todos eran como tú. Hasta el mismo tono de voz, la misma calidez en la mirada... Sabía que eras tú... ¿Y qué puedo hacer? ¿Esperar a que los demás desaparezcan?

—Iremos desapareciendo para que tú puedas vivir plenamente con uno de nosotros.

—¿No puedo elegir? Te elijo a ti, Luca Grabner. —Le besó dulcemente.

—Yo estaré siempre, todos somos una parte de tu verdadero amor.

—No es suficiente. —Ella se aferró a su cuerpo y escuchó el latido de su corazón.

—¿Conoces los bosques de Viena? Son una verdadera maravilla. —Necesitaba distraerla.

—¿Qué? No. —Solo quería abrazarle y sentir su piel.

—Tenía pensado recorrerlos este fin de semana. ¿Quieres acompañarme?

—¿Ahora te quieres ir de excursión? —Se exasperó.

—Hace dos años que no estamos juntos, ¿se te ocurre algo mejor? Además, tengo una cabaña escondida por esos lares.

—¿Me estás proponiendo algo? —Rozó sus labios con el pulgar.

—Solo digo que quizá te haría ilusión pasear por el mismo bosque que solía recorrer el compositor Beethoven.

—Eso ha sido un golpe bajo, sabes que jamás podría negarme a algo así... —bisbiseó.

—Lo sé, cariño. —Su boca celestial cautivaba a Dafne.

—Además, no he traído ropa apropiada para el campo.

—Mi familia vendrá a visitarme, celebraremos mi cumpleaños el domingo.

—¿Cómo es que tienes familia? Pensaba que vosotros no...

—Tenemos una vida, Dafne: amigos, trabajo..., todos los elementos que la componen.

—Y cuando desaparecéis no queda nada, nadie os recuerda... —Retorcó sus manos al recordar la sensación que había experimentado con Colin.

—Nadie, excepto tú. —La abrazó con fuerza.

—Tengo miedo de acostumbrarme a ti, de amarte y de que al día siguiente ya no estés. —Deseaba fundirse con él y no separarse jamás.

—Ellos son como yo, ¿o acaso no te has enamorado de los otros? —Su seguridad confundía a Dafne.

—Es cierto que sentía algo muy especial, pero me acordaba de ti y me alejaba.

—No te alejes nunca más. —Le dio un cálido beso.

—Acepto ir contigo a la cabaña este fin de semana —dijo con las mejillas arreboladas.

—Mi familia es un poco rara, te lo advierto.

—¿Tienes cinco vidas y tu familia es rara? —Entrecerró los ojos.

—Tengo un hermano y una hermana, te caerán bien. —La reconfortó con su abrazo.

—¿Me acompañas al hotel? Tengo que recoger mis cosas.

—Esta noche no puedo quedarme contigo, pero mañana te recogeré a primera hora.

—Vaya, ¿me vas a dejar a sola? —Se cruzó de brazos y apretó los dientes.

—Tengo que prepararlo todo para pasar un gran fin de semana junto a una hermosa mujer. —Le guiñó un ojo y le sonrió.

—Si he esperado dos años, puedo esperar una noche más. —Le lanzó un beso al aire y se alejó caminando por la alfombra roja hacia la salida.

No había amanecido cuando Dafne escuchó unos golpes en la puerta de su habitación. Miró el reloj y vio que faltaban tres horas para que sonara la alarma. Se peinó con las manos y se puso su bata de seda rosada. Abrió la puerta y se le iluminó el rostro al ver a Luca en el pasillo con dos cafés y una rosa en la boca.

—¿Estás loco?, ¿qué haces aquí a estas horas? —Tiró de su brazo para que entrara.

—Pensé que tenías ganas de verme. —Dejó los cafés en la mesa y se giró para abrazarla.

—Vas a tener que esperarme. —Extrajo su albornoz de la maleta.

—No tardes, tenemos un largo camino por delante. Quiero que disfrutemos del día porque no vamos a estar mucho tiempo solos. Mi familia llegará mañana a la cabaña.

Dafne entró en la ducha, y cuando Luca escuchó el ruido del agua, se quitó la ropa y se metió con ella.

—¿Qué haces? Así no vamos a llegar a tiempo. —Se cubrió con las manos.

—Voy a frotarte la espalda, no va a pasar nada más. —Cogió la esponja y la deslizó por su espalda hasta que notó que ella se tensaba—. ¡Eres tan hermosa!

—¿Cómo estás tan seguro? —La esponja se detuvo entre sus muslos.

—No quiero tocarte hasta estar seguro de quien de nosotros se quedará contigo, no puedo romper esa magia. —Le besó el cuello y cerró los ojos.

—¡Estarás de broma! ¡Oh, espero que no sea Ricky, solo tiene diez años! Sería

una locura, tendría que esperar hasta que fuese mayor de edad. No había pensado en eso. —Se estremeció al palpar el torso desnudo de Luca.

—Tiene las mismas posibilidades de quedarse que nosotros... —Su lengua buscó la de ella.

—Prefiero no pensarlo... —gimió.

—Tienes una piel muy bonita, Dafne. —Pasó la esponja por el cuello y los brazos—. ¿No quieres darte la vuelta?

—No, no, ya me enjabono yo, tranquilo —resolló.

—¿Estás nerviosa? —Sintió su aliento en la piel húmeda.

—¿Tú que crees? Ninguna película para la que he compuesto tenía una escena como esta.

—Bueno, ya tienes tu propia película, y el guion es bastante original. ¿No te parece? —Se arrodilló y humedeció su ombligo con la lengua.

—¿Qué vamos a hacer este fin de semana, dar paseos y mirarnos? —Hundió sus manos en el cabello de Luca.

—Vamos a visitar Wienerwald, la cabaña fue un regalo de mis padres. —Continuó besando sus muslos.

—No creo que sea el momento más idóneo para hablar de tu familia. —Cogió su albornoz y salió de la ducha.

Luca salió tras ella, la envolvió entre sus brazos para que entrase en calor y le besó el cuello. Giró su cuerpo y la miró a los ojos con un profundo deseo.

—Todo va a estar bien, debemos aprovechar este tiempo tan valioso que tenemos. No importa quien se quede contigo, porque yo voy a estar siempre a tu lado. Mis pensamientos, mi forma de ser..., todo será igual. Incluso lo sentirás más completo porque Ezra, Colin, Ricky y Polonio, tienen la misma esencia que yo, pero estaban fragmentados. Y de alguna manera nos sentimos incompletos, salvo cuando estás tú, Dafne.

Ella cerró los ojos y asintió.

Dafne cogió unos vaqueros ajustados y una sudadera gris de su maleta, se recogió el pelo con una cinta roja y se maquilló mientras Luca se vestía.

Salieron del hotel y Dafne sintió un escalofrío al advertir que el coche de Luca era idéntico al de Colin; también tenía los asientos rojizos.

—¿No te gusta? —Esperó a que se sentase.

—Ya me he montado en este coche antes, en Nueva York. Era de Colin, ¿por qué lo tienes tú?

—A estas alturas esto es lo que menos te debería de sorprender, que compartamos el mismo coche tiene sentido. Con el tiempo notarás más similitudes entre nosotros, somos fragmentos de la misma persona: aficiones, carácter...

Dafne se montó en el coche, respiró hondo y miró el asiento trasero; recordaba haber estado al lado de Thomas.

Atravesaron angostas carreteras que parecían riachuelos hundidos entre la espesura verde. El día lucía encapotado, pero la temperatura era agradable. Dafne bajó la ventanilla y respiró la brisa ligera que despeinaba los mantos de hierba y mecía las copas de los árboles.

Wienerwald era un área baja que estaba repleta de pinos de los Alpes, en la parte occidental de Baja Austria, cerca de la capital. En ese lugar era común encontrar a los vieneses y a otros turistas realizando todo tipo de actividades al aire libre, disfrutaban de largas caminatas en esos bosques. Esa zona destilaba magia y misterio, invitaba a soñar. Habiendo sido en el pasado un referente para la familia imperial, que tenía cierta inclinación en pasar allí sus vacaciones.

Cuando nevaba, era la estampa idílica para un cuento de Navidad; perderse en esos caminos estrechos que parecían que iban a ser engullidos por hileras imponentes de recios pinos, hacía pensar que cualquier cosa podría suceder si uno se adentraba en la soledad del bosque.

Dafne cerró los ojos porque el sol le deslumbraba, y cuando los volvió a abrir, fue testigo del colorido del paisaje por los viñedos que emergían según a la velocidad que transitaban. Los cerró de nuevo y se dejó seducir por la atmósfera que se estaba creando.

El coche se detuvo y Dafne despertó, ante ella se alzaba una cabaña cerca de un viñado. Solo tenía una planta y seis columnas de madera cilíndricas que partían del tejado de ladrillo negro hasta el suelo de madera. Dos escalones de madera separaban el suelo del porche del camino de tierra. Había cuatro ventanas distribuidas en la fachada principal y dos chimeneas de ladrillo, una en cada extremo.

Entraron en la cabaña y Dafne se sintió como en casa, quedó obnubilada al apreciar el espacio interno bajo el original y bayo entramado de vigas. La cabaña constaba de cuatro habitaciones espaciosas; en el porche había un sofá y dos sillones marrones, una mesita de cristal y cuatro lámparas de mimbre que

creaban un entorno cálido y acogedor.

Dafne se imaginaba tomando un café sentada en uno de esos sillones con las vistas al bosque; era el sitio perfecto para componer, sentía que pertenecía a ese lugar.

—Pasa, Dafne. No te quedes en la puerta. —Luca dejó el equipaje en el salón.

Ella entró y se sentó en uno de los sillones del salón.

—¿Por qué no vas a elegir tu habitación?

—¿Mi habitación?, ¿voy a dormir sola? —Pensó que era una chanza.

—Podemos dormir juntos, pero ya te he dicho que no tengo intenciones de acercarme a ti.

—Bueno, pero tú familia no vendrá hasta mañana. Y tus padres y tus hermanos necesitarán habitaciones libres.

—Lo sé, pero Harvey a veces no pasa la noche aquí. No te preocupes, mis hermanos no supondrán un problema.

—Voy a escoger la habitación del fondo, la que tiene dos camas separadas... — Agachó la cabeza y comenzó a andar.

Dafne recorrió el cuarto y divisó una alfombra blanca y marrón, una chimenea de leña; tres columnas delimitaban el espacio y de unas vigas pendían dos cortinas blancas. La colcha de la cama era aterciopelada, de color azul. Ella se tumbó y sonreía al pensar que esa noche la pasaría con Luca a solas, algo que venía deseando desde hacía mucho tiempo.

Más tarde, Luca extrajo de la nevera una botella de vino y algunas bandejas con comida.

—¿Cuándo has preparado todo esto? —Dafne examinó el contenido.

—Ayer, por eso te dije que no podía quedarme contigo.

—¿Después de la actuación te dedicaste a cocinar? —Su expresión de incredulidad le hizo sonreír.

—Así es, señorita. Aunque no te lo creas, también tengo ciertos dones culinarios. Lo que significa, que los otros clones también los tienen —dijo en tono remilgado.

Dafne sonrió orgullosa.

—Ponte cómoda, hoy eres mi invitada y quiero que disfrutes.

Luca cerró la puerta, puso dos troncos en la chimenea, le ofreció una copa de vino y un plato rebosante de carne.

—¿Qué es esto? Me gusta... —Dio un mordisco a una especie de filete.

—Es *Schweinsbraten*...: chuletas de cerdo empanadas.

—Está deliciosa, me encanta. —Lamió sus dedos.

—¿Te gusta el vino? Es un vino blanco que hacemos aquí en Viena.

—Es excelente. —Bebió con entusiasmo.

El silencio se hizo presente en la cabaña, era media tarde, y después de comer estaban un poco cansados por el viaje. Dafne miraba a Luca con ojos de niña traviesa, intentando disimular las ganas que tenía de lanzarse sobre él para arrancarle la ropa, pero no quería forzar las cosas y era consciente de la cruda situación que estaban viviendo.

Luca se levantó y avivó el fuego para que antes de que se hiciera de noche hubiesen conseguido una temperatura suficientemente cálida en la cabaña. Dafne yacía en el sofá, envuelta en una manta. Se levantó, caminó descalza hacia la chimenea y abrazó a Luca por detrás. Le abrazó tan fuerte que él pudo adivinar sus pensamientos y sentir sus miedos.

—Sé que algún día me voy a despertar y esto no va a ser real, porque siempre que he querido algo en la vida se ha truncado de alguna manera. —Le vino a la mente el día en que sus padres murieron.

—Tienes que dejarte llevar, dentro de un tiempo todo habrá acabado.

—¿Por qué yo? ¿Por qué no he podido conocer a alguien normal con quien salir, tener una relación fructífera...? Me siento detenida en el tiempo, no puedo avanzar ni tomar decisiones a largo plazo. Estos dos últimos años no han sido normales. ¿En qué momento empezó esta locura? ¿No te ha pasado con alguien más? —Dafne sentía que el dolor la ahogaba.

—Sí, una vez. Conocí a una chica hace bastante tiempo, pero con ella se rompió el ciclo. No era la adecuada. Yo sentí tu energía cuando entraste en el auditorio esa noche. —Se calmó con el tono de su voz.

—No voy a negar que tengo miedo de cómo acabará todo esto. Quisiera poder despertar contigo cada día y tener una vida juntos. Al mismo tiempo desecho la idea porque no quiero sufrir...

Luca se dio la vuelta y tiró la manta que tenía Dafne echada sobre los hombros al suelo. La tumbó y comenzó a besarla en la frente, en las mejillas, y bajó hasta su cuello lentamente. Ella le quitó la sudadera y sintió el calor de su pecho. Sus piernas se iban relajando, pero también se contraían por la tensión que acumulaba. Luca la continuó besando, le quitó la sudadera y besó por encima del sujetador. No podía resistirse a la pasión que sentía. Se colocó sobre ella y entreabrió sus piernas ligeramente, rozando sus muslos desnudos y saboreando la piel tersa de sus pechos. El latido concomitante de su corazón demudó a indómito

y notó que se humedecían sus dedos al acariciarla. No tenía la fuerza ni el valor de mantenerse alejado de ella, no resistiría otro día sin tocarla. Ella cimbreado sus caderas y arqueó su cuerpo para recibir cada caricia que latía inexorable bajo el fuego de su tacto.

—Lo siento, Dafne... —jadeó.

—No lo sientas, soy tuya desde la noche en que te vi por primera vez —le confesó.

—¿Y si no consigo quedarme a tu lado? Soy un egoísta por hacerte mía. —Rozó su abdomen con la lengua.

—Tienes que ser tú, Luca. Tienes que ser tú... —agonizó entre sus manos hasta que sintió que él la buscó en su interior.

Amó a Dafne esa tarde frente a las llamas de la hoguera. Apretaba su cuerpo al de él, empapándose con el sudor que caía de su frente. Su cuerpo estaba supeditado al de él, gimiendo exánime y entregándole hasta su último hálito. Yacieron en el salón, tapándose con sus brazos desnudos y húmedos.

—¿Qué has hecho? —Ella soltó una risita.

—Que los otros clones me perdonen, pero no podía aguantar más —dijo de forma licenciosa.

—Yo guardaré tu secreto. —Se acurrucó entre sus brazos para paliar la soledad que se cernía sobre las sombras de su relación.

Escucharon un golpe seco en la puerta, como si alguien introdujera algo bajo la ranura. Luca se tapó con la manta y se

acercó a la entrada, vio que había un sobre en el que figuraba el nombre de Dafne. Le extrañó porque nadie conocía los detalles de su escapada de fin de semana. Él se lo dio y ella leyó la tarjeta en la que el mensaje era muy breve:

—Ya he despertado, Polonio Fermonsel. —Su rostro macilento denotaba el *shock* del inesperado mensaje y lo que ello acarrearía.

—¿Estás bien? —Se la arrebató de las manos.

—¿No te parece extraño que haya despertado justo ahora que acabamos de...?

—Sabía que podría haber consecuencias. —Quemó la tarjeta en el fuego.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? A él no lo conozco. —Se frotó los hombros desnudos por el nerviosismo.

—Lo conoces, Dafne. Me conoces a mí, y a Colin, y a Ezra...

—No me apetece irme... —Se acurrucó junto a él.

—No tienes que irte ahora. Puedes pasar el fin de semana conmigo y con mi familia, y después tomas una decisión.

—De acuerdo, lo pensaré. —Buscó su ropa esparcida por el suelo.

La bocina de un coche les despertó por la mañana; Luca y Dafne se levantaron rápidamente para recibir a la familia de él. Sus padres cargaban las bolsas con la comida y sus hermanos transportaban el equipaje.

—¡Feliz Cumpleaños, hermanito! —Su hermana Ella se quitó el abrigo.

—Gracias, estás guapísima. —Lo cogió y lo colgó en el perchero.

—¿Qué tal, hijo?, ¿todo bien? —preguntó Norris, su padre.

—Sí, papá. Nosotros llegamos ayer. Por cierto, os presento a Dafne.

—Hola, querida. Disculpa la intrusión, pero queríamos darle una sorpresa a nuestro hijo —explicó Lisa, su madre.

—Soy yo la que se ha unido a la fiesta sin avisar —dijo azorada.

—No digas tonterías, hace mucho que Luca no trae a nadie. —Norris dejó las bolsas en la cocina.

La madre y la hermana de Luca eran rubias, de figura grácil y aspecto cuidado. Su padre y su hermano, por contra, lucían morenos, con la piel anaranjada y los ojos oscuros.

Su familia parecía unida, en la que se preocupaban unos de otros y eran propensos a celebrar fiestas en cualquier época del año. Dafne fue testigo del brillo de los ojos de Luca cuando su familia entró por la puerta. Ella se sentía plena, aunque también le embargaba un sentimiento de tristeza al no poder presentarle a sus padres.

—¿Qué habéis traído para cenar? Hay demasiada comida. —Luca ojeó el contenido de las bolsas.

—Un poco de: *Gulasch, Backhendl Salat, Liptauer...* —Ella introdujo los platos en la nevera.

—Queso picante, estofado de ternera y una ensalada de pollo crujiente —tradujo Luca a Dafne.

—Suena delicioso. —Asintió ella.

—¿Y vosotros desde cuándo estáis juntos? —Lisa terminó de colocar lo que habían traído.

—No le preguntes esas cosas, mujer. Los jóvenes un día están aquí, otro allí... — Su padre evitó que Dafne se sonrojara.

—Desde hace dos años —confesó Luca.

—¿Dos años? ¡Vaya, sí que te lo tenías callado! —le reprobó su hermana.

—No ha comentado nada porque ya sabe cómo sois; la última vez que trajo a Belinda os pusisteis muy pesados, y ya jamás volvió —dijo Harvey ceñudo.

—Eso fue hace demasiado tiempo, no viene al caso. —Luca frenó su ataque.

—Dejemos de hablar del pasado y celebremos el cumpleaños de Luca como se merece. —Su madre lo estrechó entre sus brazos.

Dafne había olvidado felicitar a Luca y no había comprado ningún regalo. Pensó en comprar algo en Wienerwald, pero no conocía el lugar, y si la acompañaba Luca ya no sería una sorpresa. Decidió componerle una canción y tocarla, aunque no disponía de instrumento, pero pensó hacerlo a la vuelta de su viaje.

—Vamos a dejar la ropa en el cuarto, después ya veremos. —Norris y su mujer transportaron las maletas.

—¿Por qué sonríes de esa manera? —Luca pegó su cuerpo al de ella.

—Porque no había caído en la cuenta de tu cumpleaños, y se me acaba de ocurrir algo maravilloso para regalarte.

—No quiero que compres nada, tú eres mi regalo. —Mordisqueó su oreja.

—Será algo especial...

Dafne escuchó el sonido de un órgano eléctrico que provenía de una de las habitaciones.

—Es un regalo que le hice a mi hermana hace unos años, es un órgano para que aprendiese a tocar, pero perdí la fe hace mucho tiempo.

—No sabía que tenías aquí instrumentos. —Dafne tuvo una idea ingeniosa.

Al atardecer, sus padres y sus hermanos salieron de las habitaciones y se sentaron en el porche para contemplar la puesta de sol.

—Me encanta este lugar, está alejado de todo. —Su madre se apoyó en la barandilla del porche.

—¿Te apetece un paseo, querida? —preguntó Norris a su esposa.

—Vamos, antes de que sea la hora de cenar. Nos vemos después, chicos. —Bajó los escalones del porche junto a su marido.

—Mis padres siempre salen al atardecer, es como un ritual. —Ella llamó la atención de Dafne.

—Se les ve muy felices. Hay parejas que con el paso del tiempo se hunden en la rutina, pero tus padres conservan ese brillo del amor de juventud. Se miran con

facilidad, sin juzgarse; uno se siente especial cerca de ellos. —Dafne los vio alejarse entre las ramas de los árboles que parecían brotar a su paso.

—No siempre fue así. Estuvieron separados durante un tiempo. Mi hermano permaneció en coma durante nueve meses a causa de un traumatismo en la cabeza: sufrió un terrible accidente con la bicicleta. Mis padres estaban devastados y decidieron separarse, vivían en apartamentos independientes. Recuerdo que mi hermano Harvey y yo pasábamos los fines de semana con papá y el resto de la semana con mamá. Ella nos llevaba al colegio y papá nos recogía. Fueron meses muy duros. Luca estaba conectado a una máquina que respiraba por él. Su relación se deterioró en ese tiempo, pero cuando mi hermano se fue recuperando, mis padres decidieron darse otra oportunidad para que la familia se mantuviese unida... y hasta hoy. Hicieron un gran esfuerzo, todos lo hicimos. Afortunadamente, todo salió bien. Por eso celebramos y tratamos de estar juntos siempre que tenemos un hueco. Nos gusta esta cabaña, es como un símbolo de unión, de recuerdos felices. Siempre que Luca nos llama venimos corriendo, porque él no suele llamar muy a menudo, la verdad. No sabemos en qué emplea su tiempo además de en trabajar, porque mujeres no conocemos a ninguna, salvo a Belinda, que pasó un fin de semana con nosotros hace años. Después, desapareció por motivos que desconozco y jamás la volvimos a ver. Luca nunca quiso hablar de ello —puntualizó Ella, admirando los tonos rojizos del cielo.

—¿Por qué terminó la relación, nunca te comentó nada? —Dafne aprovechó que él estaba en el baño.

—Solo nos dijo que se sentía mal, que emocionalmente no estaba preparada para soportar la presión de la relación. Nosotros lo achacamos a la distancia que había entre ellos, pero no sé si realmente esa fue la verdadera causa por la que no acabaron juntos.

—No es muy hablador en lo referente a su pasado, hasta hoy no tenía constancia de que había estado en coma, ni que había sufrido un accidente... Ni tenía información acerca de Belinda. Tu hermano no tuvo secuelas tras el accidente, ¿no?

—No notamos nada extraño, aunque al principio se mostró remiso a estar cerca nuestra, no quería hablar, ni salir, ni relacionarse con otra gente. Tras graduarse, empezó a trabajar y todo se fue encauzando poco a poco. Él siempre había querido trabajar en el mundo de la música, y estoy muy orgullosa de él. Es un prestigioso director de orquesta y creo que es feliz. Pero me apena que siempre quiera estar solo. Hasta ahora no sabíamos que tú existías, es la primera noticia que tenemos.

Harvey estaba sentado en el primer escalón del porche fumando. Escuchaba la conversación que mantenían su hermana y Dafne.

—Hay más cosas que mi hermana no te ha contado, pero quizá nosotros no somos los más indicados para destapar la caja de los truenos. Aunque te lo diré de todos modos, lo más seguro es que mi hermano no vuelva a traerte por aquí.

—¡Harvey, cómo te atreves! No insultes a Dafne de esa manera —le espetó Ella.

—Ya sabes lo que pasará, nuestro hermano siempre ha vivido motivado por sus caprichos.

—Eso no significa nada, puede que Dafne le haga madurar.

—No hagáis como que no estoy aquí —interrumpió ella.

—Mi hermano es adoptado. Un día, apareció sin más. Estábamos de excursión y cuando volvimos al coche estaba en el asiento trasero. Un niño de tres años nos miraba con los ojos compungidos, asustado. Nosotros éramos pequeños, pero aún retengo en la memoria la imagen de Luca —explicó Ella.

—¿Lo dices en serio? ¿Y no sabe dónde está su verdadera familia? —Dafne sintió una punzada en el pecho.

—No. Ese sentimiento le mortificó durante años, estuvo buscando algún tipo de conexión, pero era muy pequeño y no recordaba nada de sus orígenes, ni su nombre.

—Ya ves, Dafne. Quizá no conozcas a mi hermano tanto como creías.

—¡Cállate de una vez, Harvey! —le ordenó Ella—. Nuestro hermano siempre ha sido un poco raro. Mis padres nunca le han puesto límites, lo han querido como a un hijo, pero siempre existió una especie de barrera. Mi padre quería darlo en adopción, pero mi madre se negó por completo.

—Nadie sospecharía que es adoptado, eso dice mucho de vosotros. Sois muy generosos por tratarlo tan bien y estar cerca de él. —Dafne se mostró agradecida. Luca salió del baño y regresó al porche.

—¿He tardado demasiado? —dijo con su amplia sonrisa.

—Estaba entretenida charlando con tus hermanos. —Fingió normalidad.

—¿Qué le habéis contado? —Luca sospechaba que habían hablado más de la cuenta.

—Nada que no deba saber. —Harvey apagó el cigarrillo en la tierra.

—Ya sabéis que no me gusta que habléis de ciertas cosas sin mi permiso. Cada uno tiene su espacio en esta familia... —les reprobó, sin perder de vista la reacción de Dafne.

—Tranquilo, solo me han contado lo de tu accidente y que tus padres se separaron. —Dafne acarició sus hombros para calmarlo.

Anocheció y comenzaron a preparar la cena. Ella encendió unas velas en el salón, Harvey se echó en el sofá para ver la tele, y los padres de Luca regresaron de su paseo.

—Chicos, nos hemos encontrado por casualidad con Angie y Conrad en el mercado navideño, y nos han invitado a una fiesta benéfica que han organizado esta noche para recaudar fondos para la conservación de los bosques —anunció Lisa exultante.

—Pero mamá, esta noche celebramos el cumpleaños de Luca —le recordó su hija.

—Podemos celebrarlo allí todos juntos, además, hay conocidos de tu hermano en la fiesta, le vendrá bien retomar viejas amistades —insistió su madre.

—Mamá, creo que no sería buena idea. —Luca comenzó a impacientarse.

—¿Por qué lo dices, cariño? —irrumpió Dafne.

—Porque sabe que allí se encontrará con alguien a quien no desea ver. —Harvey encendió otro cigarrillo.

—¡Cállate, siempre tienes que estar fastidiando! —Ella le tiró un cojín.

—Belinda estará allí, ¿verdad? —dijo Luca cortante.

—Su madre nos ha dicho que puede que vaya, pero no es seguro —afirmó Lisa en tono conciliador.

—A mí no me importa, además, es por una buena causa. Tenemos mucha comida y podemos llevar cosas por si necesitan algo. —Dafne estaba deseosa.

—¡Buena idea! —Lisa sacó comida de la nevera.

—Sé que pensáis que voy a sentirme incómoda por la presencia de Belinda, pero no tengo miedo de que Luca se reencuentre con ella. Y tengo curiosidad por conocerla...

—En ese caso, si estás tan segura... —Luca aceptó con ciertas reservas.

Lisa empacó la comida que tenían preparada para el cumpleaños de Luca, Norris guardó algunas botellas de vino en el coche, y Harvey y Ella terminaron de guardar las bolsas en el maletero. Luca y Dafne esperaron a que su hermano arrancara el coche para seguir tras ellos. Se dirigieron hacia el viñedo de Angie y Conrad, habían montado una carpa junto al viñedo. Dafne distinguió dos focos de luces inmensos cuando aún quedaban diez minutos de camino. Adelantaron a una caravana de coches que circulaba en la carretera colindante, parecía que todos ellos iban en dirección a la fiesta.

Desde el aparcamiento, Dafne contempló las mesas alargadas dispuestas horizontalmente, y la gente iba depositando platos para que los demás pudiesen

probar. Las donaciones eran voluntarias, pero los vieneses estaban concienciados en la conservación de los bosques y cada año acudían en masa para contribuir. Luca aparcó cerca del coche de sus padres y los seis se dirigieron a la entrada, en la que había un arco con dos columnas de piedra circulares y una pancarta en la que se anunciaba la cena benéfica. Angie recogía en la entrada los sobres de las donaciones, y una vez que la gente pagaba, podían entrar y degustar los diferentes platos que había en las mesas. Norris entregó un sobre con dinero con la intención de invitar a toda su familia.

El vino que servían dos camareros en la barra era de la cosecha de Angie y Conrad que, gustosamente, aportaban para beneficio también de la conservación de los bosques.

La ocupación era alta, prácticamente estaban todas las mesas llenas, pero Harvey acudió a una mesa en la que solo había dos personas. Luca y Dafne siguieron tras él, pero Luca dio un paso atrás cuando reconoció a Belinda. Lisa se acercó a saludarla, pero Norris permaneció junto a su hijo y Dafne.

—Empezamos pronto... —Ella estaba intranquila.

—¿Es ella? —Dafne miró a Luca.

—Sí, no ha cambiado nada. —No le prestó atención.

Belinda se aproximó hasta ellos y miró a Luca, pero no le dijo nada. Se posicionó frente a Dafne y extendió su mano.

—Supongo que ya sabrás quien soy. Podéis sentaros con nosotros, todas las mesas están ocupadas.

—Por mí, de acuerdo. —Dafne asintió y estrechó su mano.

—¿Qué me dices? —insistió, con la mirada clavada en Luca.

Él no contestó y siguió tras ellos hacia la mesa. Harvey y Ella se sentaron en los extremos, junto a sus padres, y Luca y Dafne frente a Belinda y su acompañante.

—Os presento a Robert, un amigo.

—Encantada. —Dafne extendió su mano.

—Tu madre me dijo que no sabía si vendrías a la fiesta —convino Lisa.

—No confirmé hasta última hora, pero me hacía mucha ilusión venir. Mis padres se han dejado la piel organizando este evento.

—¿Qué tal todo? No sabíamos nada de ti desde... —Harvey fue incapaz de terminar la frase.

—Me marché a Londres y trabajo en una editorial.

—Es periodista —murmuró Ella.

—¿Y tú, Luca? Me alegra verte tan bien acompañado.

—Estoy perfectamente. —Esquivó su mirada.

Lisa colocó los platos de comida sobre la mesa de madera y degustaron unas brochetas de ternera y unos dulces, además de la tarta *Sácher* que habían comprado para celebrar el cumpleaños de Luca.

—Por cierto, felicidades. —Belinda levantó su copa.

Él no contestó, probó un trozo de tarta y se levantó de la mesa. Dafne siguió tras él, hacia el aparcamiento. Esa zona estaba oscura, los focos de luces no les alcanzaban y la luna se sentía lejana esa noche.

—¿Por qué estás tan nervioso?, ¿qué ocurrió entre Belinda y tú realmente para que no puedas ni dirigirle la palabra?

—No lo sé, me cuesta estar cerca de ella. Hay algo que no me gusta, y cuando empecé a conocerla, una fuerza me impedía estar a su lado. Yo quería celebrar mi cumpleaños contigo, no de esta forma, todo se ha echado a perder. Lo siento muchísimo, Dafne. —Tenía el rostro desencajado y apretaba la mandíbula.

—Yo estoy agusto con tu familia, y Belinda parece simpática. Esperaba a una mujer manipuladora, fría..., pero no. Y tus padres tienen buena relación con ella.

—Mis padres son cordiales con todo el mundo —siseó.

—¿Por qué no me dices lo que pasó, Luca? —Tomó su mano.

—No pasó nada —dijo con voz grave.

—Muy bien, pues si no pasó nada, aguanta esta noche y cena con nosotros. —Dafne regresó a la fiesta.

Luca pidió dos copas de vino y se sentó en el banco de madera, junto a su madre. Dafne había ido al baño y se cruzó con Belinda en la puerta. Ella tomó su brazo antes de salir.

—¿Hace mucho que estás con él? —le preguntó sin malicia.

—Lo conocí hace dos años, aunque nuestra relación ha estado marcada por la distancia.

—Entiendo...

—¿Qué pasó entre vosotros? Se niega a hablarme de lo vuestro.

—Yo seguí a Luca por una razón, que no es la que tú crees ni la que él cree. Sus padres conocen el motivo, se lo tuve que contar cuando me llevó a la cabaña aquel fin de semana, en el que también celebraban su cumpleaños. Después de partir la tarta me marché. No podía seguir sosteniendo esa mentira.

—¿No querías estar con él? —Dafne no entendía nada.

—No era eso. Yo seguí su pista porque estaba buscando a mi hermano.

—¿Qué quieres decir? ¿Luca es tu...? —Dafne se llevó las manos a la cabeza.

—Sí, es mi hermano. Es igual que mi abuelo: tiene sus mismos ojos, la misma cara... A mi hermano nos lo arrebataron hace años y desde entonces lo habíamos estado buscando. Un día, durante mis prácticas de periodismo, él entró en una cafetería y lo supe. Parecía que estaba viendo a mi abuelo, tenía una foto suya de cuando era joven.

—¿Pero tuviste una relación con él? —preguntó alarmada.

—No, no, no... No pasó nada, jamás. Fuimos forjando una amistad, pero él se asustó. Se fue alejando gradualmente y yo me marché. Me di cuenta de que no estaba preparado para saber la verdad. No quise destrozar su vida.

—Entonces, ¿Angie y Conrad son sus verdaderos padres? —Se tuvo que apoyar en la pared para no perder el equilibrio.

—No, mis padres..., quiero decir, nuestros padres fallecieron hace mucho tiempo. Ellos son como una familia para mí, pero no son familiares míos, no tienen nada que ver con Luca ni conmigo.

—¿Tú eres la única familia que le queda?

—Sí —suspiró.

—¿Qué extraño todo esto! ¿Por qué secuestraron a tu hermano? —A Dafne le ardía la cabeza.

—Es una historia complicada, mi hermano no es como tú ni como yo. Él tiene algo que le hace ser especial, y por esa razón, otras personas trataban de hacerle daño.

—¿Te refieres a las cinco vidas?

—¿Lo sabías? —Belinda vigiló la puerta.

—Sí, las he conocido todas. Bueno, menos una que despertó ayer del coma.

—¿Has conocido todas sus vidas! ¡Dafne, pero eso es maravilloso! —Le tembló la voz.

—¿Por qué? Olvidé decirte que una de ellas ya se ha desvanecido.

—Entonces, quedan cuatro. Con el tiempo se irán destruyendo todas, hasta que quede el más fuerte.

—¿Por qué tu hermano posee esa capacidad?

—Mi padre me contó antes de morir que mi madre tuvo un parto difícil, tardaron horas en poder sacarlo, eso le causó cinco infartos en los que llegó a estar clínicamente muerto durante unos segundos antes de nacer. ¡Es como un milagro! Volvió a nacer cinco veces.

—¿Cómo es posible? ¿Se reencarnó cinco veces? —Dafne tuvo que apoyarse en ella.

—Parece ser que sí. Nosotros nunca tuvimos esa certeza, pero según pasaba el

tiempo, él hablaba de otras personas, no respondía al nombre con el que le llamábamos...

—Sigo sin entenderlo, una de las vidas de Luca tiene diez años, Ricky Ontiveros es un alumno mío.

—Dafne, Luca ha estado celebrando su mismo cumpleaños durante varios años.

—¿Quieres decir que está detenido en el tiempo? —resolló.

—Así ha sido hasta ahora, cuando me has dicho que una de sus vidas ha despertado del coma. A partir de ahora el ciclo avanza. Antes estaba congelado porque una de sus vidas permanecía bajo ese trance, pero ahora que todas sus vidas están despiertas, irán recordando y por eso dejarán de existir hasta que solo quede uno.

—Y podría ser cualquiera: Ezra, Ricky, Luca o Polonio... —recordó Dafne con la mirada perdida.

—No le puedes contar nada porque le haría vulnerable y podría perder su fuerza.

—Le apretó las manos.

—¿Dejarás que siga pensando que eres su exnovia? —Retorció las mangas de su camisa.

—Es lo mejor. Sus padres conocen la verdad, por eso han venido a saludarme. Les conté lo que ocurría para que lo protegieran. Sus hermanos no lo saben porque entre hermanos no hay secretos, pensé que era lo mejor.

—¡Qué locura! ¿Qué le digo ahora a Luca? —Se asomó para comprobar que nadie rondaba por allí.

—Nada, no puede saberlo. Las partes de su alma se irán uniendo cuando los recuerdos vayan sucediéndose. Tú eres la que ha activado el ciclo al haberse enamorado de ti. Estoy contenta porque pronto el ciclo estará cerrado y recuperaré a mi hermano... Te veo en la mesa, Dafne, y procura sonreír, no quiero que sospeche. —Belinda la abrazó y salió.

Dafne se miró en el espejo, se empapó la cara y dejó su mente en blanco. Aquello cambiaba las cosas, ya no tendría que temer la presencia de Belinda o la debilidad de Luca por tener un acercamiento con ella. Es más, deseaba que ocurriera lo antes posible.

Regresó a la mesa, se sentó junto a Lisa y ella le acarició el hombro, intuía la conversación que había mantenido con Belinda. Bebieron vino, Dafne se relajó y contó anécdotas sobre sus composiciones, rodajes; Belinda habló acerca de sus artículos e investigaciones que tenía en ese momento abiertas; Ella y Harvey se peleaban por el último trozo de pollo empanado; Robert hablaba con Luca sobre

sus negocios, y Norris invitó a su mujer a bailar cuando escuchó a una orquesta tocar su canción favorita.

El teléfono de Dafne comenzó a vibrar y se sobrecogió al ver que se trataba de su hermana Cordelia. No recordaba haberle dicho que estaba de viaje y suponía que estaba como loca buscándola. Tenía diez llamadas perdidas, lo que confirmaba sus sospechas. Se levantó de la mesa y salió fuera para hablar con tranquilidad.

—¿Qué ocurre?

—Anahí está a punto de dar a luz, ¿dónde estás? He estado en tu apartamento.

—Estoy en Austria.

—¿En Austria? ¿Tú sola? —Su voz aguda hizo que alejara el teléfono.

—No estoy sola, Cordelia. —Puso los ojos en blanco.

—¡No me digas que estás con el director de orquesta!

—Sí, estoy con Luca y su familia en Viena. ¿El bebé viene ya?

—Sí, estamos esperando en el hospital. En unas horas puede que ya haya nacido. Supongo que no llegarás hasta mañana.

—No pensaba ir hasta después del fin de semana porque estamos celebrando el cumpleaños de Luca. Tendría que cambiar los billetes y en este momento estamos fuera de la ciudad. No sé...

—Quizá haya algo que te haga cambiar de idea. —Había un deje de complicidad en su voz.

—¿Por qué lo dices?

—Tu fotografía favorita acaba de entrar por la puerta, Ezra está aquí. Pensaba que..., saber..., él... —Se perdió la comunicación.

—¿Cordelia?, ¿oye? ¡Aggg! No tengo cobertura en este maldito sitio.

Luca salió a su encuentro ante el desconcierto que le había causado la llamada.

—Dafne, ¿todo bien?

—No, mi prima está de parto. Mi hermana quiere que vuelva a España —maldecía en su interior por el inoportuno nacimiento.

—Pero eso es maravilloso. —La abrazó efusivamente.

—Hay algo más, Ezra está en el hospital. —Su estado de confusión se incrementó.

—¿Ezra es...?

—Sí, una de tus vidas, lo conocí después de ti. También nos gustamos, pero la cosa no salió bien. —La angustia se apoderaba de su voz.

—Él te gusta, ¿verdad? —Le acarició la frente.

—Pero si él me gusta, me gustas tú. Aunque parecéis tan diferentes... —Sintió miedo por su reacción.

—Al estar fragmentados, cada uno es un poco diferente.

—Sí, él es más atrevido. Me hizo untarle la espalda con aceite en la despedida de soltera de mi prima. —Soltó una risita infantil.

—¿Ah, sí? Ya hablaré con él... —Le besó el cuello y le apretó las nalgas.

—No sé qué hacer. No tenía pensado volver, pero..., mi prima y yo estamos muy unidas. No quiero que se resienta la relación.

—Te entiendo perfectamente, Dafne. Tu lugar está con tu familia.

—¿Vendrías conmigo? —Unas llamas de esperanza brotaron de sus ojos.

—Si me encuentro con Ezra puede que los dos acabemos desapareciendo. No sé lo que pasaría, nunca me he topado con una de mis vidas, y tengo miedo a desaparecer y a perderte.

—Me moriría si te viese desaparecer frente a mí. —Le rodeó el cuello con sus brazos—. Me iré por la mañana.

—Si quieres, te acompaño ahora mismo y cambiamos los billetes. No me siento agusto aquí con Belinda. Es nuestra última noche juntos, mejor nos vamos y organizamos todo para tu viaje —zanjó Luca, abrazándola.

Dafne se despidió de Ella y Harvey; Norris y Lisa aún bailaban en la pista. Belinda le sonrió de forma cómplice, no se acercó para evitar un encontronazo con Luca.

Llegaron al aeropuerto, su vuelo salía en media hora. Luca le entregó el equipaje a regañadientes sabiendo que se reuniría con Ezra.

—Espero volver a verte pronto, Dafne. Ojalá todo haya terminado para entonces.

—Te estaré esperando, no lo dudes. No puedo venir a Austria con frecuencia por mi trabajo, pero lo mismo te sorprende. —Sentía que algo se rompía dentro de ella cuando rozó sus labios por última vez.

—Es la hora. —Se apagó el brillo de su mirada al pronunciar esas palabras.

Luca aguardó hasta que Dafne se alejó caminando entre la multitud, ella miraba hacia atrás y sonreía con la esperanza de recorrer ese trayecto muy pronto.

Dafne aterrizó en Santiago de Compostela, cogió un taxi para ir a su apartamento y se cambió de ropa. Reservó por internet el billete de tren para ir a Galicia esa misma tarde.

La primera persona con la que se topó fue con su hermana, Cordelia paseaba alterada en la puerta del hospital. Cuando se acercó a ella, notó su enfado a varios metros de distancia por no haberle comentado su viaje a Austria.

—¿Estás loca? Si te hubiese pasado algo, ¿cómo lo hubiese sabido?

—Relájate, Cordelia, ya no soy una niña. Tengo mi vida y puedo tomar las decisiones que quiera.

—Solo te pido un mensaje, tenlo en cuenta la próxima vez.

Dafne asintió.

—Está arriba, ¿estás preparada?

—¿Te refieres a Ezra? —Volvió a sentir un cosquilleo.

—Sí, claro, ¿quién va a ser? No se ha separado de Anahí.

—¿Aún no ha dado a luz?

—No, tendrán que practicarle una cesárea a lo largo del día.

Dafne subió a la segunda planta, ignoró a su tía y saludó a unas amigas de su prima que también aguardaban en el pasillo. Ezra miraba por la ventana, de espaldas, y ella contuvo el aliento al contemplar su figura; era como estar viendo a Luca cuando estaba frente a la chimenea de la cabaña. Dafne mantuvo un metro de distancia entre ambos, él giró su cabeza y sonrió. Los dos querían abrazarse, pero se sentían observados por la familia. Se dieron un beso en la mejilla y se cogieron de las manos.

—Es el último lugar en el que esperaba verte, Dafne. —Se derritió al escuchar su voz.

—Así es, jamás lo habría imaginado —gorjeó—. Por cierto, ¿cómo está mi prima?

—Se la han llevado al quirófano.

—Acabo de llegar de Austria, me habría gustado llegar a tiempo para darle ánimos —se lamentó.

—¿En Austria? Vaya, viajas mucho, Dafne. —Su sonrisa fue punzante.

—Tengo un conocido —dijo a media voz.

—Luca, ¿verdad? Ya me contaste que habías conocido a alguien en Viena y que te había marcado. ¿Estás con él?

—¿Y tú no estás con nadie? —Evitó responder.

—No he tenido tiempo, entre el trabajo y las clases... —Miró las palmas de sus manos.

—¿Clases? —Hizo una mueca.

—Estoy aprendiendo a tocar el piano.

—¡No me digas! Yo doy clases de piano en una escuela de música en Santiago.

—¿Eres profesora? —Se le iluminó el rostro.

—Soy compositora, pero estoy cubriendo una baja. Doy clases a niños.

—Podrías darme algunas clases. —Su petición nubló el pensamiento de Dafne.

—No sabía que te gustaba la música.

—Es una afición que he descubierto de forma repentina. Hace unos días sentí la necesidad de tocar el piano y me apunté a clases. Es curioso porque nunca me había atrevido a tocar un instrumento, y mucho menos el piano.

Dafne conocía la respuesta a esa faceta que cobraba fuerza en su vida, su alma estaba recordando la conexión con los otros, lo que desembocaría en un fin próximo y deseado por ella.

Cordelia les anunció que Anahí había dado a luz a un niño de tres kilos, que estaba sano, y que ella se recuperaría de la anestesia en las próximas horas.

—¡Felicidades, chicas! —Ezra besó a Dafne en la mejilla.

—¡Me hace tanta ilusión que Anahí haya tenido un hijo! Aunque los niños me gustan prefiero que otros los tengan por mí. —Dafne miró a su tía porque sabía que no se mordería la lengua.

—¿No te gustaría tener tu propia familia algún día? —Ezra se acercó peligrosamente.

—Es algo que veo muy lejano. Me gustaría establecer una relación sólida, aunque la rutina sea devastadora a veces, pero también es mágica.

—¿Con Luca no has conseguido esa estabilidad?

—Ya sabes que esa historia es demasiado larga, y aún faltan etapas por cerrarse.

—Me gustaría verte fuera, en otro sitio, solos tú y yo. Siempre hemos estado rodeados de gente y estoy deseando escucharte tocar el piano.

—Cuando quieras puedes venir a Santiago. —Dafne no era consciente del peso de sus palabras.

—¿El fin de semana próximo te parece bien? —No estaba dispuesto a dejarla marchar otra vez.

—Claro, ya habré terminado un trabajo que tengo pendiente. —Dafne se

horrizó al pensar que podía pasar algo entre ella y Ezra.

Dos horas después trasladaron a Anahí a la habitación y Dafne abrazó a su prima con sumo cuidado por la herida de la cesárea. Cordelia sostuvo al bebé en los brazos y se lo entregó a su hermana para que también lo cargase. Ezra estaba sentado en la esquina y la miraba con ternura; ella se sonrojó al adivinar sus pensamientos. Se imaginaba cómo sería ese momento con Luca, pero la amargura y el desasosiego se hicieron palpables y no era capaz de retener las lágrimas que ya descendían con vida propia. Le entregó el niño a Anahí y salió de la habitación. Ezra notó que algo no iba bien y se apresuró tras ella.

—Oye, ¿qué pasa? —Sostuvo su brazo con delicadeza.

—Es la primera vez que cargo un niño en los brazos y es una sensación muy bonita, aunque también me produce pánico y tristeza. —Escucharle hablar le producía un dolor infinito.

—¿Estás segura de que no hay nada más?

—No, no...

—¿Es por tu viaje a Austria, te trae malos recuerdos?

—No, precisamente. Siento dolor por no estar con Luca en este momento, nos estamos perdiendo muchas cosas.

—Yo tengo que irme, tengo una sesión de fotos en una hora. Espero verte en unos días, y no te sientas mal, Dafne. Tú también tendrás tu momento —le aseguró con la firmeza de un abogado.

Dafne esperó a que las puertas del ascensor se cerrasen, se sentó en un banco del pasillo y suspiró con la misma tranquilidad con la que Ezra se había marchado. Quería evadirse de la escena familiar que se estaba viviendo en la habitación, todo eso la atormentaba.

Eran las una de la tarde del viernes, y Dafne recogía las partituras de los alumnos que ya se habían marchado a casa. Entre ellas le llamó la atención la de Ricky, una vez más, firmada con el nombre de Polonio Fermonsel. Ella sonreía, pero esta vez, sin inquietarse. Sabía que tenía que acudir al hospital para conocer a Polonio, pero estaba esperando el momento propicio. Tenía cuentas pendientes con Ezra, con Luca..., y el propio Ricky era un enigma para ella. No sabía cómo iba a armar su historia con el pequeño. Era consciente de la admiración que Ricky le profesaba, pero era un amor de infancia, un sentimiento de veneración hacia una profesora. La situación era distinta, tenía que hilvanar perfectamente sus emociones. No conocía a los padres, ni se le veía relacionarse con otros niños, por lo que, derribar ese muro de desinformación no iba a resultar nada sencillo.

Dafne quedó a ciegas un momento, alguien le tapó los ojos desde atrás. Recordaba su perfume...

—¿Qué haces tú aquí? —Apartó las manos de su cara.

—Tenía el día libre y he decidido darte una sorpresa. Le pregunté a tu hermana en qué escuela de música trabajabas —explicó Ezra inocentemente.

—¡Voy a matar a Cordelia! —gritó a viva voz.

—¿No te alegra que haya venido a verte?

—Sí, pero no te esperaba hasta mañana —apostilló.

—Así disponemos de más tiempo para hablar. —Recorrió la clase—. Me encanta este lugar, los niños deben de sentirse como en casa.

—¿Te atreverías a tocar algo? —Dafne le entregó las partituras de sus alumnos.

—Preferiría verte tocar a ti primero. —Se apartó del piano.

—Muy bien, estaba recogiendo, pero puedo quedarme unos minutos más.

Dafne se sentó frente al piano, colocó las manos de forma que acariciaba las teclas y tocó la canción que había compuesto para el cumpleaños de Luca, finalmente, no había podido tocar por la llamada inesperada de Cordelia. A fin de cuentas, era como si Luca también la estuviera escuchando, de alguna manera

se quedaría plasmada en sus recuerdos. Ezra se sentó en uno de los pupitres, dejó caer la cabeza en el asiento y observó a Dafne atentamente. Ella continuaba acariciando las teclas, como un susurro que arrastraba las palabras que no se atrevía a decir. Ezra, cautivado, parecía entender ese mensaje. Él cerró los ojos y se dejó flotar entre las notas que pululaban en el aula. Dafne estaba poseída por el ritmo, sus oídos no querían escuchar nada más que el sonido de las teclas. Cuando terminó de tocar, Ezra aplaudió como si ella acabase de salir a un escenario; Dafne se levantó e hizo una reverencia.

—¿La has compuesto tú? —preguntó emocionado.

—Sí, la compuse hace una semana. —No dio más detalles.

—Es maravillosa, no creo que pueda tocar algo así.

—Ya verás como sí, siempre que practiques, claro —dijo convencida al recordar a Luca dirigiendo en la ópera de Viena.

En ese instante, el pequeño Ricky irrumpió en la clase. Dafne recordó las palabras de Luca: «no sé lo que ocurriría si dos vidas coincidiesen en el mismo lugar». Dafne trató de alejar al niño, pero él buscaba su partitura, quería ensayar el fin de semana en casa y revolvió entre las hojas hasta dar con la suya. Ezra y Ricky se miraron, Dafne enmudeció y se posicionó entre ellos para crear una especie de barrera. Los dos parecían mareados, Ezra se apoyó en una silla y el niño se sentó en el pupitre que tenía más cerca. Dafne pensó en llamar a una ambulancia, pero temía que lo que estaba ocurriendo no tenía nada que ver con la salud física, sino con la espiritual. Tenía claro que los fragmentos de sus almas estaban recordando y muy pronto formarían una sola.

—No te preocupes, Ricky, has trabajado muy duro en estos días, no necesitas practicar más. —Ella acarició su mano.

—Sí, Dafne. Quiero ser tan bueno como tú. Necesito tocar todos los días. —Se tocó la cabeza haciendo gestos de dolor.

—Ojalá tus compañeros tuviesen el mismo interés que tú, serían grandes músicos.

—Eres la mejor profesora que he tenido nunca. He aprendido tantas cosas desde que empecé a venir a clases.

—Estoy muy orgullosa de ti, Ricky. Llegarás muy lejos...

Dafne no había soltado la mano del niño cuando empezó a desvanecerse, la silla se transparentaba a través de su cuerpo, perdió la densidad en pocos segundos. Ricky se esfumó delante de ella al igual que Colin. Si Ezra no hubiese estado allí, seguramente, Ricky no habría desaparecido. Al sentimiento de tristeza se sumó la esperanza de estar más cerca de abrazar al último clon.

Ezra se levantó un poco mareado y Dafne pasó su brazo por encima de su hombro para sostenerlo.

—¿Qué ha ocurrido?, ¿por qué estoy aquí? —Se tambaleaba.

—¿No te acuerdas?

—Yo estaba..., yo estaba..., no sé, tengo imágenes borrosas. —Se frotó los ojos.

—Necesitas descansar, te llevaré a mi apartamento para que duermas un poco.

Dafne lo acompañó hasta su apartamento y lo tumbó en la cama, le quitó los zapatos y le echó una manta encima. Estaba a punto de sentarse en el taburete para tocar el piano cuando alguien llamó a la puerta. Tuvo una sensación extraña, como si su cuerpo interno le pidiese que no abriera, pero la intriga ganó la partida. Abrió despacio, colocando el pie delante para protegerse. Quedó sobrecogida al reconocer a la persona que estaba tras la puerta: era un hombre que vestía una bata de hospital, delgado, desaliñado, con una barba prominente y descuidada. Polonio Fermonsel se tambaleaba como si el viento lo meciese en una tarde otoñal.

—¿Por qué has venido? —Usó las únicas palabras que pasaron por su mente.

—Aproveché que las enfermeras habían salido y me escabullí dentro de un carro de la limpieza. No sé por qué he venido a este apartamento, pero algo me ha guiado hasta aquí.

—No puedes entrar, no estoy sola... —Le empujó hacia fuera.

—No voy a molestarte, solo déjame entrar —suplicó con miedo en los ojos.

Dafne sabía que estaba jugando con fuego porque Ezra dormía en el dormitorio, si se cruzaban...

—Está bien, te daré unas toallas. —Le invitó a pasar y abrió la puerta del baño.

Se asomó para ver si Ezra se había despertado, pero escuchó su respiración y cerró la puerta sin hacer ruido.

Al cabo de media hora, Dafne entró en el baño porque Polonio no respondía a su llamada, aunque no dio ni dos pasos sin levantar los ojos del suelo. Polonio estaba desnudo, recortándose la barba frente al espejo. Él se puso una toalla en la cintura y salió al salón con el torso desnudo y mojado.

—Lo siento, pensaba que te había pasado algo —dijo azorada.

—Necesito algo de ropa, no puedo pasearme por ahí en camisón de hospital. ¿Puedes prestarme algo?

—Dame un segundo. —Recorrió el pasillo sofocada.

Buscó una camisa y unos pantalones que conservaba de su padre, pensó que le vendrían bien. Polonio entró en el baño para vestirse y ella se sentó en el sofá.

No podía evitar sentirse atraída, solo le diferenciaba de los otros el aspecto descuidado y la delgadez. Polonio abrió la puerta y terminó de abrocharse la camisa en el salón.

—¿Quieres que te prepare algo de comer? No tienes buena cara. —Abrió la nevera y analizó lo que quedaba.

—No recuerdo cuando fue la última vez que comí algo sólido. —Sus ojos azules habían perdido el brillo.

—Te prepararé una tortilla ahora mismo.

Polonio se acercó al piano y hundió sus dedos sobre unas teclas.

—¡No, por favor! ¡Hay alguien durmiendo! —clamó alarmada por miedo a que Ezra saliese al salón.

—¿No estás sola? Perdona... —Se retiró.

—Es un amigo que ha llegado de un viaje y está descansando en mi cuarto.

—Hoy nos vas a ayudar a todos. —Sonrió—. ¡Qué falta de consideración la mía! No me he presentado...

—No hace falta, sé quién eres. —El cosquilleo se apoderó otra vez de su cuerpo.

—¿Lo sabes? —inquirió intrigado.

—Perfectamente. ¿Y tú sabes quién soy yo?

—Te he visto en sueños, todos los días mientras estuve en coma, Dafne. Por eso vine hasta aquí. —Se sentó junto al piano—. Creo que hay algo que nos une, algo que conspira por encima de nosotros mismos. Es como si te conociese de otras vidas, de otros lugares, no sabría explicarlo.

—Yo también soñé contigo cuando estuve ingresada en el mismo hospital que tú hace unos meses. —Percibió una oscuridad en su mirada que la alertó—. Pero los sueños no tienen mayor importancia.

—¿Tocas?

—Sí, me encanta.

—A mí también. He practicado durante años. —Dafne sintió un escalofrío.

Terminó de hacer la tortilla y le sirvió la comida en una bandeja, puso un refresco y un trozo de pan también.

Eran las cuatro de la tarde y Dafne se preparó un *sándwich* vegetal, con todo lo que había ocurrido no tenía ganas de comer. Polonio se levantó y acarició el piano; Dafne casi se atragantó al escuchar las primeras notas de la canción. Hasta se olvidó de que Ezra dormía. Era la misma canción que ella había tocado unas horas antes en la escuela de música. «¿Cómo conocía la canción?», pensaba, al recordar la mirada de Ezra cuando ella estaba tocando. Acarició las teclas con la

misma delicadeza que lo había hecho Dafne, dejándose envolver por cada nota. Polonio tocó durante tres minutos y el tiempo pareció fugarse, traspasaba las paredes del apartamento. Ella se sentía derrotada, sucumbiendo al poder de la canción que ella misma había creado. No tenía ánimos para luchar más, se sentía feliz escuchando a Polonio tocar su piano, con Ezra tumbado en su cama. Dio un respingo y salió disparada hacia su dormitorio, como impulsada por un temor que muy pronto se haría realidad. Abrió la puerta y ya no estaba, Ezra había desaparecido. Los zapatos estaban en el mismo lugar en el que ella los había colocado. Se había esfumado como Colin y Ricky, sin decir adiós. Dafne se sentó en la cama y lloró amargamente, Ezra había sido muy importante para ella. Pensó que su desaparición fulminante se debía a la presencia de Polonio, él se había hecho fuerte tocando la canción y se había creado una atmósfera mágica en el apartamento.

Dafne regresó al salón y le pidió a Polonio que dejase de tocar.

—Puedo irme si no te encuentras bien. —Su voz se agravó.

—¿Dónde vas a ir? —No logró disimular su tristeza.

—Tengo una casa en Galicia, aunque tengo la necesidad de ir a visitar Austria. También me gustaría viajar a Nueva York.

—¿Vas a viajar ahora? Acabas de salir del hospital. —Trató de quitarle la idea de la cabeza para que no se cruzase con Luca en Austria—. Puedes quedarte unos días aquí en casa, hasta que te recuperes y te sientas más fuerte. ¿Dónde está tu familia?

—No lo recuerdo. He estado demasiado tiempo inconsciente. Las enfermeras me dijeron que nadie me había visitado, salvo tú.

—Quizá nadie supo lo que te pasó...

—Gracias, Dafne, por invitarme y por todo.

—A ti no tendré que darte clases de piano, veo que te manejas muy bien. —Bajó la tapa—. El lunes regresaré a la escuela de música, pero el fin de semana lo tengo libre. Así que..., podemos hacer cualquier cosa.

Sonó el timbre y Dafne dio un paso atrás, abrió la puerta y su cuerpo se paralizó al toparse con Belinda.

—Luca está muriendo, Dafne. Se muere... —Las ojeras denotaban el cansancio que acumulaba.

—¿Qué ha pasado? —En el fondo lo sabía.

—No lo sé, está muy enfermo. Lleva dos días en el hospital con unas fiebres muy altas y... ayer cayó en coma. —Se derrumbó.

—¡No puede ser! ¡Luca, no... Luca, no! —maldijo la aparición de Polonio y se mordió la lengua.

—¡Dafne, no tenemos tiempo! —Belinda se paró frente a ella—. Tienes que venir conmigo a Austria.

—¿Cómo me has encontrado?

—Luca lo sabía.

—¡Pero si él nunca ha estado aquí! —Su voz se quebró.

—Por lo que veo —señaló, mirando a Polonio—, una de sus vidas sí que ha estado aquí.

—¿Qué está pasando, Belinda? ¡Tú no me puedes engañar! —Dafne sacudió sus hombros—. Ezra y Ricky se han esfumado, y ahora Luca está muy enfermo.

—Él tiene que venir con nosotras a Austria, es la única opción que nos queda. —Miró a Polonio—. Si Luca muere, si parte de su alma muere, también podría desaparecer Polonio. ¡Puedes perderlos a todos, Dafne, puede que ninguno sobreviva!

—¡Tiene que ser una broma! —Sus gritos alarmaron a Polonio.

—¡No, solo quedan dos! Y no puede vivir uno sin el otro, su alma tiene que unirse. Él tiene que venir con nosotras antes de que Luca muera, no habrá vuelta atrás. Ambos dejarían de existir para siempre. Y no sé tú, pero yo no estoy dispuesta a perder a mi hermano otra vez. —Belinda extrajo de su bolso unos billetes de avión con destino a Austria.

Dafne abrió el armario y arrojó varias prendas sin mirar; se tiraba del pelo y maldecía a la nada. Cogió el bolso del perchero de la entrada y le entregó su maleta a Belinda.

—Sé que no me vas a entender, pero tienes que viajar conmigo a Austria sin hacer preguntas —le suplicó a Polonio, que aún permanecía sentado en el taburete que había frente al piano.

—¿Qué está pasando aquí?, ¿quién es esa mujer? —protestó.

—Por favor, te lo suplico. Tú decías que sentías la necesidad de viajar a Austria y a Nueva York. Y yo tengo la respuesta a esas inquietudes.

Polonio evitó hacer más preguntas al ser testigo del lamentable estado en el que se encontraba Dafne. Apenas se mantenía en pie, sus pasos eran lentos y rápidos, perdiendo el compás de sus pensamientos.

Cogieron un taxi para llegar al aeropuerto de Santiago lo antes posible y salieron en el primer vuelo con destino a Austria.

Era media noche cuando aterrizaron en Austria. Belinda había dejado su coche en el aeropuerto y los llevó al apartamento de Luca para que dejaran el equipaje. Belinda tenía las llaves porque Ella se las había prestado.

Dafne temblaba, no quería que Polonio la viese llorar, pero él posó su mano sobre su hombro sin saber muy bien a qué se enfrentaban. Belinda los acompañó hasta la habitación de Luca; la familia aguardaba en el pasillo.

—No sabemos si se va a recuperar, Dafne. —Ella la abrazó con fuerza.

—Ya verás como sale de esta, es muy fuerte —se repetía una y otra vez para no romperse en mil pedazos.

—Nunca lo había visto así, tan débil.

—Hola, hija, ¿qué rápido has venido? —Lisa apenas podía hablar.

—No tenemos tiempo que perder, tiene que entrar con nosotras. —Belinda llamó a Polonio.

Se personaron en la habitación, cerraron la puerta y Polonio se colocó en los pies de la cama. Dafne examinó el rostro macilento de Luca: sus labios estaban morados y rasgados, sus ojos hundidos y las manos temblaban. Ella se acercó y apretó su mano, Luca sudaba y tenía mucha sed. Dafne besó su frente y limpió el sudor con un *foulard* que colgaba de su cuello. Belinda le dio de beber agua con una pajita desde el otro lado.

—¡Ya estoy aquí, cariño! ¡No me dejes, por favor! —Lloró sobre su pecho.

—No sé qué me está pasando, Dafne. A los dos días de irte empecé a sentirme mal y no podía respirar. Tenía fiebre y sudoración, pérdidas de memoria... Era como si mi cuerpo quisiera abandonarme.

—Ya sabemos lo que pasa, pero tú eres muy fuerte.

—Dafne, puede que sea yo el que tenga que irse para que puedas quedarte con él.

—Se giró hacia Polonio.

El quinto clon quedó perplejo por el parecido físico que había entre ambos.

—Él te va a cuidar, Dafne. Todos vamos a cuidarte, recuerda que somos uno solo, y cada uno de nosotros te ha amado. —Estaba exánime.

—No, Luca. Tienes que ser tú, si no esto no tendría sentido. Todo empezó contigo, si no hubiese sido por ti jamás os habría conocido.

—Yo solo fui el primero de tu lista, pero quizá no sea el último. Los demás se han ido, ¿verdad?

—Sí... —gimió.

—Entonces, solo quedamos él y yo. —Se retorció de dolor en la cama.

—Por favor, Belinda, saca a Polonio de aquí. No le está haciendo bien su presencia, se está alterando y está muy débil.

—Dafne, tenemos que acabar con esto ya, si no ambos morirán. —Bajó la voz.

—¿Qué vamos a hacer?, ¿dejarlos aquí solos?

—Polonio, colócate junto a él y aprieta su mano.

—No, no, no... —Dafne la apartó—. ¡Eso es un asesinato!

—¡Es su alma! Solo quedan dos partes, y una no puede vivir sin la otra. Y ninguno vivirá si dejas que pase el tiempo sin hacer nada. —Su tono pertinaz dilucidó sus verdaderas intenciones.

Dafne se apartó de la cama y apoyó la frente en la pared; era incapaz de contemplar la escena que la había estado atormentando durante tanto tiempo.

Polonio estrechó la mano de Luca con firmeza durante unos segundos, pero no pasó nada. De pronto, Luca fue recobrando el brillo en sus ojos y el color rosado de sus mejillas. Su energía se hizo palpable al incorporarse de la cama sin mostrar debilidad ni rastros de sudor.

—Creo que no está funcionando. —Luca arrancó un cable que sobresalía de su nariz.

—¿Qué está pasando? —Dafne no quería mirar.

—Polonio está ayudando a Luca, ¡está mejorando! —Belinda abrazó a Dafne.

—¿Ninguno de los dos está desapareciendo? —Dafne se giró.

—No, ya no tengo fiebre y me siento mejor. —Estiró las piernas.

—¿Alguno de vosotros podría explicarme qué está ocurriendo aquí? —inquirió Polonio, confundido.

—Te lo explicaremos más tarde, pero sigue ayudándole, te lo ruego —le suplicó Belinda.

—¿Si uno está cerca del otro, ambos vivirán? —Dafne se sentó en la cama.

Luca no empeoró al separar su mano de la de Polonio, se mantenía estable.

—Me siento fuerte —les confirmó.

—Es cierto, ya no tienes fiebre. —Dafne posó su mano en la frente de Luca.

Polonio salió enfadado de la habitación y Belinda lo acompañó.

—¡Pensé que te perdía, qué miedo he pasado! —Dafne lo abrazó con cuidado.

—Aún quedamos dos, si yo me voy, Polonio es uno de los nuestros. No lo olvides...

—No sería lo mismo.

—¿Y qué otra cosa podríamos hacer? No podemos vivir conectados eternamente.

—Si tengo que atar a Polonio a una pata de la cama para que tú estés bien, lo

haré. Y me da igual el resto del mundo —admitió, ante la mirada atónita de Luca.

Polonio bajó a la primera planta en busca de una máquina de café, Belinda le sorprendió por la espalda.

—Gracias por lo que has hecho. Luca se siente mejor cuando estás cerca.

—Se parece demasiado a mí, ¿no te parece? —Había agresividad en sus palabras.

—Claro, eres una parte de él, de su alma.

—¿Y cuál es mi papel en esta historia?, ¿estar pegado a él todo el día? —Golpeó la máquina de café con el puño.

—¿Por qué crees que has estado en coma todo este tiempo? Una parte de él estaba dormida, pero cuando Dafne apareció, esa parte se encontró con las demás. Por eso despertaste y fuiste a casa de Dafne.

—No es por eso por lo que estuve en coma, ¡tú no sabes nada! —Se apartó de ella.

—¿Qué quieres decir? ¿Has recordado algo?

—A ti no tengo que darte explicaciones, si estoy aquí es por Dafne. Solo me corresponde aclarárselo a ella. —La dejó plantada en mitad del pasillo.

La familia de Luca entró en la habitación cuando Dafne anunció que estaba mejorando. Lisa besó su mano y le acarició la cabeza. Su padre estaba emocionado y no podía dejar de llorar.

—Dafne te ha hecho mucho bien, hijo mío. —Lisa peinó su cabello con las manos.

—Podemos contratar a un médico para que te cuide en casa —sugirió su padre, más calmado.

—Estoy pensando en mudarme. —Luca miró a Dafne.

—¿Ahora que estás enfermo quieres mudarte? —Su hermana mostró su disconformidad.

—Necesito a Dafne cerca, ella ya ha venido suficiente a Austria. Ahora me toca a mí ir a España.

—Podrías recaer. —Su madre buscó la mirada de Dafne.

—Necesitamos estar juntos. —Sospechaba que Polonio volvería a España y él tendría que vivir próximo a él.

—En mi apartamento estaría muy cómodo. —El corazón le dio un vuelco al escuchar las intenciones de Luca. Siempre había deseado vivir con él.

—En cuanto salga de aquí, me iré contigo. —Dafne lo besó sin sopesar la desaprobación de su familia.

Belinda retuvo a Polonio para evitar que se marchara del hospital.

—¿Estás loca? ¡Suéltame!

—No puedes hacerle esto a mi hermano, tienes que quedarte aquí.

—No puedes impedir que me vaya. —Atravesó las puertas.

Polonio caminó hasta la acera y esperó a que el semáforo cambiase, pero Belinda le empujó con fiereza contra una furgoneta que pasaba en ese momento y su cuerpo se disolvió en el aire. No quedó rastro de su cuerpo, no había sangre ni nada que indicara que había muerto alguien. El conductor se bajó, miró debajo de la furgoneta y al otro lado de la calzada, pero no vio nada.

—¡Váyase y olvide lo que ha pasado aquí! —le ordenó Belinda sin abandonar la acera.

El hombre no articuló ni media palabra y se marchó a toda prisa con el semáforo en rojo.

Belinda regresó a la habitación de Luca y sonrió aliviada al ver que su hermano sonreía; había destruido a un clon para salvarlo. Polonio ya no era un impedimento para que Luca fuese uno solo.

—¿Qué te ha pasado? —Dafne percibió que algo había cambiado en la mirada de Belinda.

—Nada, ha sido un día largo. ¿Cómo está mi hermano? —Se limpió las manos sudorosas en sus pantalones.

—Se está recuperando. ¿Cuándo le dirás la verdadera razón por la que estás aquí? Es importante que sepa que hay alguien de su sangre que sigue con vida. Luca vendrá conmigo a vivir a Santiago de Compostela, ¿cómo voy a justificar tus visitas? ¿Qué le digo, que su exnovia lo extraña? Tienes que decírselo... —murmuró.

—Dafne, solo me importa que esté vivo. Además, nadie se interpondrá entre vosotros.

—Te olvidas de Polonio...

—Él no será un problema. Ha desaparecido, lo he visto.

—¡Pero si estaba aquí hace un momento! —Dafne se retiró de la cama.

—Hemos ido a tomar un café y se ha esfumado sin más.

—¿Solo queda Luca? ¡Es él! ¡Se queda conmigo! —Dafne abrazó a Belinda—. Cariño, ¿has escuchado? Polonio ya

no está, no tienes de qué preocuparte. Solo quedas tú.

—¿He sobrevivido yo? ¡Qué alegría, Dafne! ¡Por fin! —La atrajo hacia él.

—Vamos a poder vivir juntos y terminar lo que empezamos hace dos años.

—Belinda, quería agradecerte que fueses a buscar a Dafne. Ya sé que tú y yo no terminamos bien, pero te agradezco que te hayas tomado tantas molestias —dijo con Dafne entre sus brazos.

—Es una gran amiga. —Dafne le guiñó un ojo.

Las chicas habían organizado una despedida de soltera para Dafne. Luca le había entregado las llaves de su cabaña en Wienerwald a su hermana Ella. Cordelia había comprado los billetes del vuelo con destino a Austria sin consultar a Dafne.

Luca despertó a Dafne a las siete de la mañana, hacía un mes que convivían juntos en su apartamento de Santiago de Compostela. Su salud no había empeorado.

—¡Es sábado! ¿Por qué me despiertas tan pronto? —Se escondió bajo las sábanas.

—Cordelia te recogerá en media hora.

—¿Para qué? No he quedado con ella. —Estiró los brazos y bostezó.

—Vuestro vuelo sale en dos horas. Las chicas te han organizado una despedida de soltera, pero no digas que yo te lo he dicho. —Le hizo cosquillas en la espalda.

—¡Vaya! ¿Y dónde iremos? —Saltó de la cama.

—Ya has estado allí. —Le dio un beso a modo de recordatorio.

—¿A Viena? —Aplaudió.

—Sí, a la cabaña. ¡Date prisa, tienes diez minutos para hacer la maleta! —Sacó la maleta del armario.

Dafne salió de casa al escuchar la bocina del coche de Cordelia.

—¡No sabes lo que te espera! —advirtió su hermana abrochándole el cinturón—. Ella y Belinda nos recogerán en el aeropuerto de Viena; Anahí ya está aquí, su marido la ha dejado en el aeropuerto.

—¡Lo teníais todo planeado! —Se regocijó en el placer que le causaba celebrar su despedida ante el inminente enlace con Luca, el hombre que tantas veces le había robado el sueño—. ¡No quiero tíos desnudos! No hay nada de eso,

¿verdad?

—Relájate, no tienes nada que temer —musitó con la picardía propia de la mentira inocente que cuenta un niño a su mamá para justificar que no ha hecho los deberes—. ¿Estás nerviosa por la boda?

—No... —Miró el reloj.

—Estás tan... tan... acostumbrada a ver romances y a componer para otros... Ahora es tu turno, ¿tienes tu propia banda sonora? —Cordelia miró por el retrovisor al camión de la basura que se había incorporado de la rotonda—. Te mereces ser feliz, nadie más que yo te desea...

—¡Cordelia, frenaaaa! —gritó Dafne sujetándose con fuerza al asiento.

Anahí se refugiaba bajo su paraguas violeta en la entrada del aeropuerto. Levantó la mano enérgicamente cuando vio llegar a sus primas.

—¡Por fin estáis aquí! Pensé que me iba yo sola a Austria. —Abrazó a Dafne y colocó una banda rosa en la que anunciaba su despedida.

—¿De verdad esto es necesario? —Se tapó la banda con la chaqueta.

—Piensa que solo será una vez en tu vida —señaló su prima, colocándose unas orejas de conejo.

—Y no harás el ridículo sola. —Su hermana secundó la acción.

—Así me siento mucho mejor. —Soltó una risita de alivio.

Dafne recorría el pasillo con la maleta cuando reconoció a Belinda y a Ella al otro lado. Se fundieron en un abrazo y bromearon con las diademas y la banda. Cordelia y Anahí las saludaron y salieron a la puerta para buscar el coche de Ella.

—¡Qué cansada estoy, chicas! —Dafne se quitó la banda.

—Cuando llegemos a la cabaña te echas un rato mientras nosotras lo preparamos todo. —Belinda guardó unas bolsas en el maletero

—¿Qué vais a preparar? No vayáis a liarla, ¿eh?

—Monta en el coche y descansa un poco, tu fiesta te espera... —Ella abrió la puerta del coche.

—¡Os voy a matar! —Se sentó en el asiento trasero y cerró los ojos.

Aún faltaban unos metros para llegar a la cabaña y a Dafne le llamó la atención las guirnaldas de luces que decoraban las columnas del porche.

—¡Qué bonito! —Buscó su móvil en el bolso para hacer una foto y enviársela a Luca.

—Nada de fotos. —Cordelia le quitó el teléfono.

—Está bien... —Se lo entregó de mala gana.

Ella aparcó delante de la cabaña y Cordelia tapó los ojos de su hermana con una cinta de seda negra. Belinda la ayudó a bajar del coche y las demás sacaron las bolsas del maletero. Dafne subió a tientas los dos escalones que guiaban al porche y esperó instrucciones.

—¿Chicas?, ¿puedo entrar? ¿Por qué os calláis? Tengo frío y sueño, necesito entrar. Dejad las bromitas para más tarde.

Dafne se quitó la cinta y allí no había nadie, el coche tampoco estaba. Pensó que se habían escondido para darle un susto o algo así. Regresó al camino y dio la vuelta a la casa, pero estaba completamente sola. Esperó en el porche unos minutos y empezó a desesperarse, pegó el oído a la puerta por si se habían escondido dentro, pero no se oía nada. Tampoco tenía el móvil, Cordelia le había quitado el bolso.

Los sanitarios empujaban la camilla con fuerza, Dafne estaba perdiendo mucha sangre y permanecía inconsciente. La intubaron para conectarla a una bombona de oxígeno y la sedaron para detener la hemorragia del hombro. Un hierro le había atravesado el hombro y tenían que cortarlo con una sierra eléctrica para limpiar la herida y taponarla.

Dafne consiguió abrir la puerta de la cabaña y quedó paralizada al ver que había montada una gran fiesta. Unas treinta personas bebían y bailaban inmersos en la locura de los focos de colores que cegaban a Dafne.

—¿Dónde estabas? —Su hermana tiró de su brazo y la arrastró al interior.

—Me habéis dejado sola en el porche, ¿qué os pasa? —le recriminó.

—Pero si acabamos de llegar...

—Esta gente tiene pinta de haber estado aquí varias horas..., no tiene sentido. — Alzó la voz debido al alboroto.

—¡Dafne, ven a bailar! —Belinda le sirvió una copa.

—¿Te parece que tengo ganas de bailar? ¿No se suponía que esta fiesta era solo para nosotras?

—Tienes muchos amigos, Dafne —contestó Belinda un poco ebria.

—¿Ya estás borracha? Si no te ha dado tiempo...

—¿Quieres un trozo de pastel? —Señaló a una gran tarta que había dispuesta junto a la barra americana.

—¡Si aún no hemos cenado! —Dafne se quejaba por el descontrol de la fiesta.

—¡Cenamos después! —Belinda se unió a un corro de gente que bailaba en círculos.

—¿Después?, ¿cuándo? No entiendo nada. —Buscó a Ella y a Cordelia.

—¡Y ahora llega el gran momento de la noche! ¡Dafne abrirá el pastel! —dijo Ella a través de un micrófono.

La gente comenzó a gritar y empujaron a Dafne hacia la tarta, ella se resistía y llamaba a Cordelia, pero había demasiada gente que no reconocía y se sintió sobrepasada. Dafne tocó la tarta como si se tratara de un animal rabioso que acechaba para abalanzarse a su cuello.

—¡La tarta es de cartón! —exclamó desconcertada.

Unos brazos rompieron la tarta desde el interior y emergió un hombre semidesnudo, solo vestía unos calzones blancos ajustados. Dafne examinó al individuo y dio un paso atrás al reconocer su rostro.

—¡No, no, no...! Tú no estás aquí...

El chico se acercó y acarició su rostro, deslizó su mano hasta su cintura y rozó la oreja con sus labios.

—¿Me echabas de menos?

Su rostro era igual que el de Luca, igual que el de Ezra, y el de Colin...

—Dafne, quizá debería contarte algo que pasó cuando Luca estaba ingresado — dijo Belinda desde atrás.

—¿Te parece que es un buen momento para hablar de eso? —Estiró los brazos para evitar que él se le acercara.

—Hermana, ¿te gusta tu regalo de despedida? Es para ti, todo tuyo. —Cordelia bailaba como si estuviera poseída.

—¿Quién eres? —Dafne temía la respuesta.

—Deja que te lo explique, yo lo sé... —insistió Belinda.

El bailarín se acercó y rodeó con sus brazos a Dafne, le besó el cuello a la fuerza y le dio la vuelta. Acarició su espalda con los dedos y continuó besándole el cabello. Dafne trataba de zafarse entre el tumulto de gente que llenaba la cabaña, pero no podía. Las manos de aquel chico la seducían, sus ojos paralizaban cualquier acto de huida. Bailaba pegado a ella, notaba el torso apretando su espalda, sentía su respiración en el oído y su voz grave rugía como un lobo sediento de carne.

—No puedes alejarte, es demasiado tarde —le repetía como un eco que sobresalía por encima de la música y los gritos de la gente.

—No tengo miedo. —Se giró.

—Estoy aquí. —Palpó su vientre.

—¿Te acuerdas de Polonio Fermonsel? —Belinda se interpuso entre el bailarín y Dafne—. Yo lo maté.

—¿Qué dices? —Dafne se percató de que estaba sola en la cabaña.

Dafne descansaba en una habitación del hospital, la intervención había sido exitosa y la hemorragia del hombro estaba controlada. Habían transcurrido diez horas desde el fatal accidente en el que su hermana Cordelia, por suerte, había conseguido salir ilesa. Anahí, Cordelia, Luca y su hermana Ella, aguardaban en el pasillo. Belinda acompañaba a Dafne, se turnaban para estar con ella durante la noche.

—Ojalá puedas perdonarme algún día, Dafne, —sollozaba, apretando su mano—. Tuve que hacerlo, si no hubiese empujado a Polonio a la carretera, tú y mi

hermano no estaríais juntos. Él se esfumó antes de tocar el suelo, el coche no lo atropelló. Ese pensamiento me ha perturbado cada día, el no habértelo contado.

Cordelia se sentía lastimada en el cuello y apoyó la cabeza en el hombro de su prima Anahí.

—Menos mal que no te pasó nada. —Su prima la rodeó con su brazo.

—Vi al camión de la basura incorporarse demasiado rápido, debí frenar antes...

—Lloraba amargamente.

—No es tu culpa, ha sido un desgraciado accidente —añadió Ella.

—Si Dafne no sale de esta, no sé qué voy a hacer... —Luca se apoyó en la pared

—. ¿Y la boda? Tendré que suspenderla...

—¡No digas eso! Se va a recuperar pronto. —Su hermana le besó en la frente.

—Es la única familia que me queda, no puedo perder a mi hermana —prosiguió Cordelia, llorando en el hombro de Anahí.

—Necesito hablar con la familia de Dafne Sorní —dijo una doctora que se aproximaba.

Todos levantaron la mano.

—La paciente perdió mucha sangre durante el traslado al hospital, afortunadamente, no han sufrido daños ni ella ni el bebé.

—¿El bebé? —Cordelia se sobresaltó—. ¿Mi hermana está embarazada?

—De siete semanas —aseveró.

—¡Fue cuando estuvimos en la cabaña! —Luca paseó enloquecido.

—¿El día de la fiesta benéfica en el viñedo? —le interrogó su hermana.

—En cualquier caso, solo quería informarles de que la mantendremos en observación para vigilar su estado y el del bebé. —La doctora se marchó.

—¡Vas a ser papá! ¡Y yo tía! —Ella abrazó a Cordelia y a Anahí.

—No me dijo nada... —Luca tenía la mirada perdida.

—Si lo hubiese sabido no hubiese aceptado viajar a Austria para la despedida.

—Cordelia estaba más tranquila.

—Mi prometida tiene un accidente el mismo día que me entero de que voy a ser padre. El destino está jugando con nosotros. —Luca se apoyó sobre sus rodillas para no perder el control.

Belinda salió de la habitación limpiándose las lágrimas con la manga de su camisa roja, a juego con su nuevo tono de pelo.

—¿Ha empeorado? —preguntaron al unísono.

—No, tranquilos.

—¿Por qué estás así? —Luca no sospechaba que era su hermana.

—Le he confesado algo que me atormentaba, pero no me preguntéis el qué.
Ella arrastró del brazo a Belinda hacia los baños que estaban al fondo del pasillo.

—Mi madre me contó que eres la hermana de Luca, ¿a eso te referías?

—No, es algo que me afecta a mí y a Dafne.

—No le digas nada a Luca todavía, se acaba de enterar de que va a ser padre.

—¿Dafne está embarazada? —Se llevó las manos a la cabeza.

—Sí, ¿no es genial? —Dio una palmada.

—¡Es una locura! —Belinda salió del baño a toda prisa.

Dafne trataba de entrar en calor cubriéndose con sus propios brazos. Había dejado su chaqueta en el coche de Ella, un coche que ahora no divisaba por ninguna parte. No estaba aparcado tras la cabaña ni en el camino que bordeaba la entrada.

—¿Adónde ha ido todo el mundo? —Se desquiciaba entrando y saliendo de la cabaña—. ¿Hola? ¡No me gusta esta despedida! ¡Me conformo con unas birras en el pub de al lado de casa!

—No seas llorica, a ti siempre te han gustado las sorpresas —dijo Ezra de pie junto a una mesa—. ¿Me acompañas? No me gusta cenar solo.

—¿Ezra? ¡Tú desapareciste! —gritó desde el umbral de la puerta.

—Hoy es un día especial, no podía faltar. —Se ajustó la pajarita y sirvió dos platos.

—Estás muy elegante. —Admiró su traje oscuro y la pajarita color vino.

—La elegí porque sé que es tu color favorito. ¿*Champagne*? —Llenó dos copas.

—¿Dónde están los demás? —Algo oscuro y siniestro rondaba por su mirada.

—Solo estamos tú y yo, teníamos algunas cuentas pendientes. —Le besó la mano.

—Ezra, me voy a casar con Luca. ¿Por qué has venido? Tiene que ser un sueño...

—¿Por qué? Yo puedo darte lo mismo, sé que te gustaba.

—¡Ezra, por favor! —Se levantó de la mesa dando un golpe con la copa.

—Baila conmigo, solo te pido eso. —Una fuerza inusitada la guiaba hacia él.

Dafne aceptó su mano y deslizó los pies al ritmo de la canción que ella había compuesto para Luca.

—Esa canción...

—La he grabado para ti, sé que es muy especial.

—¿Cómo te atreves? La compuse solo para Luca, no para ti. —Soltó su mano.

—Pronto lo entenderás, todos estamos aquí. —Acarició su vientre.

—¡Lárgate!

Las velas se apagaron y Ezra se marchó de la misma manera que la primera vez. Dafne salió al porche y todo permanecía en silencio, solo arrojaba algo de luz el

farolillo de la entrada. De repente, escuchó el sonido de unas notas que le resultaban familiares, se dio la vuelta y contuvo la respiración. Ricky tocaba el piano en el salón de la cabaña con la misma energía que en las clases de música. Dafne no quería interrumpirle, pero le turbaba su presencia allí.

—¡Ricky!

—Señorita Dafne, ¡qué alegría volver a verla! —Saltó del asiento y corrió a abrazarla.

—¿Has venido tú solo?

—He ensayado mucho para tocarle esta noche, no puedo parar. —Retomó la canción.

—¿Por qué estás aquí, Ricky? —Se sentó a escucharle.

—No hemos terminado aún —respondió, inmerso en su actuación.

—No te entiendo.

—Esto no es un sueño, estamos en tu cabeza. —Se detuvo y la miró.

—Los recuerdos no se viven tan intensamente, Ricky.

—No soy un recuerdo, señorita.

—¿Por qué esta noche? ¿Por qué habéis vuelto a mí? —Se levantó agitada.

—Todo a su tiempo, pronto lo entenderá. —Se desplazó a un extremo del asiento

—. ¿Tocamos a dúo?

Dafne se sentó a regañadientes junto a Ricky y deslizó sus dedos en las teclas, entonando la canción que había compuesto para Luca. El niño la conocía perfectamente, la tocaba sin vacilar. Dafne percibió que era más maduro de lo que debía para su edad. Era un niño de diez años que tenía una capacidad mercurial para tocar y un comportamiento frugal que ponderaba la madurez emocional.

Dafne notó que el sonido de la música iba cambiando y observó que las manos de Ricky eran más grandes; eran las manos de un adulto. Giró su cabeza y vio a Colin. Dio un respingo, llegando casi a levantar el asiento.

Esta aparición en especial era muy dolorosa. La marcha de Colin supuso un trauma para ella, hubo un antes y un después en su vida hasta que recuperó la estabilidad. Hasta que Colin no desapareció, ella no había entendido el significado del ciclo de las cinco vidas de las que Luca le había hablado.

La noche de su despedida se estaba convirtiendo en una especie de pesadilla viviente en la que los muertos regresaban para advertirle de algo. Sabía que no estaba en el plano real, y decidió dejarse llevar para acabar cuanto antes con esa locura.

—¿Cuándo has aprendido a tocar, Colin? —dijo, como si nada.

—Siempre supe tocar, me gustaba —contestó con la misma serenidad.

—Nunca me dijiste que sabías...

—Porque no lo recordaba, Dafne.

—Lo pasé muy mal aquella noche, deseaba con todas mis fuerzas besarte en el puente de Brooklyn —le confesó sin retener sus emociones.

—No me digas eso, Dafne. Sabes que ya no puedo hacerlo... O, quizá sí. Quizá esta noche todo sea posible. —Le ofreció la mano—. Sígueme, no tengas miedo.

Salieron de la cabaña y antes de bajar del porche, la imagen del bosque de pinos se transformó en el puente de Brooklyn; con las luces de la ciudad centelleando en derredor y esos regios edificios que la hacían sentirse ínfima ante ellos. Colin sostuvo su mano en todo momento.

—¿Lo sientes?

—Sí, lo siento tan real que me da miedo. Sé que no estás aquí. —Examinó su ropa; Colin vestía el mismo traje que aquella Nochebuena en la que se esfumó.

—Estabas tan hermosa aquella noche en la fiesta de Thomas —admitió con un brillo letal en los ojos—. Tú pensabas que estaba mal por Cordelia, pero lo que estaba deseando era zanzar aquella relación y acercarme a ti.

—Colin, ¿qué está pasándome? Creo que me estoy volviendo loca. Tendré que volver a terapia. —Cerró los ojos para despertarse.

—Estás un poco alejada de la realidad en este momento. Has cruzado la línea de la que todos huimos en la vida. Te abrazaré tan fuerte que no permitiré que te caigas, volverás a la realidad muy pronto. Tienes que hacerlo porque hay alguien que te va a necesitar.

—Supongo que te refieres a Luca, ¿sabes? Al final estoy con él. Vivimos juntos y vamos a casarnos. Hoy iba a celebrar mi despedida de soltera, pero... Las cosas se han ido complicando según avanzaba la noche. La gente va y viene, invitados que no he visto en mi vida, vosotros... Todo parece salido de un circo que no logro entender.

—¿Te gusta el paisaje?, ¿oyes el bullicio de los atascos, la gente gritando, los locales abiertos, la madrugada en Nueva York...? Me encanta estar contigo aquí, Dafne. Desearía no estar lejos de ti y poder abrazarte cada mañana, y ser yo... —Colin se contuvo para no desvelar la noticia de su maternidad. Guardó silencio al notar que los ojos de ella se abrían, podía ver la profundidad de su alma a través de ellos.

Colin rodeó con sus brazos a Dafne y sintió el gélido aliento en su hombro. Dafne lloraba por las emociones vividas en la noche, por el miedo y la incertidumbre

de no saber nada de su prima ni de su hermana, por la aparición misteriosa de Ezra y Ricky, por cada uno de los besos que había deseado de Colin. Y ahora estaba ahí, entre sus brazos, sumida en la penumbra del puente de Brooklyn con las luces al fondo acompañándoles en una sórdida noche.

Dafne acunaba el pensamiento de su boda con Luca, pero se sentía segura y amada en los brazos de Colin. Después de todo, era él; un fragmento de su alma. Flotaba en esa noche gélida y a la vez tan cálida. Ella lo miraba a los ojos y sonreía; Colin cerró los ojos y se inclinó con el único propósito de robarle un beso a Dafne, aunque solo fuese uno. Ella también cerró los ojos y cuando sintió el roce de su nariz en la suya, los mismos brazos que la abrazaban cariñosamente la apretaron de forma indómita. Dafne abrió los ojos y Colin ya no estaba; Polonio Fermonsell la sujetaba y la miraba con rabia.

—¡Suéltame! ¡Me estás haciendo daño, animal!

—No te atrevas a pedirme nada, a mí, no.

—¿Qué te pasa? Los otros no son así... —Le dolían los brazos.

—Yo soy la parte más oscura, todos tenemos una. No puedo amarte como ellos.

—¿Por qué? Si tú también vives en ellos. —Se alejó de él.

—No puedo, Dafne. Te miro y siento dolor, vacío... Es una sensación que no le deseo a nadie.

—¿Qué te ha pasado? Estás lleno de moretones y muy sucio. —Quitó unas hojas de su chaqueta.

—Deberías preguntárselo a tu amiga Belinda. No me queda demasiado tiempo, Dafne. Yo no soy como ellos. No puedo darte lo mejor de mí y no estoy aquí para salvarte. Todo vuelve a comenzar... Pero antes necesito mostrarte algo, tienes que saber cuál es la verdadera conexión entre tú y...

—¡Sé valiente y habla claro! ¡Estoy harta de enigmas! —Apretó los puños.

—No puedes huir, ella... ella lo estropeó todo. ¡Dale recuerdos a tu amiga Belinda! —Polonio cogió por la fuerza a Dafne y lanzó su cuerpo al vacío desde lo alto del puente.

Dafne comenzaba sus prácticas de periodismo en la comisaría que ella misma había elegido. Entró con paso ligero y en una de las oficinas estaba su supervisor, el agente Rivas. Su función era acompañarle todos los días y recopilar información acerca de los casos que se investigasen, anotar los interrogatorios y, una o dos veces por semana, acudir a la prisión para redactar biografías de presos que se habían ofrecido voluntariamente.

Dafne tenía la esperanza de poder encontrarse cara a cara con Goyo; así se hacía llamar el asesino de sus padres. Ella se había enterado por diversos medios de que iba a ser puesto en libertad en unos meses. Su única baza era entrevistarle con el propósito de obtener una declaración que denotara su culpabilidad. Sabía que sería una misión arriesgada, pues estaría acompañada por el agente Rivas en todo momento.

Se estremeció al recorrer los pasillos de aquella cárcel: había celdas de hasta quince o veinte presos. Contuvo el aliento para ignorar las miradas lascivas y los comentarios que le causaron un oprobio. Rivas le sugirió que no se alejara y que mirase al frente. Se detuvo en una sala para entrevistar a Lendínez. No tuvo contacto físico con él, había un cristal que los separaba mientras hablaban por teléfono.

Tras dos horas escuchando cómo su mujer le había sido infiel y, que por no respetar la orden de alejamiento había permanecido varios años encerrado, Dafne decidió escabullirse con la excusa de ir al baño para probar suerte y toparse con Goyo. Conservaba una foto suya, aunque tras cinco años suponía que habría cambiado bastante.

De repente, escuchó unos gritos que provenían del patio exterior. Unos diez presos jugaban al fútbol, pero ella estaba demasiado lejos para identificarlos, de modo que le pidió al agente que bajaran a tomar el aire.

La joven preguntó a uno de los presos por Goyo, y él señaló a un hombre que

descansaba en uno de los bancos. El agente le advirtió que no podía garantizar su seguridad, pero ella insistió. Dafne se aproximó y divisó a un hombre de mirada sombría, con la cabeza rapada y de complexión musculosa. No tenía camiseta, por lo que pudo apreciar sus tatuajes de cruces y distinguir algunos nombres. Le dijo que podía hablar con ella, que estaba realizando un reportaje de investigación sobre los presos que próximamente serían liberados. Él no dijo nada, solo la miraba y sonreía.

La joven tuvo que tragar saliva varias veces y contener su rabia antes de hacerle algunas preguntas.

—¿Las cruces y los nombres son por tus familiares o gente conocida?

—Gente conocida. —Su voz le heló la sangre.

—¿Qué significado tiene para ti?

—La muerte. —Sus ojos brillaron.

—¿Todos están muertos? —Dafne retrocedió.

—Sí, yo los maté.

Un escalofrío empapó de sudor la espalda de la joven. Casi podía sentir el aliento de aquel desalmado mientras él gozaba admirando su lozanía. Entre esos nombres no figuraban los de sus padres y eso la confundía. El agente se acercó y le ordenó salir del recinto.

Al día siguiente, Dafne alegó sentirse indispuesta y se marchó de la comisaría. Decidió regresar a la prisión y continuar hablando con Goyo. Lo encontró jugando a las cartas en el patio y volvió a sentarse a su lado, pero esta vez, más cerca.

—Cuidado, pueden pensar que ha vuelto por algo más que por una simple entrevista.

—Déjese de tonterías y conteste. ¿Por qué no lleva tatuados los nombres de Ricardo Sorní y Carla Bravo?

—¿Qué sabe usted de esos dos? —rugió.

—Tengo mis fuentes. —Dafne esquivó su mirada.

—Tengo la impresión de que sabe más de la cuenta, señorita periodista.

—Se equivoca.

—¿Por qué me pregunta por ellos en particular? —Se acomodó en el asiento.

—Es un caso que seguí de cerca en la prensa. —Trató de recuperar el control mirándolo de nuevo—. ¿Entonces ?

—No son mis víctimas.

—¡Usted los mató! —Dafne se contuvo para no abofetearle la cara.

—No lo niego, pero fue un encargo. Mi cuerpo no es tan extenso como para tatuar todos los encargos que me solían hacer.

—¿Un encargo?, ¿quién quería asesinarlos? —La expresión de Dafne demudó.

—Teniendo en cuenta que en unos meses saldré de aquí, no me interesa tener problemas. Hemos terminado, señorita. —Goyo se alejó.

Dafne se marchó de allí con la sensación de haber retrocedido en la investigación y estar aún más perdida.

Trabajó durante una semana buscando pistas en el despacho de su padre. Dormía y comía en el despacho, hasta había aplazado sus prácticas para dedicarse por completo a su propia investigación. Pensaba que debería ser alguien importante para contratar a Goyo. Su teléfono empezó a sonar, era Rivas:

—Lamento informarle de que el preso al que usted estaba entrevistando ha sido hallado muerto esta mañana en su celda. Parece ser que lo han envenenado, ¿desea retomar sus prácticas?

—¿Han matado a Goyo? —preguntó con un nudo en la garganta.

—Así es. Usted y yo tenemos una charla pendiente.

Dafne enmudeció y colgó el teléfono temblorosa. Recogió los papeles que había estado estudiando y se los llevó a su apartamento. Después, acompañó a Rivas a la prisión.

El agente le comentó que estaban interrogando a todos los presos que serían excarcelados, tenía que ser uno de ellos, puesto que, a la hora que había sido asesinado, ese grupo estaba trasladándose a las duchas. Lo que le resultaba extraño a Rivas, era que esos presos tenían cargos inferiores, como el preso al que ella había entrevistado el primer día de sus prácticas.

—Este asunto se ha complicado, tal vez debería asignarte a otro compañero.

—¡Ni hablar!, ¡he estado preparándome para esto! —dijo, impávida.

—¿Preparándote? Dafne, si tienes información que afecta al caso, tienes que decírmelo inmediatamente. ¡Te podrían acusar de cómplice!

—No tengo miedo, no pienso parar.

Rivas la tomó del brazo y la obligó a acompañarle a la calle. Abrió la puerta del coche de policía y la instó a que subiera en el. Condujo hasta un pub apartado y pidió dos cervezas.

—¿Me vas a contar lo que ocurre o voy a tener que interrogarte? —Dio un sorbo a la cerveza.

—No puedes interrogarme aquí. —Le lanzó una mirada desdeñosa.

—Considéralo una charla entre amigos —añadió, suavizando el tono.
—No puedo decírtelo, es personal.
—Tengo un asesinato que investigar. Quiero hacer esto por las buenas, te he cogido cariño en este tiempo y no quiero que te involucren en algo turbio. Solo intento ayudarte. —Rivas le rozó la mano.
—Está bien —suspiró—. Hace una semana fui a visitar a Goyo a sus espaldas.
—¿Cómo? —Dio un manotazo en la mesa.
—Si se pone así, no diré nada.
—¡Nos vas a meter en un lío a los dos! Continúa...
—Le he estado estudiando durante años, he revisado sus asesinatos. Él asesinó a mis padres hace diez años, pero nunca le condenaron por eso. Siempre alegó que conducía borracho cuando estampó su coche contra el de mis padres, pero las pruebas indicaron que se había empotrado contra ellos deliberadamente. Entró en prisión por otras causas menores. Cuando me enteré de que iba a ser liberado en unos meses, busqué la manera de acercarme a él y conseguir información.
—Me has estado utilizando... —Rivas la fulminó con la mirada.
—Tenía que llegar hasta él sin levantar sospechas.
Alguien lo vigilaba, ¿no le parece extraño que aparezca muerto justo ahora?
—Te has puesto en peligro, ¿cómo has podido ocultarme tal cosa? ¡Jamás habría aceptado ser tu supervisor!
—¿Lo ve?, tuve que hacerlo. Al menos, ahora sé que el que ordenó la muerte de mis padres está cerca.
—Estás loca si piensas que voy a permitirte continuar en el caso.
—No tiene alternativa, me necesita para esclarecer la muerte de Goyo.
—Te pondré vigilancia y no acudirás a la prisión si no es escoltada.

El agente acompañó a Dafne y decidió pasar la noche custodiando su casa. Ella preparó café y le entregó los documentos que había estado revisando esa semana. Los analizó en profundidad, pero no había nada sospechoso.

—¡Qué curioso! Su padre llevó el caso de divorcio de Bruno Lendínez y Rebeca Aguado, ¿no le suena ese apellido?

Dafne sintió que se le rompía el corazón en mil pedazos. Cerró los ojos mientras las lágrimas perlaban su rostro y empezó a atar cabos.

—Agente Rivas, necesito volver a hablar con el señor Lendínez, hay algo que quiero preguntarle. —Se secó las lágrimas antes de que la viese llorar.

—Pues tienes suerte, mañana es su último día en prisión.

Una vez sentada frente a él, le hizo algunas preguntas.

—Señor Lendínez, ¿usted conocía al abogado que representaba a su esposa?

—¿A qué viene esa pregunta? —Se mordió el labio.

—Tranquilo, lo entenderá muy pronto. —Dafne rezumaba seguridad.

—No lo conocía tan bien como mi mujer... Esa perra se acostaba con él.

Dafne no pudo articular palabra durante unos segundos y, finalmente, completó el puzzle.

—¿Sabe que lo asesinaron hace unos años? —Se agarró a la mesa con fuerza.

—Sí, lo vi en las noticias. ¿Qué importa eso? —Su expresión se tornó sombría.

—Fue usted quien le ordenó a Goyo matar al abogado y a su mujer por despecho. Después, mató a Goyo para que no le delatara. ¿Me equivoco? —Dafne se cruzó de brazos.

—¡Es mentira, todo mentira! —clamó enloquecido.

—¡Usted ordenó que los mataran! Si no hubiese matado a Goyo, tal vez no lo habría descubierto nunca, pero era cuestión de tiempo que cometiese algún error.

—¡No sabes lo que dices!

—Supongo que a Rebeca Aguado la conoce muy bien, ¿no es así? ¿Y a Anahí?

—Tragó saliva—. ¿No me reconoces, tío? Sí, soy Dafne Sorní Bravo. Mi padre no tuvo nada que ver con tu mujer, ¡jamás! Rebeca me lo confirmó. Ella mintió a todo el mundo. Usó a mi padre como excusa para separarse de ti, no te soportaba. ¡Nunca te quiso! ¿Cómo pudiste arrebatarme a mis padres?

El agente Rivas le puso las esposas a Lendínez.

—Rebeca me volvió totalmente loco, perdóname. —Había arrepentimiento en sus ojos—. Ella me prometió que volvería conmigo si lo hacía. ¡Maldita mujer! ¡Ella también debería estar aquí! ¡Ella me obligó! ¡Quería quitarme a mi hija y llevársela muy lejos!

—¿Rebeca estuvo implicada? —Dafne le levantó el cuello de la camisa y lo empujó contra la pared—. Siempre supe que no era de fiar, pero jamás hubiese pensado que era una asesina. Ya le has oído, Rivas. —Dafne lo soltó y se giró hacia él—. Tienes que hacerle una visita a mi tía. Hoy no será su último día aquí, sino el primero de muchos. —Le sonrió a Lendínez.

Rivas se acercó a Dafne una vez que se llevaron a Lendínez.

—¿Te encuentras bien? —Le pasó una mano por el hombro.

—¡Mis padres murieron por nada!, ¡por el capricho y la locura de una maldita

mujer! —Golpeó la pared con los puños.

—¿Tu madre sabía lo que sentía su propia hermana?

—Hay cosas que nunca sabré... tendré que aprender a vivir con ello —suspiró y se limpió las lágrimas que amenazaban con salir. —Hacía demasiado tiempo que no teníamos contacto, por eso no recordaba ni su rostro.

—¿Una cerveza?, ha sido un día duro. —Le guiñó un ojo y le tendió la mano.

—Cuando Anahí se entere de todo esto va a volverse loca. ¡Y mi hermana! Cordelia es capaz de...

—Primero tienes que despertar, ¡debes hacerlo ya! —Rivas la sacudió por los hombros.

Dafne despertó del coma y respiró agitada, como si hubiese permanecido durante un tiempo sumergida bajo el agua. Tenía una imagen velada de la habitación, no había nadie a su lado. Le molestaban los tubos a los que estaba conectada y una tos aguda le impedía respirar. Una enfermera entró, le inyectó un sedante y le quitó el tubo de respiración para que respirase por sí sola. El médico analizó las constantes y vio que las pupilas estaban bien.

La enfermera habló con Luca y Cordelia; Anahí, Belinda y Ella, tomaban un café en la máquina y corrieron hacia ellos para escuchar.

—Acaba de despertar, pero está muy nerviosa. Sería conveniente que entraseis de uno en uno y solo durante cinco minutos, está sedada. Ha preguntado por Belinda. —Empujó un carro con unas muestras de sangre.

—¡Soy yo! ¡Voy! —Corrió hacia la puerta.

Dafne decía cosas sin sentido por el sedante y el despertar tan brusco. Belinda acarició su mano para que abriera los ojos.

—Hola, amiga. ¡Por fin de vuelta! Estamos todos ahí fuera esperando. Por suerte, tu hermana está bien.

—¿Cordelia está bien? Menos mal —suspiró aliviada—.

He visto a Polonio Fermonsel.

—Aún estás en *shock*, Dafne. —Belinda miró al techo.

—Me ha preguntado por ti, ¿qué pasó? ¿Qué me tienes que contar, Belinda?

—Dafne, no es un buen momento. El médico dice que nada de sobresaltos.

—¡Por favor! Dice que se ha estropeado todo, ¿a qué se refiere?

—Yo lo empujé hacia la carretera. Lo empujé para que estuvieras con Luca y para que nadie obstaculizara vuestra relación. Polonio lo iba a estropear todo, quería irse lejos. Mientras él viviese, tú nunca ibas a poder estar con Luca. ¡Recuerda lo enfermo que estuvo! El ciclo se tenía que cerrar, pero ahora hay otro problema.

—¡Por Dios, Belinda! —Dafne apenas tenía voz.

—Dafne, ¿tú sabías que estás embarazada?

—¿Qué? ¿Yo? ¡No estoy segura! —Se tocó el vientre por impulso.

—Estás de siete semanas.

—¿Lo sabe Luca?

—Sí, lo sabemos todos. Salió bien de la operación, tu bebé es fuerte. Pero hay un problema, Dafne, y creo que yo soy la responsable. —Soltó su mano—. Yo empujé a Polonio y se destruyó el ciclo momentáneamente. Tú estás embarazada y eso significa que él volverá... como tu hijo. Porque el ciclo no se ha cerrado y al quedarte embarazada se ha abierto una puerta.

—¡No me digas eso, por favor, Belinda! ¡Es una locura!

—Dafne, no estoy segura, pero puede que él vuelva...

—¡No, no, no...! —Tiró de las sábanas.

—Tranquila, no puedes agitarte.

—¡Vete! ¡No quiero verte aquí! ¡Lárgate!

Belinda salió de la habitación y se fue a llorar sola a la esquina, tenía que depurar el sentimiento de culpabilidad que la atormentaba desde que empujó a Polonio a traición.

—¿Ha empeorado? —preguntó Luca sin darle tregua.

—No, está bien. —Se secó las lágrimas dándole la espalda.

—¿Por qué has salido de esa manera?

—Me he emocionado al verla. —Se fue al baño sin dar más explicaciones.

—Te toca, Luca. —Ella abrió la puerta de la habitación de Dafne.

Apenas había cruzado el umbral cuando los ojos de Dafne se nublaron de lágrimas.

—¡Cariño! —Luca se sentó en la cama con cautela.

—No es nada, solo alegría por verte.

—Tienes que recuperarte pronto, señora Grabner.

—Sí —se relajó un poco—, con lo que nos ha costado llegar hasta aquí.

Luca acarició el vientre de Dafne.

—¡Esto sí que ha sido una sorpresa! —dijo expectante por su reacción.

—Pensaba que te perdía..., y resulta que traes una vida contigo. —Abrazó su barriga.

Dafne guardó silencio y no le contó lo de Polonio, no quería estropear la relación con su hermana Belinda antes de que Luca supiese la verdad sobre ella. Tampoco advertirle sobre el nacimiento de su hijo, había sido una noche muy larga.

—Necesito hablar con Cordelia y Anahí, será solo unos minutos.

—Muy bien, pero después tienes que descansar. —Su beso le endulzó los labios.

Cordelia y Anahí se situaron una a cada lado de la camilla y guardaron silencio. El rictus caviloso de Dafne les desconcertaba.

—Hermana, ¿te sientes mal? —Cordelia se inclinó para examinar la herida del hombro.

—¿Qué sabes de tus padres? —Dafne no quería postergar el asunto.

—Hace semanas que no hablo con ellos, ¿por qué? —Anahí la miró impasible.

—Sus padres estuvieron implicados en la muerte de papá y mamá, Cordelia. — Dafne sabía lo que acarrearía aquella confesión.

—No, papá y mamá tuvieron un accidente cuando volvían de comprarte el piano, ¿recuerdas? —Le puso la mano en la frente para comprobar si tenía fiebre.

—No estoy delirando. —Apartó su mano—. El tío Bruno contrató a un sicario para que provocase el accidente. Todo orquestado por nuestra querida tía, por supuesto. —Anahí la miró horrorizada.

—¿Acaso tienes pruebas de lo que estás diciendo? —Su prima se apartó de la cama.

—Sé que tiene que ser muy duro para ti, pero yo perdí a mis padres porque tu madre es el ser más aberrante de este planeta. Tu padre solo era una marioneta en sus manos. ¿Sabías que le amenazó con alejarte de él? Él mismo me lo confesó.

—No has visto a mi padre desde que eras una niña. —Anahí no entendía nada.

—Es cierto, ¿dónde lo has visto? —Cordelia se apoyó en la camilla—. Ni siquiera vino a la boda de Anahí.

—Es complicado, pero te aseguro que no miento. —Dafne sudaba y tenía espasmos por todo el cuerpo.

—Descansa, hablaremos después. —Cordelia recolocó las sábanas y salió de la habitación detrás de su prima.

Luca descorchó la botella de *champagne* entre las risas ensordecedoras de su hermana Ella y Cordelia. Dafne bromeaba acerca del nuevo novio de su hermana, le daba vergüenza presentárselo. Se habían reunido para cenar en Nochebuena en el apartamento de Luca y Dafne, estrenaban vivienda ante la inminente llegada del bebé. Faltaban dos semanas para que Dafne saliera de cuentas. Belinda repartió los postres, pero Norris y Lisa se negaron a seguir comiendo. Los padres de Luca se habían trasladado unas semanas a Santiago de Compostela para acompañar a su hijo y a Dafne en el momento del nacimiento. Harvey había decidido quedarse en Austria, había invitado a una chica a la cabaña de Wienerwald para pasar las navidades. Anahí, su marido, y su hijo Lisandro, también se unieron a la cena familiar. El timbre sonó y Cordelia salió disparada hacia la puerta.

—¡Por fin! —Sostuvo un ramo de rosas.

—¿Tú? —gritó Dafne desde la mesa.

—Sí, no pude zafarme de las hermanas Sorní. —Thomas besó a Cordelia. Portaba un ramo de rosas en una mano y en la otra una pequeña maleta.

—¡No me lo puedo creer! —Dafne se echó en sus brazos— ¡Al final vamos a ser familia!

—Menuda barrigota, debes dejar los dulces. —La acarició.

—Está a punto... —Sonrió entusiasmada.

—¡Os presento a Thomas, mi novio! —anunció Cordelia, rozagante—. ¿Puedo llamarte así, no?

—Anda, tonta. Trae a ese bombón a la mesa. —Ella quería avergonzarla.

—Sírvale una copa de vino, Luca. —Dafne se sentó de nuevo—. ¿Cómo es que vosotros dos...?

—La llamé para interesarme por vosotras y me contó que estabas con Luca, también lo de tu accidente, y decidí invitarla a un café para ponernos al día. Vine de viaje a España hace unos meses porque me llamó Polonio Fermonsel. —Thomas no terminó la frase porque la tos de Belinda le interrumpió.

—¿Estás bien? —preguntó Dafne con cara de pocos amigos.
Belinda asintió y cogió una servilleta que le ofreció Cordelia.
—¿Conoces a Polonio Fermonsel? —Dafne deseaba salir de allí.
—Sí, desayuné ayer con él. —Se sentó junto a su novia.
Dafne se levantó de la mesa porque sintió una punzada en la barriga. Belinda se levantó enseguida y la acompañó al baño.
—¿Qué está pasando?, ¿no estaba muerto? —Dafne cerró la puerta del baño.
—Se supone que lo estaba, no entiendo nada.
—¿Y qué es lo que busca?
—¡Yo lo vi morir! —Belinda se miró en el espejo y se limpió el sudor de la frente con un pañuelo.
—No, tú lo viste desaparecer.
—Es lo mismo, los clones no tenían muerte natural porque solo tienen un cuerpo, una vez que su alma se une, se funde en una única presencia. —Belinda quería convencerse a sí misma de que no había regresado.
—¿Y qué le digo a Luca?
—La verdad. —Belinda abrió la puerta del baño y salió.
Dafne no había llegado al salón cuando sintió las piernas húmedas, un líquido viscoso goteaba del pantalón y estaba sobre un charco.
—¡No te muevas, acabas de romper aguas! —gritó Belinda tras ella—. ¡Nos vamos al hospital!

Trasladaron a Dafne al quirófano porque el bebé estaba en una postura complicada y no había tiempo para que dilatase. Echaron a Luca a la fuerza del quirófano. Las caras felices se habían tornado en preocupación. Belinda se acercó a Luca, pero él la rechazó.
—¡Respeto tu relación con Dafne, pero yo no te soporto! —le espetó.
—Luca, no le hables así a... —se contuvo Ella—. ¡Qué demonios! ¡A tu hermana!
—No te estoy hablando a ti, Ella.
—Hablo de Belinda, ella es tu verdadera hermana. Nos contó vuestra historia hace tiempo, pero preferimos guardar silencio para no herirte más. Ella siempre ha estado cerca, preocupándose por ti, por tu bien. Pero ya no puedo guardar silencio, ¡sois hermanos!
—Es cierto, Luca. Soy tu hermana mayor. —Se situó detrás de Ella.
—¡Pero si salimos juntos! —masculló, horrorizado.
—¡No pasó nada, Luca! Por eso me marché. Yo quería conocer tu mundo, tu familia, tu entorno... Todo era maravilloso, yo no podía ofrecerte nada mejor que

lo que ya tenías. Decidí buscar la forma de seguir en contacto, y cuando apareció Dafne fue mucho más fácil.

—¿Dafne lo sabía? —dijo con el rostro desencajado.

—Se lo tuve que decir. Ser íntima amiga de una exnovia no es lo común.

—Necesito tiempo, esto me viene grande. —Recorrió el pasillo.

—Menos mal que no le he dicho lo de Polonio Fermonsel... —murmuró.

—¡Polonio! —lo saludó Thomas.

Belinda se tuvo que apoyar en la pared al vislumbrar la imagen que conservaba borrosa de aquella noche. Él había vuelto, Polonio irradiaba seguridad en cada uno de sus pasos y la miraba con desdén.

—¡Mirad, mi nuevo compañero en la Fox! —comentó Thomas orgulloso.

—¿De qué me suena ese nombre? —vaciló Cordelia—. ¡Ah, claro! Mi hermana recibió hace tiempo una postal navideña firmada con ese nombre. ¿Tú eres? ¡Vaya!

—Sí, tu hermana y yo nos conocemos. —Continuó mirando a Belinda.

Polonio divisó a Luca, que estaba de espaldas junto a la puerta de entrada al quirófano.

—¡Ni te atrevas! —le ordenó Belinda interponiéndose entre su objetivo y él.

—Contigo hablaré después... —La apartó con una mano.

—¡No dejéis que se acerque a Luca, quiere hacerle daño! —gritó Belinda tras él. Ella y Cordelia tiraron de su abrigo y lo bloquearon, Thomas y el marido de Anahí lo sujetaron por los hombros.

—¿Qué significa esto, amigo? —Había un deje de decepción en la voz de Thomas.

—No es asunto tuyo. —La ira le consumía.

—Si tocas a mi hermano, te mato —le amenazó Ella con fuego en los ojos.

Un médico salió del quirófano y habló con Luca, Dafne acababa de dar a luz.

—¡Chicos, ya está aquí! —anunció—. ¿Qué hacéis todos en la pared? —Hizo una mueca.

Giraron la cabeza y Polonio ya no estaba, estaban empujando a la pared. Se miraron extrañados, pero al cabo de unos segundos sus recuerdos se esfumaron como lo había hecho el mismo Polonio.

—¡Es una niña! —Una enfermera salió del quirófano con ella en los brazos—. Las dos están bien.

—¡Una niña, gracias al cielo! El ciclo se ha roto, por eso él ha desaparecido —murmuró Belinda, exhausta.

Dafne le daba el pecho a la niña mientras Luca contemplaba la escena

embobado. Con el nacimiento de su hija se sentía más fuerte que nunca, ya no tenía miedo.

—¿Te gusta... Helenia?

—¿Qué? —contestó distraído.

—Para nuestra hija.

—Así se llamaba mi...

—Tu madre biológica, sí. Belinda me lo ha contado. ¿Por qué no te acercas a ella? Es la única familia que te queda.

—No se puede querer a una persona de un día para otro, aunque sea de tu propia sangre. He renegado de ella durante mucho tiempo, y ahora tengo que empezar a quererla... Necesito tiempo, Dafne.

—Eso no supondrá un problema, ya lo verás. Bueno, Helenia ya ha comido. —Luca la cargó en sus brazos.

—Lo conseguimos, Dafne. Al final, salió bien. —Unió su mano a la de su mujer y su hija.

—Perdonad, ¿puedo pasar? —Anahí estaba tras la puerta.

Luca le entregó la niña a Dafne y salió un momento.

—Estás muy pálida. —Dafne se sentía un poco incómoda con la presencia de su prima tras la última conversación.

—Lo siento. —Se arrodilló junto a la cama—. Lo siento tanto, prima.

—¿Qué pasa? —La ayudó a incorporarse.

—Han detenido a mi madre, me acaban de llamar. —Tosió y bebió agua de una botella que tenía Dafne en una mesita—. Era cierto, todo lo que dijiste era verdad. A mi padre lo detuvieron hace algunos años, ¡y nunca me dijeron nada! ¡Mi madre lo sabía y guardó silencio! Yo pensaba que él seguía viviendo en Bali. ¡Esto es una pesadilla! —Recorría la habitación de un lado a otro—. Mi padre confesó hace un tiempo que mi madre era cómplice, que juntos habían contratado a Polonio.

—Sí, supongo que era a eso a lo que se refería cuando me dijo que desconocía la conexión que existía entre nosotros. Él fue quien mató a mis padres, ahí comenzó todo. —Tomó la mano de su prima—. No tienes que sentirte culpable de nada, Anahí. Tú no eres como ellos, siempre has sido como una hermana más, y siempre te querré por eso. Pero no te voy a negar que espero que se haga justicia y tus padres paguen por lo que hicieron.

—Yo también lo espero, y os ayudaré siempre que esté en mi mano. Os arrebataron a vuestros padres injustamente, lo menos que puedo hacer es acompañaros en este proceso tan doloroso.

Luca ayudó a Dafne a recoger todas sus pertenencias para abandonar el hospital junto a su recién nacida. Ella se sentó en la cama porque se sentía un poco dolorida.

—Dafne, sé lo que estás pensando y la respuesta es no.

No sabía que Polonio había matado a tus padres. —Le puso el chupete a Helenia —. Incluso entre los clones había secretos.

—Por eso estuvo en coma tanto tiempo —entrecerró los ojos—, arriesgó su propia vida para matarlos.

—Polonio reunía la parte más oscura que alberga un ser humano, no tenía ningún tipo de escrúpulos. Solo espero que no veas a un asesino cada vez que me miras. No podría soportarlo.

—Jamás podría verte de esa manera. —Se levantó y le abrazó por detrás—. Él me arrebató lo que más quería, pero también me dio lo que más amo ahora.

—¿Hay algo que aún te atormenta? —Luca le acarició el cabello.

—En el sueño no era Polonio quien había asesinado a mis padres, sino Goyo.

—Él manipulaba tus sueños, te avisé. Solo pretendía mantenerte bajo control para salirse con la suya. Si hubiese dominado tu mente, no habrías despertado jamás. Él solo quería confundirte y crear una realidad en la que le pertenecieses por completo. Por fortuna, regresaste a mí.

Helenia se acababa de matricular para estudiar en la facultad de Viena para estudiar ciencias en sistemas de energía renovable. Sus abuelos le habían alquilado un apartamento cerca del suyo para que no se sintiera tan sola. Dafne y Luca preferían que se hubiese quedado en España, pero había heredado el espíritu aventurero de su madre.

Se sentó en la tercera fila; había unos treinta estudiantes en el aula. La puerta se abrió con un chirrido y un hombre joven dejó caer un maletín en la mesa del profesor. Lucía una melena rubia que hacía juego con sus ojos color avellana; desprendía un aroma casi adictivo. Helenia levantó la mirada y notó que él la observaba, como si la conociese. Las manos de Helenia comenzaron a sudar, sus pensamientos se borraron y su cuerpo temblaba.

—Buenos días, perdonad el retraso. —Sacó una agenda del maletín—. Soy Polonio Fermonsel.

Helenia cerró los ojos e imaginó cómo sería besar esos labios.

Helenia se graduó y se mudó a Barcelona; si algo tenía claro, es que jamás volvería a pisar Viena. Aún le palpitaba el corazón cada vez que soñaba con esos ojos color avellana. Ese hombre, ese maldito hombre del que su madre tantas veces le había advertido, había desfigurado su alma y se había arracimado en sus anhelos más profundos. Por eso había cometido la mayor estupidez de su vida, se había casado con un compañero de trabajo sin contar con la aprobación de su familia. Solo necesitaba una dosis de realidad y un poco de atención, y eso Santi podía dárselo con total seguridad. Pero Helenia seguía soñando cada noche con su antiguo profesor, a pesar de tener otros brazos en los que cobijarse en las noches frías.

Polonio Fermonsel había conseguido con ella lo que no consiguió con su madre, y a pesar de que Dafne y Luca se lo habían repetido hasta la saciedad, Helenia le había ofrecido la parte más dulce de su corazón. Toda su familia se había puesto en su contra cuando les contó que tenían una relación. Incluso Harvey, un tío frívolo al que apenas veía y del que no sabía más allá de sus escarceos amorosos. Ya de por sí había sido arriesgado iniciar un romance entre un profesor y una alumna, pero lo que Helenia no podía ni imaginar era el sufrimiento que vendría después.

Su matrimonio con Santi era un bálsamo, pero casarse a los veintitrés años supuso un quebradero de cabeza y una frustración infernal. Se sentía triste y apartada de todos. Su familia y sus amigos estaban lejos, y sus ilusiones más lejos aún. Por ello, tras ocho años de un matrimonio insustancial, no tardó en descubrir la fórmula para apaciguar sus demonios internos y abrir su mente a nuevas experiencias.

Helenia celebraba cada año en su finca de Barcelona una fiesta un tanto peculiar. Diez amigos del instituto se reunían para pasar un fin de semana alejados del tumulto y las reglas de la sociedad. Los diez estaban casados o tenían pareja, ese era el principal requerimiento para asistir. Durante dos días

podrían relacionarse de la manera que creyesen oportuna, nada saldría de aquellos muros, pues se hacía un juramento antes de empezar el juego. Durante esos días, los diez asistentes darían rienda suelta a la vehemencia de sus pensamientos. El resto del año mantendrían las distancias y su idílica vida en pareja no denotaría desasosiego o un quebranto por la descarnada realidad. Cada uno era consciente de la entrega que suponía desnudar su alma durante un fin de semana, pero la tentación era más fuerte y los retazos de la fiesta anual anterior aún les causaba cierta debilidad.

Helenia terminó de abrocharse su vestido negro y bajó a abrir la puerta; aún faltaban diez minutos para que comenzase la reunión, pero algunos estaban impacientes.

—¡Elías! Siempre eres el primero... —Fingió sorpresa.

—Querida, estás igual que el año pasado. —Besó su mano.

—Aún no hemos comenzado la fiesta... sigo siendo la esposa de tu querido amigo. —Le invitó a pasar.

—Santi no se entera de nada, pero tiene la suerte de disfrutarte todo el año —masculló.

—No hablemos de la familia... —Helenia dejó caer en la mesa el libro de los juramentos.

—¡Voy yo! —Elías salió disparado al escuchar el timbre.

—¡Caramba, este año todos tienen prisa! —Sonrió alborozada.

—¡Buenas tardes, señoritas! —Hizo una reverencia a Regina, Marlene, Olivia y Sophie.

—¿Aún no han llegado los chicos? —inquirió Sophie.

—¿No te basta conmigo? —contestó Elías, indómito.

—Eso lo comprobaremos este fin de semana. —Sophie le guiñó un ojo.

—Ya conocéis las reglas, hasta que no firmemos el juramento no podemos empezar a soltar la lengua, ¿está claro? —dijo Helenia con voz grave.

—No creo que a ninguno de los que estamos aquí nos interese soltar la lengua; hay demasiado en juego —enfaticó Marlene.

—Bueno, ¿y la comida? —Elías cambió de tema.

—Los chicos se encargarían hoy de recoger la compra que hicimos ayer, no hay que levantar sospechas. —Olivia se quitó el abrigo.

—Supongo que por eso se retrasan —matizó Helenia.

—Creo que escucho el ruido de un motor. —Marlene salió al porche—. ¡Sí, son ellos!

—Habría preferido que se perdieran por el camino —suspiró Elías.

—¡No seas canalla! Todos tienen derecho a jugar. —Marlene le dio un golpecito en el hombro que le reconfortó.

Salieron al porche para ayudarles con las bolsas.

—¿Pero qué habéis comprado? Siempre sobra comida y tengo que decirle a mi marido que el supermercado nos dona alimentos por ser tan buenos clientes.

—Helenia hizo una mueca cuando Sixto abrió el maletero.

—Supongo que tu marido querrá hacer siempre la compra en el mismo supermercado —ironizó Jacobo.

—Tres veces en semana... —Helenia entrecerró los ojos.

—Entremos dentro que parece que va a llover. —Polonio cogió las últimas bolsas.

—Espero que haya leña suficiente para estos días —añadió Sophie.

—Podemos acurrucarnos desnudos bajo las mantas, el calor primitivo es el más eficaz —musitó Román.

—Dejad las bolsas en la cocina y venid enseguida al salón, no quiero que pase más tiempo sin haber firmado el libro de los juramentos. —Helenia abrió el libro.

—Es ridículo... —Sixto analizó con incredulidad las firmas de los años anteriores—. ¿Quién va a delatar al resto? ¿Pensáis denunciar al chivato?

—Sin duda la noticia saltaría a los medios, ¡seríamos famosos! ¿Cuánto me pagarían por contar nuestras obscenidades? —Elías contuvo una carcajada.

—Quien no firme en este libro, ya puede irse por donde ha venido. —Helenia le entregó el bolígrafo a Regina.

—«Prohibido comentar lo acontecido en este lugar sin el beneplácito de todos los asistentes, y aún así, será censurable hacerlo. Tomaré conciencia de mis actos y prometo no sobrepasar los límites si hiero a terceros, incluyendo a los de esta sala. No hablaré de mi vida personal o profesional en ningún momento, solo se me permitirá hablar de lo que sienta en estos dos días. No mantendré contacto el resto del año ni trataré de inmiscuirme en su relación de pareja. Podré hablar del pasado si la otra persona así lo desea, pero nunca hablaremos del presente o el futuro. Tendré total libertad para relacionarme con quien entre en la misma habitación, siempre y cuando él o ella asienta. Si cometo alguna infracción y perjudico al resto de compañeros, nunca podré volver a participar en la fiesta de los juegos de mesa». —Regina firmó el juramento tras pronunciarlo con voz estentórea.

Los demás también leyeron el discurso y firmaron bajo la atenta mirada de Helenia. Elías se dejó caer en el sofá y miró a las chicas.

—Entonces, ¿ya podemos empezar?

—Primero hay que distribuir la comida y la bebida. —Olivia regresó a la cocina.

—¡Un momento! —Helenia alzó la voz—. ¡Quiero ver los móviles apagados en ese cesto!

—Sí, mi capitana —contestó Jacobo con sorna.

—Si continúas dando órdenes, tendré que hablar contigo en privado —le susurró Polonio cuando se acercó a dejar su móvil en el interior de un cesto de mimbre.

—Por cierto —Helenia tiró de su brazo—, sé que te has prometido este verano. ¡Enhorabuena!

—Gracias, es una mujer estupenda.

—Y aquí estás... —Helenia puso los brazos en jarras.

—Igual que tú... —Polonio olió su pelo y regresó al salón.

—Chicos, ¿y el hielo? —Marlene rebuscaba entre las bolsas restantes.

—¡Oh, no! —Román se giró y miró a Sixto—. Nos olvidamos de recogerlo.

—¡Genial! Nos tomaremos las copas sin hielo... —Sophie maldijo en voz baja.

—Tranquilos, puedo ir y volver en unos minutos. —Jacobo cogió las llaves del coche de la mesita de la entrada.

—Te acompañaré. —Marlene salió tras él y se montó en el asiento del copiloto.

—No deberías hacerlo. —Él esquivó su mirada.

—¿A qué te refieres?

—Que nos vean juntos fuera de aquí.

—Solamente vamos a comprar hielo. —Marlene se ruborizó.

—Y el año pasado solo íbamos a buscar leña...

—Jacobo, por favor, no es el momento...

—El juego ya ha empezado...

—Sí, pero estamos fuera de la casa, se supone que aquí no se permite...

—Estamos dentro de mi coche, aquí se permite lo que yo diga. —Su voz se ahogaba en el deseo.

—Por favor, no... —Marlene quería apartarse con todas sus fuerzas, pero la voz de Jacobo era un veneno que recorría sus venas con la intención de poseerla allí mismo si ella cedía.

—¿De qué tienes miedo? —Él besó su cuello.

—No es el momento... —Marlene abrió la puerta del coche y salió disparada

hacia la casa.

Jacobo pensó en seguirla, pero recordó que no le gustaba beberse el ron caliente, de modo que, arrancó el coche y fue en busca del primer supermercado que encontrase abierto.

—¡Demonios! Esa mujer me vuelve loco.

Marlene se sentó junto al fuego, su cabello rubicundo se acentuaba con el fulgor de las llamas y dejaba al descubierto su rostro pálido.

—¿Te encuentras bien? —Sixto se acercó con sigilo.

—¡No me toques! —Marlene se sacudió en el asiento.

—Solo estaba preocupado por ti. ¿Qué ha ocurrido, se ha propasado contigo?

—No, no ha hecho nada. —Trató de contener el llanto.

—¿Entonces?

—Es personal...

—Esto no ha hecho más que empezar, tómatelo con calma. —Sixto se sirvió una cerveza bien fría y se sentó al otro lado.

Román entró en la biblioteca para relajarse un poco antes del almuerzo, aquel lugar le encantaba. Olía a madera vieja, a historia, a refugio... Cualquier palabra le parecía un acierto. Deslizó sus dedos entre algunos libros y contuvo el aliento; había alguien más allí...

—¿Hola?

No obtuvo respuesta.

Subió a la segunda planta por unas escaleras de madera que giraban en espiral y siguió examinando las estanterías.

—Al marido de Helenia le gusta conservar verdaderas reliquias. —Sacudió el lomo de uno de los libros.

Escuchó un gemido al fondo del pasillo y decidió ocultarse, pero la curiosidad le quemaba el alma y se acercó un poco más. Separó dos hileras de libros y divisó una larga cabellera oscura.

—Es Olivia —murmuró con la esperanza de averiguar la identidad de su acompañante.

Unas manos pequeñas oprimían los pechos de Olivia desde atrás; ella gemía con delicadeza, pero su amante secreto se esforzaba por arrastrarla al abismo oculto. Ella se inclinó ligeramente y Román quedó petrificado y extasiado al mismo tiempo.

—¡Sophie! —masculló—. ¿Olivia y Sophie? Mi firma en ese libro vale oro,

lástima no poder decir lo que acabo de ver. —Bajó las escaleras con sumo cuidado y miró de soslayo a la ardiente pareja—. Si estos libros pudiesen hablar... —Cerró la puerta.

Jacobo regresó con el hielo y se lo entregó a Helenia. Miró a su alrededor y vio a Sixto junto a Marlene. La vena que recorría su cuello se inflamó y su cuerpo se tensaba al imaginar lo que ocurriría entre ellos.

—Está guapa, ¿verdad? —Regina interrumpió sus pensamientos.

—Sí... bueno, todas lo estáis.

—Pero Marlene solo hay una. —Regina le hizo un ademán para que la siguiera al salón.

Marlene miró a Jacobo, le dio la impresión de que estaba molesto. Él se sentó junto a Regina y empezaron a jugar a los naipes.

—¿Quién me ayuda a preparar la comida? —Helenia hizo aspavientos con las manos.

Se levantaron todos inmediatamente y corrieron hacia la cocina, salvo Sixto, Marlene y Jacobo.

—¿No has escuchado a Helenia? —Jacobo le lanzó una mirada desdeñosa a Sixto.

—Sí, pero Marlene y yo estábamos charlando de algo muy interesante —replicó.

—Así que os habéis hecho amigos...

—No es lo que piensas —acotó Marlene.

—Que piense lo que quiera, si no sabe jugar es su problema... —Sixto clavó su mirada en él.

—¿Tienes algún problema? —dijo en tono ufano.

—Todos los años igual. Nadie puede acercarse a Marlene si tú estás en la misma sala. Te estás encaprichando, amigo.

—Os recuerdo que no soy un trofeo. —Ella se levantó y se dirigió a la cocina.

—No eres su marido, no te obsesiones con ella... —Sixto también se marchó.

Jacobo tuvo que contenerse, y mucho, para no abalanzarse sobre él. Siempre lo provocaba con sus comentarios mordaces sobre sus atenciones hacia Marlene. Sabía que había más mujeres, pero ninguna lo intimidaba como la pelirroja. Aunque no yaciera con ella, el simple hecho de disfrutar de su conversación o del olor de su piel durante dos días al año, le provocaba un frenesí vedado. Estaba prometido desde hacía tres años, pero esa reunión postergaba sus deseos de contraer matrimonio. Marlene también sentía algo parecido, o eso quería

pensar. Aunque sus ojos nunca habían mostrado la melancolía que destilaban en ese momento y quería cerciorarse de si su vida era plena. Porque si no... ¡Ay, si no! Se la llevaría consigo al paraíso.

—No seas tan duro con Sixto. —Ella le ofreció un aperitivo.

—¡Es él quien aprovecha cualquier oportunidad para asestarme una puñalada!

—Jacobó se alteró por su cercanía.

—Me contaba que el año pasado se aburrió bastante.

—No me extraña. ¿Quién querría perder su tiempo con ese jactancioso?

—¡No seas maledicente! —le reprochó Marlene—. Aunque debo admitir que no tiene muchas posibilidades.

—Dejemos que crea que sí... —Jacobó le ofreció una copa, pero ella la rechazó—. Te noto distinta, ¿te ha ocurrido algo?

—Este es el último año que vengo a los juegos, en realidad, no sé por qué he venido. Supongo que tenía ganas de verte.

—¿Es una despedida? —Su voz se entrecortó.

—Sí, pero no quiero anunciarlo hasta que termine la reunión.

—¿Cómo puedes hacerme esto? —Él paseó frenético por la habitación.

—¿Perdona? ¿Crees que te debo algún tipo de explicación? Los dos sabemos lo que este maldito juego conlleva.

—Sí, pero lo hemos hecho durante años y te ha parecido bien. —Jacobó intensificó su mirada.

—Las cosas cambian, ¿o crees que podremos estar engañando a nuestras familias toda la vida? —A Marlene se le apagó la voz.

—Hay algo más, debe de haber algo más... —Jacobó la rodeó con sus brazos—. Dime que no sientes nada.

—Estoy embarazada —dijo con pesar—. ¿Sabes lo que eso implica?

Jacobó se tuvo que agarrar al respaldo de un sillón porque el peso de su cuerpo le parecía infinito.

—Embarazada... —repitió con amargura—. ¿Y te has atrevido a venir este año en tu estado?

—Lo supe ayer, ya sabes que una vez que se acepta jugar... no hay vuelta atrás.

—Marlene calentó sus manos en el fuego.

—¡Al diablo las reglas y el juego! ¡Hablamos de la vida real! No te puedo permitir jugar en tu estado.

Marlene contuvo el aliento al ser consciente de que verdaderamente le importaba. Sus encuentros furtivos le sacudían el corazón cada año, pero prefería eso a no verlo nunca más.

—¡Escuchadme todos! —Jacobó gritó enérgicamente.

—¿Qué ocurre? —Olivia se ajustó la ropa en el pasillo.

—Reclamo la atención de esta mujer para los próximos días, nadie más que yo estará a solas con ella. En caso contrario... —Jacobó fue incapaz de terminar la frase.

—Ya sabemos lo que pasaría en caso contrario —dijo Elías con sorna.

—¿Te has vuelto loco? No soy de tu propiedad. —Marlene le empujó.

—Amigo, creo que te estás metiendo en terreno farragoso. —Polonio sostenía una sartén en la que preparaba unas gulas.

—Estás rompiendo todas las reglas del juramento... —Helenia desaprobaba su decisión.

—¡Esta mujer está embarazada! ¿Queréis que juegue así? —dijo con voz ronca.

—A mí no me importa —Elías habló sin pensar.

—Eso cambia las cosas. —Sophie aún estaba aturdida por su cita secreta.

—¿Por qué has venido, Marlene? —Sixto miró su vientre inconscientemente.

—Vaya... antes no te disgustaba su compañía. —Jacobó no se mordió la lengua.

—Me iré ahora mismo si es lo que queréis. —Marlene les dio la espalda.

—No es necesario —Román trató de mediar—, además, si te marchas habrá más hombres que mujeres y eso no es de recibo.

Marlene esbozó una sonrisa relajada.

—Si Jacobó quiere ser tu escudero en estos días, no seré yo quien se oponga —sentenció Elías.

Todos asintieron y dieron el asunto por terminado. Jacobó se dejó caer en el sillón y bebió una cerveza de un trago.

—Al final te has salido con la tuya —murmuró Sixto con frialdad.

—Siempre llegas tarde. —Jacobó le guiñó un ojo.

En pocos minutos la mesa estuvo repleta de comida y copas de vino que bailaban entre miradas lascivas y un apetito voraz. El cordero asado que preparaba Helenia todos los años la colmaban de halagos y felicitaciones. Su olor bastaba para saciar un estómago vacío y un alma atormentada.

—Soy tu más ferviente admirador. —Polonio le besó la mano tras saborear la primera porción de cordero.

—Ni los dioses renegarían de vuestro talento en la cocina, *milady* —secundó Román.

—No hay cordero en el mundo que no quiera ser cocinado por vos. —La confesión de Elías desató varias carcajadas.

—Me siento realmente bien entre vosotros, somos como una pequeña familia.

—Olivia llenó la copa de vino de Sophie.

—Claro, el cariño es mutuo. —Román recordó la escena briosa de la biblioteca.

Sophie le lanzó un pañuelo.

—Se te cayó en la biblioteca. Por cierto, Helenia, deberíamos proponer una nueva regla.

—¿Cuál? —sopesó la idea.

—Castigar a los mirones. —Sophie y Olivia miraron con desdén a Román.

—¿Qué? Yo pasaba por allí... solo me quedé dos segundos. —Engulló otro trozo de cordero.

—¿Las espíaste? —le reprobó Helenia.

—Pregunté si había alguien y nadie contestó. Cuando subí a buscar un libro en la segunda planta, escuché un gemido y..., pero fue una imagen velada, nada en concreto.

—¿A quién le viste los pechos? —inquirió Sophie con voz meliflua.

—A Olivia... —Román contestó sin pensar—. ¿Eh? No... yo...

Todos rieron ante la metedura de pata de Román, pero ellas parecían más complacidas que ofendidas.

—La próxima vez te invitaremos a nuestra fiesta privada. —Sophie bajó la voz. A Román se le atragantó la comida.

Era el más botarate del grupo. Solo había tenido dos novias informales, aunque presumía de experiencia. Las chicas se divertían con él, se sentían cómodas ante su indulgente forma de aceptar las críticas y la pasión insana que se esparcía de un modo inexorable.

—Si yo hubiera estado en su lugar... —Polonio rompió el silencio—. Habría sellado esa biblioteca con nosotros dentro.

—¡No seas cafre! Además, todos sabemos que eres el juguetito de la anfitriona —replicó Olivia.

—Dejo que juegue conmigo, pero no me voy a cohibir si la oportunidad se presenta. Todos los que estamos aquí sabemos lo que ocurre si se cruza la línea... y yo no permito que nadie dibuje una línea cerca de mí.

—¿Acaso he dado esa impresión? —Helenia dejó de comer—. ¿Crees que te quiero solo para mí?

—No seas veleidosa, no tengo ninguna intención de ofenderte. —Polonio llenó su copa de vino.

—También decías eso en la universidad... —Helenia cambió de postura.

—¿Me vas a salir con esas? ¡Sí, me gustaban las mujeres y disfruté de todas las que pude!

—Incluso mientras duró nuestro noviazgo —recalcó ella.

—El cordero está delicioso, ¿lo había dicho? —Elías quiso apaciguar el terreno.

—No te preocupes, si no lo hubiese perdonado no lo dejaría entrar en mi casa.

—Quizá lo haces porque te mueres por revivir aquellos interminables días... —Polonio dio otro sorbo a su copa de vino y no terminó la frase.

—Aquí hay tema. —Regina alzó su copa.

—Si no te sientes agusto con él, siempre puedes recurrir a mí. —Elías le lanzó una mirada endiabladamente provocativa a Helenia.

—Gracias por el ofrecimiento, pero debo sopesar otras... opciones. —Helenia tragó saliva.

—Entonces, ¿no me acompañarás esta noche? —Polonio le tapó la boca a Elías.

—Sabes que no, y no quiero hablar más del tema mientras estemos en la mesa.

—¿Qué hay de postre? —Elías retiró los platos vacíos.

—Tiramisú. —Helenia repartió platos limpios.

—Creo que voy a llorar... —Elías la abrazó—. Mi estómago está enamorado de ti.

—Mientras solo sea tu estómago...

Las risas brotaron enérgicamente y todos se sacudían en el asiento.

—Sugiero que nos retiremos por parejas y nos demos de comer el uno al otro —apuntó Regina.

—Es una idea brillante —secundó Román—. Cada pareja escogerá una estancia de la casa. Podemos empezar a elegir por orden alfabético.

—¡Perfecto, empiezo yo! —Elías dejó su plato sobre la mesa y observó a cada una de las muchachas—. Ya sé que Marlene está vetada, Jacobo, no me mires así... Bien, elijo a Sophie. Y nos quedaremos aquí, en el salón.

—¿No podías haber sido más original? —rezongó ella.

—Es por el fuego —se justificó.

—Es mi turno —les interrumpió Helenia—. Elijo a... Román. Iremos al *solárium*, este año hemos instalado un *jacuzzi*.

—¡Estarás de broma! —Polonio ardía por dentro.

—Yo estaré con Marlene en la biblioteca —anunció Jacobo.

—Regina, tú te quedarás conmigo en el gimnasio. —Polonio no disimuló la desgana.

—Sixto y yo nos iremos al dormitorio de Helenia. —Olivia lo miró descaradamente.

Cada uno cogió su plato de tiramisú y se acercó a su pareja. Pronto se fueron acomodando en las estancias que habían escogido y el silencio se hizo palpable.

El *solárium* se hallaba en la tercera planta de la casa. Sus paredes acristaladas tenían murales de cascadas y montañas nevadas, por lo que, en cuanto los rayos de sol se filtraban en el cristal, los paisajes se iluminaban creando una atmósfera mágica. El *jacuzzi* estaba en el centro, rodeado por una densa vegetación artificial que el marido de Helenia había dispuesto con gran acierto. Había dos butacas a unos metros del *jacuzzi*, bajo una cristalera entreabierta que permitía disfrutar del calor del sol, aunque ese día estaba nublado y hacía frío.

—Ponte cómodo. —Helenia acercó una mesita de madera lacada para dejar los platos.

—¿Por qué tengo la sospecha de que me has elegido para molestar a Polonio?

—A veces es... —Helenia no lo miró.

—Creo que le intimidas.

—Más bien es al revés. —Ella comenzó a desnudarse.

—Un momento... ¿no íbamos a comer el postre? —Se dio la vuelta.

—Sí, pero dentro del *jacuzzi* —añadió con malicia—, puedes mirar, estoy en ropa interior.

—Me he dejado las cucharas en el salón, vuelvo en un minuto. —Román salió disparado.

Polonio hacía grandes esfuerzos por escuchar las peroratas de Regina en lo referente a su nueva faceta de pintura cuando vio cruzar a Román por el pasillo contiguo. Pensó que quizá se había arrepentido de compartir el postre con Helenia. En cualquier caso, Helenia estaba sola y esa idea le tensó el cuerpo.

—Querida, tengo una urgencia, vuelvo en unos minutos. —Polonio abandonó el gimnasio sin esperar una respuesta.

Helenia había cerrado los ojos y echado la cabeza hacia atrás. La espuma cubría su cuerpo semidesnudo y el agua burbujeante la hacía revolverse en su asiento. Escuchó que alguien dejaba caer unos zapatos y se introducía en el *jacuzzi*.

—¡Qué rápido has vuelto!

—Temía que te aburrieses sin mí. —Polonio acarició sus nalgas.

—¿Qué haces tú aquí? —le espetó.

—Vi a Román marcharse, pensé que te había abandonado —dijo con sorna.

—Fue a buscar las cucharas, estúpido.

—¿De verdad prefieres su compañía a la mía? —Polonio abrió sus ojos expresivos color avellana.

—Debes respetar los juegos, ¿has dejado sola a Regina? —Se cubrió los pechos, ya que su sostén violeta estaba totalmente humedecido.

—Cree que estoy en el baño. —Su sonrisa traviesa deslumbró a Helenium.

—¡Eres increíble! Tienes que irte, Román llegará en cualquier momento. —Ella apartó su mirada.

—Que se quede con Regina. —Se acercó hasta quedar a un centímetro de su rostro.

—¡No te atrevas...! —Antes de que pudiese terminar la frase notó la lengua de Polonio deslizándose en el interior de su boca.

Helenium lo rodeó con sus brazos y se hundió en la fogosidad de su beso. Quería apartarse, pero el cuerpo de Polonio estaba encima y sentir aquellos músculos contra su pecho la deshacían por completo. Él succionó con cada beso las partes de su alma que lo deseaban, como si aquella mujer se fuera a desvanecer en cualquier momento y no tuviese otra oportunidad. Sus cuerpos mojados se mecían por el agua y el movimiento de sus caderas. Polonio apartó su rostro y contempló la expresión de Helenium; su boca temblaba por el deseo y sus ojos permanecían aún cerrados.

—¿Todavía quieres respetar las reglas? —le susurró.

—Sí... —el jadeo de Helenium le atormentaba.

—En ese caso, iré a darle de comer a Regina. —Hizo el ademán de levantarse, pero Helenium tiró de su brazo.

—Quédate... —vaciló—, pero Román...

—Yo me encargo. —Salió del *jacuzzi* y se asomó al pasillo; se sobresaltó al ver a Román tras la puerta.

—Llevo cinco minutos aquí... —suspiró.

—¿Te importaría acompañar a Regina? —Polonio se sintió avergonzado, pero no flaqueó.

—¿Qué otra opción me queda? —Román bajó las escaleras maldiciendo en voz baja.

Regina estaba sentada en uno de los bancos del gimnasio cuando vio aparecer a Román hecho una furia.

—Tu cita no vendrá.

—¿No? —Ella soltó una de las pesas.

—Mejor no preguntes...

—Tú tampoco me desagradas. De hecho, pensaba elegirte a ti si Helenia no se hubiera adelantado.

—No sé por qué lo hizo, aunque supongo que ya tiene lo que quiere. —Se sentó frente a ella y miró su cuchara—. ¡Genial, ahora me he dejado el plato arriba!

—No te preocupes, Polonio dejó el suyo aquí cuando tuvo la urgencia —dijo con socarronería.

—Entiendo...

—¿Me das de comer tú a mí primero?

Román asintió.

Helenia aún temblaba por la sacudida del beso cuando Polonio retornó al *jacuzzi*. Hasta ahora no se había fijado en la majestuosidad de su figura al caminar. Sus músculos se habían acentuado más en este año, su fuerza renovada daba fe de ello. Nunca lo había visto con barba, quizá por ese motivo le llamaba más la atención.

—Román se ha ido. —No había culpabilidad en su tono.

—¿Se ha enfadado?

—Un pelín...

—¿Con qué autoridad les exijo a mis invitados reglas si yo misma no las cumplo?

—¿De verdad crees que te obedecen? —masculló con acento viciado.

—Esperaba que sí... —Helenia se recogió el pelo.

—Si dejas tu cuello a la vista, tendré que morderlo...

—¿Me vas a dar de comer? —Ella le entregó una cuchara.

—Por supuesto, pero quería hacerlo después. —Le dio una cucharada de tiramisú.

—No siempre se gana en esta vida. —Helenia esperaba ansiosa otra cucharada.

—¿Por qué eres tan brusca conmigo?

—¿Por qué no te has quedado con Regina?

—Pregunté primero. —Dejó la cuchara a medio camino.

—Estuve a punto de no organizar nada este año. —Cambió el tono.

—¿Por qué? Hace cinco años que nos reunimos y nadie ha faltado nunca. Es

más, creo que les gustaría repetir con más frecuencia. —Le dio otra cucharada.
—Se nos está yendo de las manos... a veces siento que intentamos compensar con esta escapada lo que nos falta en la realidad.
—Seguramente, pero eso es lo que lo hace divertido.
—Jamás pensé que volvería a dirigirte la palabra después de... —Helenia se negó a comer más tarta.
—Te toca a ti. —Le pasó el plato y la cuchara—. Éramos más jóvenes, apenas conocíamos el peso de nuestras obligaciones. Un día salía con Judith, al siguiente con Lidia...
—Y al tercero venías a buscarme —suspiró.
—Saliste ganando, con ninguna me he metido en un *jacuzzi* diez años después.
—Tragó su primera cucharada.
—¡No te tomas nada en serio! —Helenia salió del *jacuzzi* y se puso un albornoz.
—¿Me vas a dejar aquí solo? Y no has terminado de darme el postre...
—Tienes dos manos, ¿no? —Ella se acostó en una de las tumbonas.
—Nunca me vas a perdonar, ¿verdad? —Polonio se sentó en la tumbona contigua y terminó de comerse la tarta.
—Te acostaste con mi prima la noche de mi graduación, ¡en mi coche! —Helenia volcó su rabia en aquella frase.
—Con las prisas se nos olvidó buscar el mío... —Polonio tragó el último trozo.
—No sé cómo te he dejado entrar en mi casa... —Puso los ojos en blanco.
—No te gusta perder, y cada año intentas ponerte a prueba a ti misma. Aquella noche sentiste que tu prima te había vencido, por eso me invitas todos los años. Quieres sanar aquella herida, aunque te sugiero que invites a tu prima la próxima vez, así estaremos más animados...
—¡Eres lo peor! Puedo darte el teléfono de mi prima y así puedes verla cuando se te antoje.
—No hace falta, es mi prometida. —Polonio sabía que aquella confesión era una prueba a fuego contra su integridad física.
—Seguramente... —Helenia ni se inmutó.
—Si no te lo crees, puedo encender el móvil y mostrarte las evidencias de nuestra relación. Además, ¿no me felicitaste al llegar por mi compromiso? Pensé que lo sabías. ¿Acaso no hablas con tu prima?
—Desde aquella noche... no. —Helenia comenzó a atar cabos y su rostro demudó.
—Pensé que...

—Así que te vas a casar con mi prima... Interesante. —Helenia le dio la espalda.

—Creo que no deberíamos hablar de esto, lo hemos firmado en el libro.

—El compromiso quedó en el pasado —le aclaró ella.

—Ya, pero no quiero hablar de la boda.

—No os molestéis en invitarme, por cierto. Ese día seguramente tendré que hacer algo importante. —Se cubrió todo el cuerpo.

—Helenia, por favor. Entre nosotros siempre ha habido algo, es irrefutable. Creo que tratas de convencerte a ti misma todos los años de que lo has superado, que ya no te importo. Y mira, estás temblando desde que te he dicho que estoy prometido con tu prima.

—¡Con mi prima! ¿Es que no tienes código moral? —Helenia seguía dándole la espalda.

—Yo no elijo de quien enamorarme. ¿Y cómo te atreves a hablarme a mí de código moral? —Se plantó frente a ella—. ¿Pensabas que no me iba a dar cuenta de que eras tú quien me llamaba cada Nochebuena? Permanecías en silencio mientras escuchaba tu respiración al otro lado. Y, para colmo, lo hacías desde el teléfono de tu marido. ¡Tú has roto todas las reglas que dirigen este maldito juego, Helenia!

—Aquí hemos terminado, puedes volver al salón... —Ella salió del *solárium* sin mirarlo a la cara.

Polonio contó hasta veinte para no ir tras ella y gritarle

que era una cobarde, que se negaba a reconocer lo que sentía y que utilizaba el juego a su antojo para atraerlo cada año.

Helenia bajó las escaleras de dos en dos para no cruzarse con nadie, no quería que la vieran en ese estado. Necesitaba aislarse, pero recordó que su habitación estaba ocupada, así que no le quedó más remedio que refugiarse en el garaje. Por fortuna, había dejado su coche dentro y pudo tumbarse en el asiento de atrás. Las lágrimas pronto amenazaron con inundar su rostro. ¿Cómo podía aquel hombre hablarle de esa manera? Había sido su primer amor, habían estado juntos los años que ella estuvo estudiando en Viena. Se sentía unida a él, pero su acto ímprobo la noche de su graduación le había abierto los ojos. Polonio solo jugaba con ella, se divertían juntos, pero nada más. Conocía sus debilidades y sacaba jugosa ventaja de sus subrepticias emociones. La atormentaba cuando estaban solos, ni se imaginaba hasta qué punto. Y, en un instante, demudaba en un depredador infernal que la trataba de un modo

beligerante. Ahora entendía la insistencia de sus padres en que no se dejara atrapar por ese hombre, que estaba maldito y la arrastraría con él. Su tía Cordelia había sido un gran apoyo cuando se enteró de que estaba saliendo con Polonio, pero cortó la relación con ella cuando vio a su hija en los brazos del hombre por el que ella había perdido casi la razón. Ahora entendía la insistencia de su prima por acompañar a sus padres a Viena la noche de su graduación, lo tenía todo planeado. Sabía perfectamente que ella lo había seducido, pero él había caído en sus redes con demasiada facilidad, quizá deliberadamente. Por eso prefirió mudarse a Barcelona y mantenerse alejada del norte, si volvía a Santiago de Compostela, desataría toda su furia y su madre se distanciaría de Cordelia. No quería que la familia se viese involucrada en sus líos, pero todo ese sacrificio no había servido para nada. La mayor humillación era que su prima sería en pocos meses su flamante esposa. ¿Cómo no se lo había dicho antes? Hacía años que no veía a Corina, pero él había acudido anualmente a su fiesta. ¡Por Dios, hacía tres años que salían! Helenium cerró los ojos y se abrazó fuertemente para no sentir tanto dolor.

Jacobo oteaba algunos de los libros que había apilados en la estantería de arriba, parecían muy antiguos. Marlene había encendido un pequeño fuego y estaba comiendo la tarta.

—Aún no me puedo creer que estés embarazada.

—¿Por qué te has ofrecido a acompañarme si vas a estar de mal humor?

—No es plausible que otros traten de ligar contigo en tu estado... —Se sentó en una silla cercana a la de ella.

—Se supone que debíamos alimentarnos mutuamente.

—No tengo hambre... pero yo podría... Mejor, no.

—Como sola desde que tenía dos años, no te preocupes —sentenció.

—Es increíble que tengas ganas de bromear con la que tenemos encima. — Jacobo se levantó acelerado.

—¿Con la que tenemos...? ¿Desde cuándo te atañe mi bebé? Te recuerdo que es imposible que sea tuyo, básicamente, porque hace once meses y veintiocho días que no nos vemos.

—Ese era el trato, ¿no? —dijo lacónicamente.

—¿Y eso es todo? —Se giró hacia él.

—Marlene, ¿qué quieres de mí? El año pasado apenas pude acercarme porque escogías a Elías para todas las actividades.

—Al menos él no me ve solo como un trozo de carne, se interesaba por mis cosas.

—No vengo a charlar, Marlene.

—¿Y por qué demonios estás aquí conmigo? Elige a otra con la que puedas restregarte.

—Me aburren. —Se acercó al fuego.

—Si tú no vienes a charlar... —se burló.

—¡Ya vale! ¿Tengo que pedir permiso para pasar un rato contigo? ¡Eres insufrible!

—Mejor no te digo lo que pienso... —Marlene terminó su tiramisú.

—¿Con quién dormirás esta noche? —Había un deje de autoridad en su voz.

—No te importa, además, no puedes tocarme.

—Pero puedo observarte... y olerte... y acariciarte. —Se humedeció los labios.

—¿Vas a sufrir en balde? Olivia y Regina te recibirían con los brazos abiertos.

—Más sufriría si otro tratara de propasarse contigo. —Apretó los puños.

—Te recuerdo que soy adulta y que todos somos amigos. —Su pelo rojizo parecía fusionarse con las llamas.

—No seas ingenua, nadie te cuidará como yo. Conozco los límites y nunca haría nada que te hiciera sentir incómoda. —Estaba obnubilado por el brillo de su pelo.

—Pues me conoces muy poco, tu sola presencia me incomoda. —Salió de la biblioteca dando un portazo.

Elías desabrochó los botones que estaban más cercanos a su cuello mientras que Sophie lo miraba desde el sofá. Sus ojos felinos se regocijaban en el cuerpo maduro y bronceado de su contrincante.

—¿En serio? —le espetó cuando le arrojó la camisa a la cabeza.

—Este año no me ganarás... —Los dientes de Elías relucían.

—Colijo que has estado entrenando, aunque no me sorprende...

—¿De qué tienes miedo? —Se desabrochó el cinturón.

—No he perdido nunca, ¿por qué te esfuerzas tanto en demostrar tu hombría? — Ella dejó el plato de tarta intacto.

—La última vez tuviste cierta ventaja.

—¿Y las cinco veces anteriores? —Se humedeció los labios al ver el sudor en su torso desnudo—. Admítelo, desde que llegaste no has pensado en otra cosa.

—No he pensado en otra cosa en todo el año, ¡así que vamos, quítate la camisa!

—Elías colocó una mesa y dos sillas cerca de la chimenea y se sentó.

—No tienes remedio... —Sophie dejó al descubierto su sostén satinado de color burdeos y se sentó frente a Elías.

—Es realmente bonito, me gusta más que el del año pasado —dijo, diletante.

—Silencio... —Sophie plantó el codo en la mesa y abrió la palma de la mano esperando a que él hiciese lo mismo.

Elías abrió la boca, echó una vaharada en la palma de su mano derecha y la unió a la de Sophie. Ella la apretó y aceptó su reto.

—¿Has hecho esto con otras mujeres?

—Ni lo he intentado.

—¿Acaso no te gusta? —Frunció el ceño.

—Sé que no me gustaría de la misma manera. Prefiero evitarme una decepción.

—Su mano oprimió la de ella.

—Más suave, o tendré que castigarte... —Se movió para que sus pechos cimbrearan.

—¿Empezamos? —Elías cerró los ojos.

Sophie hizo acopio de todas sus fuerzas para ganarle el pulso a Elías. Todos los años se empeñaba en demostrar que por el mero hecho de ser un hombre debía vencer. Pero Sophie trabajaba de camarera en una taberna y todos los días cargaba barriles de vino, aunque no todos estaban llenos. El año anterior habían establecido jugar semidesnudos, cosa que no le desagradaba especialmente; su cuerpo había dado verdaderas muestras de ello.

—Te noto más fuerte. —Sophie volcó su cuerpo a un lado.

—Tú... también lo estás. —Elías se esforzaba en no mirarle los pechos.

—¿Por qué cierras los ojos?

—Para estar concentrado, no pienso caer en la trampa.

Sophie comenzó a moverse como si se pinchara en el asiento, y Elías se fijó en el suave tacto de su sostén. Se acomodó en el asiento y disminuyó la fuerza con la que empujaba la mano de Sophie. Se sentía pusilánime ante aquella fuerza desorbitada que lo atraía y lo prendía como la yesca. Notó que ella también había reducido la intensidad del ataque.

El fuego crepitaba y Sophie se sintió débil ante el cuerpo vigoroso de Elías. Los mechones de pelo oscuro se ceñían a su frente con tanta elegancia que tuvo que tragar saliva varias veces para no saltar por encima de la mesa y fundirse con él.

—¿Vas a abandonar? —Elías escuchó unos pasos irrumpir en el salón.

—¿Qué diantres hacéis? —Marlene se sobresaltó al contemplar la escena—.

¡Lo siento! —Se dirigió a la cocina alterada.
—¡Gano yo! —Sophie dejó caer su brazo sin miramientos.
—¿Qué? —Elías la miró incrédulo.
—Espero que el año que viene tengas más suerte. —Le dio un beso en la frente y buscó su ropa.
—Es injusto, ¡y todo por culpa de Marlene!
—¿Y el año pasado quién tuvo la culpa?
—Tus pechos... que son endiabladamente perfectos.
—Anda, comamos la tarta. —Terminó de abrocharse su blusa roja.

Sixto se sentó en el borde de la cama de Helenia y se esforzó por mantener una conversación que atrayera la atención de Olivia. Su mano temblaba y el ruido que generaba la fricción de la cuchara y el plato la desesperó.
—¿Por qué vienes cada año? Se nota a leguas que no disfrutas la experiencia.
—Ella le dedicó una cálida sonrisa.
—Vivo con mi madre, el resto lo puedes imaginar. —Sixto hundió los hombros.
—¿Y Karen? —le preguntó con interés.
—Nunca ha existido Karen.
—Entonces nos has mentado a todos... —Olivia dejó el plato vacío sobre la cama.
—Era la única forma de venir. Mis amigos están casados y su vida es tan rematadamente perfecta que necesitaba hacer algo que me sacase de la pasmosa rutina en la que vivo.
—Es que pareces tan... tan... —Olivia se contuvo.
—¿Tan idiota? Lo sé.
—Te hace falta un cambio, empezando por esas gafas que cubren casi toda tu cara. Un corte de pelo tampoco te vendría mal. —Olivia agitó su melena rizada.
—¿Quieres cortármelo? —Él sostuvo su mano.
—Estaría encantada. ¡Vuelvo en un minuto! —Salió disparada de la habitación y trotó por las escaleras.
Olivia entró como un ciclón en la cocina y chocó con Marlene.
—¡Au, tranquila! —Sintió un pie dolorido.
—Perdona, tengo prisa. —Olivia abrió los cajones bruscamente.
—¿Se puede saber qué buscas?
—Unas tijeras, ¿dónde las guardará Helenia?
—Creo que debajo de esos paños. —Marlene abrió un cajón.

—¡Fantástico! ¡Le voy a cortar el pelo a Sixto!

—¿Qué? ¿Os habéis vuelto todos locos?

Olivia no respondió porque subía las escaleras de dos en dos y la voz de Marlene no le causaba ningún reparo. Abrió la puerta y le enseñó las tijeras a Sixto con actitud imperiosa.

—Te voy a dejar hecho un pincel, le cortaba el pelo a mi hermano cuando era pequeño.

—Eso me deja más tranquilo. —Se colocó una toalla alrededor del cuello.

—Si no te sientes seguro podemos dejarlo. —Olivia se colocó detrás de él.

—Estoy dispuesto. —Sixto irguió su cuello.

Olivia recogió las capas de arriba con una goma del pelo, después, cortó los mechones de la capa de abajo con soltura. Sixto sonreía ante la habilidad de su acompañante. Poco a poco, fue dejando al descubierto las demás capas.

—Necesitaré una máquina de afeitar, espero que el marido de Helenia tenga una.

—Esto es un poco embarazoso, ¿no crees?

—A no ser que quieras que te deje la cabeza como si te hubiesen pegado mordiscos... tengo que afinar con la máquina. —Olivia entró decidida en el baño privado de Helenia y registró a conciencia los armarios—. ¡Aquí está! —Olivia regresó con la máquina y la puso en funcionamiento.

—Me hace cosquillas...

Olivia pasó la máquina a conciencia por toda la cabeza, salvo por la parte de arriba.

—Así podrás dejarte el pelo de punta... o dejarlo hacia un lado —indicó con la mano.

—Me gusta. Incluso diría que me siento más joven.

—Y si te quitamos estas gafas horrendas... ¡Otra persona, sin duda!

—No las necesito, veo perfectamente.

—¿Y por qué las llevas? —Olivia limpió la máquina y la guardó.

—Me sentía más cómodo al no tener que mirar directamente. —Sixto se roció con laca la capa de arriba.

—Tus ojos son muy expresivos y grandes. —Lo miró, enardecida—. Parece que tienes un océano ahí adentro.

—Mi madre también los tiene así. Supongo que es lo único que ha resaltado de mi persona en todos estos años.

—Seguro que tienes mucho potencial, Sixto, solo tienes que confiar más en ti mismo. —Rozó su espalda ligeramente.

—Me gustaría hacerlo, no hay nada más que desee en este momento. Me encantaría poder entregarme a vosotras y disfrutar, pero en mi mente hay una especie de bloqueo que me lo impide.

Olivia notó que la amargura brotaba de su garganta y prefirió no indagar más. Sixto era un verdadero enigma. Todos los años acudía a la reunión, pero no conseguía intimar con ninguna. Sophie se jactó una vez de haber conseguido que se quitase los zapatos, pero eso era todo. Con el nuevo corte de pelo y sus ojos al descubierto tenía un aire más masculino y le resultaba atrayente. Pero en su forma de hablar y de moverse había desánimo y cierto temor. Aquel hombre necesitaba un aliciente para tomar las riendas de su vida, y estaba más que dispuesta a mostrarle el camino... ¡Oh, sí!

—¿Te gustó la tarta? —Sixto terminó de peinarse.

—¿Qué? Ah... sí. ¿Quieres probarla? —Sostuvo su plato y colocó la cuchara en su boca.

—Ninguna mujer me ha dado de comer, aparte de mi madre, claro.

—Ya es hora de que rompamos esa racha, ¿no te parece? —Olivia insistió.

Sixto abrió la boca y accedió gustoso a comer.

—Me gustaría saber más cosas sobre ti.

—Estaría encantado si aceptaras compartir más momentos como este —dijo con voz firme.

—¡Vaya!

—¿Por qué te sorprende tanto? —Tragó otro trozo.

—Tenía ciertas dudas sobre tu... Hubo ocasiones en las que pensé que podías ser...

—¿Homosexual? —Negó con la cabeza.

—Siempre me han gustado las mujeres, solo que no se me han dado bien. Una vez salí con una niña verdaderamente cruel, hasta me pegó en dos ocasiones.

—¡Pobre! Ahora entiendo tu apatía hacia las chicas... tenías miedo. —Olivia lo abrazó.

—Y convivir con una madre tan protectora tampoco ayuda mucho.

—Entiendo. —Le acarició las mejillas con ternura—. Bueno, iremos pasito a pasito.

—Me gustaría mucho trabajar en esto contigo, Olivia. No me sentiría cómodo contando esto a las demás.

—Puedes estar tranquilo, también estoy de acuerdo en eso. —Le limpió la boca con sus dedos y salieron de la habitación.

Al cabo de media hora todos habían regresado al salón, excepto Helenia. Marlene se sintió azorada cuando Elías la miró.

—La próxima vez llama antes de entrar —le espetó.

—La puerta estaba abierta. Además, cuando quieras hacer algo tan depravado usa las habitaciones u otras estancias de la casa que no queden tan a la vista.

—¿Ahora resulta que eres una mojigata? Solo estábamos echando un pulso. Por tu culpa me ha vuelto a ganar. —Le dio un codazo a Sophie.

—¡Eh, no le hables así! —Jacobó le interrumpió.

—¿Alguien ha visto a Helenia? —Polonio parecía preocupado.

—¿A ti también te ha abandonado? —dijo Román, socarrón.

—No es broma. Tuvimos una seria discusión y no la he visto desde entonces.

—Me parece que no la hemos visto ninguno desde que subió al *solárium* —prosiguió Sophie.

—Deberíamos buscarla, anochecerá muy pronto. —Polonio miró por la ventana.

—¿Crees que ha salido? —Sixto se mezcló con el grupo.

—¡Guau! ¿Quién eres tú? —Elías se acercó para examinar el nuevo corte de pelo.

—¿A que lo he dejado muy bien? —presumió Olivia.

—Te tirarías los tejos si me gustaran los hombres. —Elías emitió un silbido.

—Pareces otro, Olivia ha hecho un gran trabajo. —A Regina le brillaron los ojos.

—¡Por favor, busquemos a Helenia! —Polonio sonaba desesperado.

—Las chicas buscaremos en la planta de arriba, vosotros en la de abajo —ordenó Marlene.

El grupo de los chicos estaba encabezado por Polonio y registraron a conciencia cada sala. Las chicas ascendieron a la planta de arriba y secundaron la acción. Polonio se tensó al recordar la mirada que Helenia le había proferido al escuchar de su boca que se casaría con su prima. Se culpó una y mil veces por no haber tenido más tacto. Helenia lo había amado desde el primer día que pisó la universidad, siempre lo había sabido. Pero a él también le molestaba que cada año jugase a tentarlo como si no pasara nada, como si el aire que discurría a través de ellos no quemase, como si pudieran mantener una conversación sin discutir. Él apenas discutía con Corina, su relación era sencilla y sin altibajos. Pero Helenia despertaba una furia que dejaba en entredicho su autocontrol. Cada año era más difícil, dosificar la tensión acumulada desde hacía tantos años no era precisamente un aliciente para

participar... pero siempre volvía. Él era un hombre de costumbres sencillas, más bien taciturno; todo lo contrario al concepto que Helenia tenía de él. Es cierto que había tenido una época lujuriosa y había tenido la mala suerte de cruzarse con él por aquel entonces, pero solo quedaban unos retazos de ese hombre insolente y desprovisto de conciencia para con las mujeres. Helenia conseguía despertar esa vena autoritaria y viril cuando estaban cerca, aunque más bien era un escudo protector para mantenerse firme en esos dos días. ¿Qué podía hacer? La dichosa mujer estaba casada y él se había prometido con su prima. ¡Qué ironía! Después de todo serían familia y tendrían que fingir en sus encuentros ante el resto. Pero esa tarde solo quería abrazar a Helenia en silencio y permanecer a su lado.

—¿Algún rastro de ella? —Regina gritó desde las escaleras.

—No, pero aún nos quedan dos habitaciones por registrar —contestó Jacobo saliendo del baño.

—Creo que sé dónde está... —Polonio tuvo una visión del pasado en la que recordó cómo pasaban las horas tumbados en el asiento de atrás de su coche—. Voy al garaje.

—¿Quieres que te acompañe? —Elías tiró de su brazo.

—Necesitaremos intimidad. —Abrió la puerta y bajó por las escaleras.

Polonio se aproximó hasta el coche y notó que la puerta de atrás no estaba bien cerrada. Se asomó y divisó a Helenia hecha un ovillo con los brazos apretando su cuerpo.

—¡Cielo santo, estarás helada! —Abrió la puerta y tocó su cuerpo.

—¡Déjame! —Sus labios estaban morados.

—Tengo que sacarte de aquí o te morirás de frío esta noche, ¡no seas terca!

—¿Y qué te importa? Preocúpate de tu prometida —balbuceó, aterida.

—Ella no está aquí ahora... —Polonio deslizó sus manos por entre sus muslos y la atrajo hacia él.

—¡No quiero salir! —Helenia se aferró a un asiento.

—Si no sales, me tumbaré ahí contigo para que entres en calor. ¡Tú decides!

Helenia hizo un ademán con la mano para que la ayudase a incorporarse. La idea de la cercanía de Polonio en otro momento la habría enardecido, pero ahora apenas tenía fuerzas para retener el llanto delante suya.

Él tiró de sus piernas con delicadeza y le sostuvo la espalda cuando asomó la cabeza. Ella hundió la cabeza en su pecho y él la levantó como si fuesen a cruzar el umbral de su nuevo hogar.

—Puedo caminar... —musitó.
—Estás temblando, no podrías dar dos pasos seguidos sin caerte.
—Estás disfrutando, ¿verdad?
—Me conoces menos de lo que creía. —Polonio golpeó la puerta para que le abriesen desde el otro lado.
—¡Helenia!, ¿qué le ocurre? —Elías sostuvo la puerta.
—Está agotada y tiene mucho frío. Me parece que los juegos se han terminado para ella, al menos por hoy.
—¡Ni hablar! —Forcejeó para que la dejara en el suelo.
—Te llevaré a tu cuarto y te tumbaré en la cama. —Subió las escaleras con ella en los brazos.
—¡Ayudadme, chicos! —Los demás contemplaban la escena divertidos y negaban con la cabeza—. ¡Me las pagaréis!
—¿Deberíamos intervenir? —Regina vaciló.
—Polonio sabe lo que hace. —Jacobó sonrió.
—Luego les subiré una bandeja con la cena. —Marlene le guiñó un ojo a Jacobo.
—Podríamos jugar a algo mientras esperamos a que llegue la hora de la cena, ¿no os parece? —Sophie les indicó que entraran en el salón.
—Tengo algo en mente —señaló Sixto con la mirada fija en Olivia.

Polonio liberó a Helenia de sus brazos y la dejó caer sobre la cama. Ella se arrebujó entre las sábanas y el edredón hasta que notó que sus dedos recobraban el color. Se giró hacia el otro lado para no verle la cara.

—¿Quién demonios se ha cortado el pelo en mi habitación? —Se incorporó con rapidez.

—Olivia le ha cortado el pelo a Sixto.

—¿Y le suponía mucho esfuerzo limpiarlo?

—Ya lo recojo yo. —Polonio buscó en el baño un recogedor.

—¿Por qué le ha cortado el pelo? Se supone que tenían que comerse el postre... Nadie respeta las reglas. —Volvió a tumbarse.

—Olivia le está ayudando a abrirse a los demás, me parece bien que trate de hacerlo sentirse bien y seguro de sí mismo. —Volvió al baño para tirar el pelo inservible.

—Apenas le conocemos realmente. —Helenia dejó de temblar.

—¿Te encuentras mejor? —Polonio se sentó en el borde de la cama.

—He entrado en calor, gracias —dijo cortante.

—¿Y ahora qué? —Él se acercó un poco más.
—¿Y ahora qué? —repitió ella.
—¿Qué vamos a hacer, Helenia? Lo de antes me ha dejado hecho polvo —suspiró y la miró a los ojos.
—¿A ti? Es curioso... —Se tapó con el edredón hasta la barbilla.
—Hemos superado demasiadas cosas como para acabar así, ¿no te parece? —Buscó su mano a tientas.
—Hemos superado tantas cosas gracias a mi mala memoria. Hiciste... Me hiciste demasiado daño. —Apartó su mano.
—Tú también a mí. ¿Era necesario enviarme una invitación de tu boda? —Se puso rígido.
—Pensé que...
—¿Cómo se supone que debía actuar? —Se levantó y le dio la espalda.
—¿Te casas con Corina para vengarte? —Los ojos de Helenia se oscurecieron.
—No. Corina me transmite serenidad y tenemos una relación estable. —Él se sentó de nuevo en la cama.
—No debes de sentirte muy feliz cuando la engañas todos los años. —Helenia esbozó una sonrisa sardónica.
—Lo mismo te digo. Parece que tienes una vida plena y satisfactoria, pero todo es una fachada. Me parece que solo te diviertes cuando organizas los juegos de mesa.
—Quiero que te vayas... —Señaló hacia la puerta.
—No es cierto —dijo con rotundidad—, me quieres cerca.
—Cuando era joven e ingenua, sí.
—Ahora me deseas más que antes. —Su calidez la hacía dudar.
—Yo controlo mis emociones. No todo se basa en un deseo arrebatador, no permitiré que me vuelvas a arrastrar al pozo del que me costó tanto salir.
—¡Helenia! —Apretó su mano dulcemente.
—¡Estoy harta! ¿Qué quieres? —Su melena oscura estaba revuelta y su flequillo escondía sus enormes ojos color miel.
—Te pido una tregua. No solo por mí, también por el resto de amigos que han venido a pasar un fin de semana despreocupado.
—Sí... será lo mejor. —Echó hacia atrás las sábanas.
—¿Qué haces?
—Ejercer de anfitriona, voy a continuar jugando.
—Creo que deberías esperar hasta mañana. —Él le ofreció su mano.
—No voy a perderme esta noche. —Se arregló el pelo y se ajustó el vestido—.

Tú puedes quedarte aquí encerrado si así lo deseas.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —La pegó a su cuerpo.

—¡Déjame en paz, no eres mi marido! —Salió de la habitación cerrando la puerta enérgicamente.

Todos sonrieron aliviados cuando se percataron de que Helenia entraba en el salón con energía. Polonio entró tras ella y se sentó en el sillón que había en el otro extremo de la mesa, lo más alejado posible de ella. En la mesa había algunos aperitivos de marisco, salmón, *foie* y salsas variadas.

—Me alegro de que hayáis preparado algo para picar, ¡estoy famélica! — Helenia se sirvió una copa de vino tinto.

—Habéis llegado justo a tiempo. —Sophie dio varias palmadas—. Vamos a empezar otro juego.

—¿Es que no descansáis? —se quejó Polonio.

—Será muy divertido, ya veréis. —Sophie mostró unas tarjetitas en las que había anotado los nombres para realizar un sorteo—. Debéis de imitar a la persona que os toque.

—Esto va a traer cola... —murmuró Román.

—Durante unos minutos os comportaréis como él o ella, incluso podréis interactuar con los demás. Por ejemplo: Si me tocase representar a Marlene, y a Regina le tocase hacer de Jacobo, nosotras dos podríamos interactuar como una pareja —explicó Sophie—. ¿Queda claro?

—Espero que no me toque representar a Helenia o a Polonio —murmuró Elías.

—Te he oído. —Helenia bebió su copa de un trago.

—Es que sois muy intensos... —apostilló.

—Bien, ¿os apetece? —Sophie introdujo los nombres en un plato.

—Así nos entretendremos hasta la cena. —Regina extrajo el primer papel.

—No habléis hasta que los haya repartido todos —advirtió Sophie.

Pasó el plato hasta que Polonio cogió la última tarjeta.

—Ya podéis abrirlos. —Dejó el plato vacío en la mesa.

—Me ha tocado Elías —anunció Sixto.

—A mí, Olivia —dijo Jacobo.

—Marlene. —Regina le guiñó un ojo.

—Jacobo. —Román sonrió a Regina.

—Yo haré de Sophie. —Marlene tragó saliva.

—¡No puede ser! —Helenia arrugó el papel—. ¡Polonio!

—¿Estás de broma? Yo tengo que hacer de ti. —Polonio le tiró el suyo.

Los demás se desternillaron.

—Yo tengo a... Román. —Olivia enseñó la tarjetita.

—Regina. —Elías lo mostró.

—Solo queda Sixto. —Sophie dobló el suyo—. ¿Todos contentos?

—Si tú lo dices... —Helenia se mostró displicente.

—¡Venga, nos reiremos un rato! ¿Quién empieza? —Sophie apartó las sillas de la zona central para que hubiese espacio—. Saldréis aquí para interpretar vuestro papel, los demás podéis intervenir cuando os apetezca, pero siempre imitando a vuestro personaje.

—Empiezo yo. —Román se levantó y se situó frente a sus compañeros—. ¿Alguien ha visto a Marlene? Tengo que custodiarla los próximos días... ¡nadie la tocará sin mi permiso! ¡Marlene, vuelve!

—Estoy aquí, Jacobo, pero no grites. —Regina se levantó para seguirle el juego—. Te he echado de menos este año, aunque mi marido me ha preñado. ¿No te importa, verdad?

—En absoluto, amada mía. —Román rodeó la cintura de Regina—. Huiremos lejos de aquí y lo criaremos juntos.

—¡Os estáis pasando! —Jacobo tenía las mejillas encendidas y Marlene no quería ni mirar.

—¡No podéis interrumpir! —les reprobó Sophie—. ¡Continuad!

—Pero no me gusta que Sixto se siente a tu lado, me causa desconfianza. —Román se aclaró la garganta—. Creo que quiere algo más que una simple amistad.

—¡Te equivocas! —Sophie se unió a ellos para emular a Sixto—. Marlene es una gran muchacha, pero soy demasiado feliz junto a mi madre.

Sixto frunció el ceño y Olivia sintió pena por él.

—¡Ven aquí, muchacha! —Román la sujetó por las nalgas.

—¡Déjame, nos pueden ver! —Regina usó un tono remilgado.

—¡Si no sueltas a la dama, nos batiremos en duelo! —Sophie alzó la voz.

—¡No, por favor! ¡No puedo vivir sin ninguno de los dos! —Regina se situó entre Román y Sophie.

—Si mancilla tu honor, tendré que matarlo... —Román endureció la voz.

—Me inculcaron buenos modales y protegeré a la señorita de tu pertinaz carácter. —Sophie miró a Sixto de soslayo y sonrió.

—En ese caso, moriré de amor como Julieta. —Regina se arrodilló en el suelo. Los aplausos resonaron mientras todos se miraban con cierta complicidad. Marlene, Jacobo y Sixto, intercambiaron miradas furtivas.

—¿De verdad os doy esa impresión? —Marlene estaba molesta.

—Yo jamás he intentado nada con ella, se nota que no me conocéis... —Sixto hizo un mohín.

—A mí me ha parecido divertido. —Jacobo se sentía cómodo en su papel de caballero andante.

—Te vas a enterar, Sophie —Marlene le recordó que la imitaría después.

—No te tengo miedo. —Sophie le hizo burla.

Polonio se levantó y dejó su cerveza cerca de Helenia.

—Pensé que veríamos el plato fuerte al final —dijo Olivia.

—Me encanta que hayáis venido y que hagáis exactamente lo que os ordene porque no tengo paciencia este año. —Polonio copió los gestos de Helenia—. No me importa nada ni nadie, salvo Polonio. Espero que este año bese el suelo por donde piso y pueda patearlo con saña.

Helenia no le siguió el juego y permaneció sentada.

—Me encanta torturarlo. Me siento superior cuando vuelve cada año a mi territorio y me mira como si fuese un caramelito al que no puede morder como él quisiera. Siempre he estado locamente enamorada de él, pero nunca lo admitiré. Lo que pasa es que soy muy rencorosa. Desde que lo vi retozando con mi prima en mi coche... ¡jamás lo perdonaré!

Un silencio atronador envolvió la sala y todos miraban angustiados a Helenia, pero ella no le contestó, su expresión era inusitada.

—Después, me casé con un hombre al que apenas le importo, pero eso me da igual. Estoy todo el año planeando la reunión de los juegos de mesa para atormentar a Polonio, sé que me mira y me desea tanto como yo a él. Quizá este año le abra mi corazón, lo estoy pensando.

Nadie aplaudió, salvo Helenia. La tensión se palpaba en las miradas rutilantes que se lanzaban en silencio unos a otros, pero el juego continuó. Polonio se sentó y miró a Helenia con cierta decepción.

—Mmm... —Marlene se metió en el personaje de Sophie—. Espero que hayan venido los chicos porque estoy ansiosa por devorar a alguien.

—Yo no soy un chico, pero espero servirte de igual modo. —Jacobo se unió para imitar a Olivia.

—¡Elías, ven con nosotras! —Jacobo empujó a Sixto hacia Marlene—. Tenemos algo para ti.

—Empieza con ella. —Marlene situó a Sixto estratégicamente detrás de Jacobo—. Acaricia sus pechos turgentes.

—¿Qué? —Jacobó se apartó, lo último que le faltaba era que Sixto le metiera mano.

—Vamos, cariño —Sixto posó sus manos sobre sus pechos—, si en el fondo te gusta.

—Así, con suavidad. —Marlene cogió su mano y la deslizó hacia arriba y hacia abajo.

Los demás miraban expectantes y se reían en voz baja.

—¿Estás disfrutando? —Jacobó miró a Marlene de forma desdeñosa.

—Olivia, cielo, date la vuelta para que pueda rozar tus labios de fresa. —Sixto le hizo un guiño a Marlene para que cambiara de posición.

—¡Si me besas te mataré! —Jacobó pensó que Sixto le besaría.

Marlene se colocó a dos centímetros de su boca y le besó dulcemente.

—¡Te voy a...! —Jacobó contuvo la respiración cuando descubrió que había sido Marlene quien le había besado.

—¿Estás bien? —Marlene le volvió a besar—. Creo que Olivia se ha quedado muda.

Los aplausos avergonzaron a Jacobó, que no supo cómo reaccionar ante el cálido beso de Marlene. Sixto los miró complacido y se sentó junto a Olivia.

—Helenia, ¿tú no vas a...? —Elías le indicó que saliera.

—Seré la última. —Le lanzó una mirada fulminante a Polonio.

—De acuerdo, entonces, voy yo. —Olivia se plantó frente a ellos para imitar a Román—. Estoy realmente furioso, Helenia me ha vuelto a dar plantón.

—Puedo hacerte compañía, no me importa ser la segundona. —Elías interpretaba a Regina.

—Ya tenemos algo en común, somos los segundones del grupo. —Olivia miró a Román, regodeándose—. Podemos divertirnos juntos y esperar a que alguien se de cuenta de que existimos.

—¡Eso ha sido muy cruel! —le espetó Regina.

—¡Silencio! —ordenó Sophie.

—Quizá Helenia recapacite algún día y me busque, aunque no tengo demasiadas esperanzas —prosiguió Olivia.

—Si algún día te deja a medias, búscame. No tengo reparos en terminar lo que ella ha empezado. —Elías sacudió su melena oscura—. Román, puedo enseñarte cosas que ella no se atrevería...

—¿De verdad? —Olivia rodeó a Elías con sus brazos.

—Al final me voy a poner retozón —gorjeó Polonio.

—Espero que tú al menos escuches cuando te hablo. Polonio, en cambio...

tiende a salir corriendo. —Elías le recordó su fuga del gimnasio cuando estaba con Regina.

—Por supuesto, tengo todo el tiempo del mundo. A veces siento que las mujeres solo me buscan para charlar, pero no me importa, al menos tengo su atención.

—Olivia fingió estar triste.

—¡Me estoy cansando de este juego! —clamó Regina.

—Ya hemos terminado... —Elías se sentó satisfecho por su actuación.

—No os lo toméis a mal, debemos exagerar. —Olivia trató de apaciguar a Regina.

—¡Nos habéis humillado! ¡No me tomes por tonta! —Regina levantó un dedo acusador.

—Tampoco ha sido para tanto, chicos. —Sophie les ofreció una copa de vino para que se relajaran—. Además, creo que ahora viene el plato fuerte.

—Es verdad, Helenia aún no ha salido. —Elías se hundió en el sillón.

—Bueno, parece que solo quedo yo. —Helenia se peinó con los dedos y se plantó delante de la chimenea.

—No seas demasiado dura. —Polonio se frotó las manos.

—¿Sabéis? Me voy a casar con la prima de Helenia, y lo voy a hacer por despecho.

—Empezamos bien... —Sophie miró a Polonio.

—Helenia siempre estará ahí, esperándome. Desde que la conocí en la universidad he hecho lo que me ha apetecido. El día de su graduación... me acosté con su prima. ¡Y lo hice en su coche! Nadie me obligó a hacerlo, soy así. Me gusta probar cosas nuevas para no aburrirme conmigo mismo. Me asquea lo que hago pero no puedo evitarlo. Me voy a casar con su prima y vengo cada año a restregarme con Helenia porque Corina no es como ella. Si tan solo le hubiese pedido perdón... ¡Pero no! Yo no hago esas cosas. Sé que la atormento con mis comentarios y mi comportamiento enervante, pero su sufrimiento me causa placer. Tenía que haberle pedido disculpas y todo habría sido diferente. Quizá habría pasado por alto aquella vez en la que me metí desnudo en la cama de su hermana. O aquella vez en la que bailé con todas sus amigas menos con ella. O aquella vez en la que le mandé a su marido fotos de ella conmigo el día antes de la boda para que no se casara —Helenia pronunció su discurso con los ojos cerrados.

—¿Cómo demonios sabes eso? —Polonio se levantó fuera de sí.

—Eres un miserable, ¿cómo pudiste hacer algo así? —Marlene se levantó para abrazar a Helenia.

—Supongo que el juego ha terminado... —Sophie rompió las tarjetas.
—Cada año es peor. —Regina bebió su copa de un trago.
—Si no solucionáis vuestros problemas pronto, os van a destruir. —Sixto los miró con dureza.
—Vuestra historia es escabrosa, ¿cómo podéis respirar el mismo aire? —Las palabras de Regina resonaron en su cabeza como un eco subversivo.
—Supongo que tenemos que hablar —Polonio le indicó que le siguiera.
—No, tenemos que preparar la cena. —Helenia dio dos pasos y se volvió—. He pensado que después de la cena podríamos organizar un baile de disfraces. Arriba tengo una selección bastante interesante. Todos iremos cubiertos y estará prohibido hablar.
—¡Es justo lo que necesitamos ahora! ¡Quiero ver esos disfraces! —Elías dio un salto.
—Primero subirán las chicas y escogerán el suyo, después, os tocará a vosotros. —Helenia les hizo un gesto—. Cuando cada uno tenga su disfraz, prepararemos la cena.

Helenia había dispuesto varios percheros con disfraces, pelucas y complementos en el despacho de su marido.

—Espero que no nos dejemos una boa de plumas entre sus cosas —señaló Olivia.

—¡Qué bonitos son todos! —Marlene examinó los trajes.

—Yo ya tengo el mío. —Helenia mostró su traje de princesa medieval.

—Polonio sufrirá mucho esta noche. —Sophie sonrió.

—No me reconocerá con esto. —Enseñó un antifaz con plumas y una peluca de rizados castaños.

—No tendrás el vestido puesto toda la noche —secundó Marlene.

—En ese caso, me aseguraré de cerrar bien la puerta de mi dormitorio.

—¿Estás totalmente segura? —Regina cogió un traje de cavernícola—. A pesar de todo lo que os ha pasado, siempre volvéis a estar juntos.

—¿Acaso no has escuchado mi discurso? ¿Tú podrías estar con alguien que te ha traicionado de todas las formas posibles? —Helenia apartó su disfraz.

—Tus ojos dicen lo contrario cuando le miras —admitió Marlene.

—¿Y qué puedo hacer? Ese hombre me quema la piel.

—Haz que sufra esta noche. —Sophie escogió el traje de vigilante de la playa.

—Siempre soy yo la que acaba sufriendo. —Helenia les ofreció varias pelucas.

—Me da la sensación de que está arrepentido. Cuando no aparecías por ningún

lado, realmente estaba pasándolo mal. Aún le importas —le confesó Marlene.

—¿Pero se va a casar con mi prima! ¡Demonios! ¡Con mi prima!

—Todavía no lo ha hecho. —Regina la tranquilizó con su sonrisa.

—¿Estoy loca, verdad? No hay otra explicación para que aún continúe amando a ese hombre. —Helenia no era consciente de su declaración.

—¿Lo amas? —Sophie se sobresaltó.

—Claro que lo ama, ¿por qué crees que organiza estos juegos cada año? ¿Para vernos a nosotros? —Marlene se probó una peluca rubia.

—¿Y qué pasa con tu marido? —Regina la hizo volver a la realidad.

—Mi marido tiene una amante desde hace años, él cree que no lo sé. De hecho, estoy segura de que está con ella en este momento.

—¿Cómo lo soportas? —Olivia sostenía un vestido discotequero de los ochenta.

—De la misma manera que él soporta que ame a Polonio.

—¿Lo sabe? —Marlene se escandalizó.

—Polonio le envió un mensaje con fotos nuestras el día antes de la boda y le advirtió que nunca le pertenecería por completo. Que él siempre estaría ahí, esperando... —Helenia se quebró.

—No lo entiendo... ¿por qué se casó contigo? —Marlene la reconfortó con su voz dulce.

—Supongo que por esto. —Levantó los brazos—. Siempre le han gustado los lujos. Además, mi padre le consiguió un buen puesto en la empresa de energías renovables que dirigía su mejor amigo. Mis padres no querían que me casara con él porque apenas lo conocía y porque sabían que aún estaba ligada a Polonio, pero siempre nos respaldaron económicamente.

—Se casó sabiendo que no lo querías porque en el fondo él tampoco te quería a ti —apostilló Sophie.

—Y no le importó demasiado que le engañases porque él también te engaña a ti —continuó Olivia.

—Y el hombre que te ama y al que tú amas, está a punto de casarse con tu prima. Pero mientras tanto, aguarda en tu salón para escoger un disfraz. —Regina no pudo contener la risa.

—¿No es irónico? —Helenia se probó una peluca rubia con trenzas.

—Lo cierto es que es una situación verdaderamente triste y desagradable, pero al mismo tiempo es excitante —añadió Marlene con su nueva apariencia angelical—. Tienes el poder para reconquistar a ese hombre y hacerle tragar a tu prima el desprecio con el que te trató hace años. Ella no se merece a Polonio,

ni tú te mereces a un marido que no te quiere ni te valora.

—No sé si vas vestida de ángel o de demonio —Olivia vaciló.

—Marlene tiene razón, aunque la decisión es tuya —indicó Sophie mientras se ajustaba el bañador y la chaqueta anaranjada—. ¿Qué os impide estar juntos?

—Mi matrimonio y su compromiso, ¿te parece poco?

—Eso tiene solución. —Olivia se giró—. ¿Qué os parece?

Había elegido un traje de lentejuelas rosas, una peluca de rizos oscura, unas gafas del mismo color que el vestido y unas botas blancas que le alcanzaban la rodilla.

—¡Ochentera total! —celebró Sophie—. Pero debes cubrirte la cara con algo más que unas gafas o te reconocerán enseguida.

—¿Mejor así? —Se puso una careta de mujer.

—¡Genial! —afirmó Marlene—. Aunque las gafas te quedaban mejor.

—Si callo es por respeto a mi familia —prosiguió Helenia—. Ya deben de conocer a Polonio.

—Sería un escándalo, no hay duda. ¿Pero no te mereces ser feliz? —insistió Sophie.

—Antes de bajar al salón Polonio me confesó que por primera vez tenía una relación estable y feliz. No seré yo quien la enturbie.

—¿Te estás oyendo, Helenia? Si realmente fuese feliz no vendría todos los años a la reunión. —Olivia le golpeó ligeramente la cabeza.

—¿Qué pensarían mis tíos si saliese con el prometido de su hija? ¿Y mis padres? ¿Y el resto de la familia? —Helenia se mordió el labio.

—Tu prima se las arregló bien para engañarte cuando acabó con Polonio en tu coche, en ese momento no le importó que fueses su prima —le recordó Marlene mientras se quitaba el traje.

—Lo sé, pero ahora yo estoy casada y ella es su prometida. —Helenia guardó los trajes en las bolsas—. Nada es lo mismo.

—Hasta que no vea a Polonio en el altar, no doy nada por perdido. —Regina salió de detrás de un biombo vestida de cavernícola—. Y ni siquiera entonces...

—¡Estás arrebatadora! —Helenia le envolvió un hueso de plástico en la peluca rizada.

Regina iba ataviada con un vestido estampado de terciopelo negro y amarillo que apenas tapaba sus muslos. Un tirante cruzaba por su escote y lo sujetaba en diagonal. Había elegido un collar de huesos pequeños y unas pulseras a juego. La peluca de rizos castaños era voluminosa y algo greñuda. Unos cubrebotas a juego complementaban el disfraz.

—Muy atrevida. —Marlene le pasó un antifaz negro que le cubría hasta la boca.
—Siempre me he sentido un poco salvaje. ¿Tienes un garrote?
—En ese armario —señaló Helenia.
—Pienso torturar a Elías toda la noche por haberme llamado «segundona».
—Dejaremos los disfraces en mi habitación para que no los vean los chicos, y después de cenar nos cambiaremos allí. —Helenia recogió las pelucas.

Los chicos estaban medio dormidos en el sofá cuando Helenia les anunció que había llegado su turno.

—Pocas ganas de fiesta veo yo aquí. —Regina se sentó junto al fuego.
—Dame unos minutos y seré un volcán. —Elías se levantó sacudiendo sus pantalones.
—¿Estáis listos? Nosotras ya hemos elegido. —Sophie golpeó el hombro de Román.

—Os acompañaré... —Helenia subió mirando hacia atrás por si alguno se quedaba rezagado.

Los chicos se abalanzaron sobre los percheros como niños pequeños y saltaron emocionados.

—¡Es como volver a tener trece años! —Román había cogido tres disfraces y estaba indeciso.

—Tomaos vuestro tiempo. —Helenia cerró la puerta y salió al pasillo.

—Tío, ahora en serio, ¿a qué diablos esperas? —Jacobó se plantó frente a Polonio.

—No es tan sencillo. —Él dudaba entre un traje de médico y otro de *hippie*.

—Esa mujer te quiere, ¿qué más necesitas saber? —Elías se probó una falda escocesa.

—Me voy a casar, ¿se os ha olvidado? —gruñó.

—Al que creo que se le olvida por momentos es a ti, amigo. —Sixto no se decantaba por ningún disfraz.

—No puedo seguir traicionando a Corina... este será el último año que vengo a los juegos. —Elegió el traje de *hippie*.

—¿Estás seguro? Entre tú y Helenia saltan chispas, ¿podrás sentarte con su familia y hacer como si nada? —Román se puso la túnica de fraile.

—Solo conozco a algunos miembros de su familia, y es por una historia muy larga que no puedo contaros en este momento. Aunque no creo que tarde en presentarme. —Cogió unas gafas de corazón rojas.

—¿Te vas a casar y aún no conoces a toda la familia? ¡Uy! —Jacobó lo miró extrañado.

—Creo que ella también tiene dudas —convino.

—Entonces es el momento perfecto. —Elías se puso una boina escocesa.

—¿Para qué? —Polonio buscaba un chaleco.

—Para cortar con ella y estar con Helenia. —Sixto terminó la frase de Elías.

—¿Estás loco? Te recuerdo que está casada —farfulló.

—Con mi mejor amigo, por cierto. —Elías le empujó suavemente—. Aunque tú me caes mejor que Santi.

—¿Eres amigo del marido de Helenia? Eres muy descarado viniendo a su casa sin que él lo sepa. —Sixto se estaba probando un traje de oso.

—También soy amigo de Helenia y es ella quien me invita —se burló.

—Estamos jugando con fuego... todos —sentenció Polonio—. Lo tuyo con Marlene también es enfermizo, ¡está embarazada, Jacobo!

—No me lo recuerdes... ¿Si fuese Helenia no tratarías de protegerla?

—Me volvería loco —bufó.

—Tú estás a tiempo todavía, Polonio. —Jacobó posó la mano en su hombro—. No desaproveches esta noche.

—No lo haré, pero tenéis que ayudarme a identificarla, seguramente se cubrirá entera.

—Te haremos una señal. —Elías se situó frente al espejo—.¿No estoy estupendo?

—Esos leotardos blancos realzan tu figura. —Román se desternilló—. Con esa barba, esas cejas hirsutas y la nariz postiza, pareces un verdadero escocés.

—A mí nadie me reconocerá. —Sixto se ajustó la cabeza de oso.

—Tendrás un poco de calor. —Jacobó se limpió el sudor de la frente.

—No importa, me encanta este disfraz.

—Si hubiese por aquí una calva... —Román se anudó la túnica de fraile y se puso una cruz de madera que adornaba su pecho.

—¿Con qué te cubrirás la cara? —Jacobó buscó en un cajón.

—Con esto. —Román se colocó unas gafas oscuras con una nariz postiza y bigote.

—Aquí hay una. —Elías se la puso en la cabeza—. ¡Estás para comerte!

—Pues anda que tú —farfulló Román.

Polonio se ajustó una camisa de flores y un pantalón violeta acampanado. Había un chaleco, pero se lo dejó a Jacobó para complementar el traje de pistolero. Eligió una peluca de pelo lacio oscuro con una cinta alrededor de la frente. Y

con unas gafas de corazón y una barba prominente, también oscura, completó su disfraz de *hippie*.

—Yo también estoy. —Dio dos vueltas sobre sí mismo para que sus pantalones cimbrearan—. El chaleco me habría quedado perfecto...

—Sin chaleco no parezco un pistolero. —Jacobó abrochó el cinturón que portaba dos pistolas—. Con estas gafas y el bigote que me has enseñado antes, creo que pasaré desapercibido.

—¿No vas a usar peluca? Coge este sombrero que es más grande y te ocultará el rostro—. Román le colocó un sombrero de cuero marrón.

—Guardad lo que vayáis a usar en esas bolsas para disfrazarnos en la biblioteca tras la cena. —Polonio se desvistió con rapidez.

Terminaron de cenar y recogieron la mesa entre todos para comenzar cuanto antes el baile de disfraces. Las chicas se acomodaron en la habitación de Helenia y los chicos en la biblioteca. No tardaron más de quince minutos en alistarse. Elías fue el primero en bajar para poner música de ambiente cuando, de repente, escuchó el motor de un coche parado frente a la casa. Miró por la ventana del salón y divisó a su amigo Santi junto a una mujer. Ella le dio un mordisco en la oreja cuando él estaba cerrando la puerta del coche.

—¡Que nadie hable ahora, tenemos visita! —gritó al borde de la escalera—: ¡Escondeos!

Las chicas no lo habían visto bajar, por fortuna, su identidad estaba a salvo.

Elías pensó que la mejor opción para ganar tiempo era apagar la luz. En cuanto Santi entrase se percataría de que había gente en su casa y podía armarse una buena. No había tiempo para esconder las botellas de vino y el festín que habían preparado para después de la cena. Quizá diese media vuelta si pensaba que había un apagón.

Elías bajó al garaje y apagó el fusible de la luz general. Cuando todo quedó a oscuras, se refugió en el coche de Helenia hasta que fuese seguro salir.

—Empieza bien la fiesta —gruñó.

Santi abrió la puerta de su casa con aquella mujer enganchada a su cuello y lamiendo su oreja. Helenia le había dicho que viajaría a Santiago de Compostela para pasar el fin de semana en casa de sus padres, de modo que, no

tuvo reparos en ir acompañado.

—¿Por qué no hay luz? —se quejó.

—No la vamos a necesitar —le susurró ella.

—Tenemos que llegar al dormitorio, espera que alumbre con el teléfono.

—¿Al dormitorio? —ella desaprobó su idea—. Prefiero jugar un poco antes.

—Creo que arriba tengo unas velas. —Santi alumbró las escaleras—. Aunque debería cerciorarme de que no hay ningún problema con los fusibles.

—¡No, así es más romántico! —Ella tiró de su brazo.

—¡Me encantas! A Helenia ya no le entusiasma probar cosas nuevas. —Él mordisqueó su cuello.

—No hablemos de ella, me pone de mal humor. —Desabrochó un botón de su camisa.

—A mí también...

Las chicas aguardaban en la habitación de Helenia sin saber muy bien qué hacían allí. Sophie escuchó tras la puerta unas voces que no le resultaban familiares y se alteró al no encontrar nada para alumbrar.

—¡Espero que no sea una broma de los chicos! —Helenia encontró una linterna en uno de los cajones de su cómoda.

—Me parece que tenemos visitantes. —Sophie señaló hacia la puerta.

—¿Qué? Santi me dijo que no vendría hasta el lunes.

—Me parece que su amiguita quiere probar el *jacuzzi* nuevo. —Marlene escuchaba tras la puerta junto a Sophie.

—¡No me lo puedo creer! ¿La ha traído a mi casa? —Regina tuvo que sujetar a Helenia.

—Si gritas, descubrirá que hay diez personas en su casa, incluido Polonio —le recordó Olivia.

—Tenemos que escondernos. —Marlene se sentó en la cama—. Espero que no tarden demasiado en marcharse.

Helenia golpeó una pared.

—¿Y los chicos? ¿Sabrán lo que está pasando? —Regina se acercó a la puerta—. Tenemos que avisarles.

—Yo lo haré. —Helenia se adelantó—. Es mi casa, y Santi no se sorprenderá si me ve merodeando por los pasillos.

—Tienes razón, pero te van a reconocer en cuanto hables —añadió Olivia.

—Estamos en un grave aprieto, eso es lo de menos. —Helenia abrió la puerta con sigilo—. Iré a la biblioteca.

—Da un golpe si necesitas ayuda. —Sophie sostenía la linterna.

—No hagas nada de lo que te puedas arrepentir, Helenia, o todos nos veremos involucrados. —El rictus de Olivia se oscureció.

—Tranquila, esta noche celebraremos nuestro baile de disfraces tal y como estaba previsto. —Helenia caminó por el pasillo a tientas con el único resplandor lejano de la luna.

Los chicos se habían escondido entre las estanterías de la biblioteca, allí habían encontrado un viejo candelabro que tenía unas velas desgastadas.

—¡Voy a matar a Elías! —Jacobó cogió una de las pistolas de juguete.

—Con eso le vas a hacer poco daño. —Sixto se había quitado la cabeza de oso.

—¿Qué está pasando ahí abajo? Escuché la puerta de la entrada. —Polonio se revolvía entre los libros que sobresalían.

—Elías debió de cortar la luz. —Sixto se limpió el sudor de la frente—. Helenia se lo va a comer vivo.

—Eso es lo que menos me preocupa. —Polonio se quitó las gafas de corazón—. Voy a bajar.

—Arruinarás el juego. —Román se sentó en el suelo.

—Quiero echar un vistazo rápido. —Polonio se asomó y todo estaba oscuro—. No hay luz y tampoco se oye nada.

Polonio cerró la puerta y pensó en ir primero a la habitación de Helenia para asegurarse de que todo estaba en orden. Caminó de puntillas con los nervios a flor de piel; le extrañó porque esa sensación solo aparecía cuando estaba junto a ella.

—¡Ay! —se quejó Helenia al chocar contra un cuerpo duro—. ¡Ten más cuidado!

—Por si no te habías dado cuenta, no veo nada... —Él se apartó.

—¿Polonio? —Un escalofrío recorrió su cuerpo.

—¡Helenia! —Él agradeció que las luces estuvieran apagadas.

—Me dirigía a la biblioteca para avisaros de que el baile tendrá que esperar un poco.

—A no ser que queramos bailar a oscuras. —Polonio miró hacia abajo—. Elías se ha pasado.

—Más bien, debería agradecersele. —Helenia rozó su brazo sin querer—. Mi marido ha venido con su amiga para estrenar el nuevo *jacuzzi*.

—¿Qué?, ¿tu marido está aquí? —Sintió una inmensa furia apoderarse de él.

—¡Calla! —Helenia deslizó un dedo y tapó su boca—. No deben saber que estamos aquí.

—¿Por qué le permites que te engañe en tu propia casa? —Polonio sintió calor al notar el contacto de su dedo entre sus labios.

—¿Acaso no he hecho yo lo mismo? —murmuró.

—¿Y por qué sigues con él? —Su voz quemaba.

—Polonio...

—¿Dónde están ahora? —Se asomaron a la segunda planta.

—Creo que han ido al *solárium*.

—Vamos. —Él sostuvo su mano y subieron por las escaleras tanteando los peldaños.

—No vamos a poder escondernos ahí. —Helenia se agarró a su espalda.

—No hay luz...

—Arriba hay velas —matizó ella.

—Si están ocupados no creo que noten nuestra presencia. —Ella hundió las uñas en su piel—. No te desquites conmigo, Helenia.

—No lo hago. —Y apretó un poco más.

Llegaron a la segunda planta y divisaron el resplandor cálido de una vela que provenía del *solárium*.

—No quiero ver esto. —Helenia dio un paso atrás.

—¿Ni por curiosidad? Yo querría saber con quién me engaña mi mujer. —La atrajo hacia él.

—Estás disfrutando, ¿verdad? —Ella trató de zafarse.

—No tanto como tu marido en este momento.

—¡Te odio! —Volvió a caminar apoyada en su espalda.

—Si no quieres mirar, puedes escuchar tras la puerta acristalada. —Polonio se detuvo y sintió el calor de su cuerpo.

—También se ve, el mural es translúcido —protestó.

—Apenas distinguirás dos figuras, la luz es demasiado tenue. —Él buscó una zona en la que la imagen fuese más nítida—. Veo a una mujer en ropa interior, está de espaldas.

—¿Y Santi? —Helenia era remisa a mirar.

—No está.

—Si no está aquí... ¡Estará a punto de subir! —Helenia buscó un hueco para esconderse.

—¡Aquí! —Polonio la empujó detrás de un perchero en el que había varios

albornoscos colgados—. El resplandor no nos alcanza.

—Apenas puedo respirar. —Ella soportaba el peso de su cuerpo—. ¡Muévete!

—Me verá... ¡Aguanta!

El cuerpo de Polonio cubría totalmente el de Helenia. Él notó sus pechos turgentes amoldarse a la presión que ejercía su pecho. Ella contuvo el aliento al sentir su vigorosidad, pero no se movió. Polonio posó su frente sobre la de ella y emitió un suave gemido. Ella se mantuvo fría.

—¡Oh, por favor! —rezongó.

—Lo siento, pero es que me he estado conteniendo desde que llegué.

—¡Ni se te ocurra! Bastante tengo con un marido depravado...

—No soy un depravado, no me compares con él. —Se separó unos centímetros.

—Lo que tú haces es casi peor.

—Entonces estamos en el mismo bando, cariño.

—¡Calla, ahí viene! —Helenia se pegó otra vez a su cuerpo.

Santi estaba vestido y portaba en una mano una vela y en la otra dos copas de vino. Helenia pudo apreciar en su rostro la misma sonrisa que la cautivó el día en que se conocieron. Ahora, él le regalaba su sonrisa a otra mujer... su sonrisa y todo lo demás. Helenia se había acostumbrado a vivir en un matrimonio solemne, sin altibajos y sin atisbos de prosperidad para el futuro. En el fondo, Polonio había adivinado sus pensamientos; pasaba la mayor parte del tiempo planeando la reunión de los juegos de mesa.

Un mes después de su graduación en la universidad, Helenia comenzó a trabajar como técnico en eficiencia energética en la empresa que su padre le había recomendado, gestionada por su mejor amigo. A partir de ahí, comenzó su declive.

Esa noche salió a celebrarlo con sus compañeros y acabaron en el barrio Gótico de Barcelona, bailando y bebiendo hasta altas horas de la madrugada. Pidió una copa, pero antes de que le entregara el billete al camarero, un desconocido lo hizo por ella.

—¡Oye! —Helenia se puso a la defensiva.

—Te invito yo si luego me invitas tú a mí. —Le sonrió de una forma que no pudo negarse.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Para entablar una conversación. —Se acercó un poco más.

—Ya estamos hablando. —Helenia dio un sorbo a su copa—. No necesito tomarme otra.

—Soy Santiago, aunque prefiero que me llames Santi.

—Helenia. —Ella apretó su mano.

—¿Sueles salir entre semana? —Él la miraba con sumo interés.

—No, pero hoy tenía algo que celebrar. —Escrutó sus ojos castaños.

—Ya veo...

—Bueno, ha sido un placer conocerte, pero mis amigos me están esperando. —Helenia se marchó al centro de la pista.

—¡Me debes una copa! —gritó Santi.

Tres meses después, Helenia celebraba su cumpleaños en la casa de verano que habían alquilado Luca y Dafne en Pedralbes para pasar el verano cerca de ella. Había organizado un auténtico festín: más de cincuenta invitados y una gran

piscina cubierta por globos y bandejas flotantes con copas de *champagne*. Su hermana, Mía, la había ayudado a organizar la mejor fiesta que Helenia había tenido nunca.

—Te mereces lo mejor. —Mía besó a su hermana en la mejilla—. No quisiera aguarle la fiesta, pero ha venido alguien que quiere hablar contigo... y no está invitado.

—¿A quién te refieres? —Helenia enarcó una ceja—. ¿No será...?

—Polonio.

—¿Es que no se cansa de fastidiarme la vida? —Los demás se divertían más que su propia anfitriona.

—¿Quieres que lo mande a paseo? —Mía intentó calmarla.

—No, esto solo me concierne a mí.

Helenia se quitó los tacones y corrió por el césped hasta que llegó a un camino empedrado en el que dos palmeras se alzaban con elegancia. Miró hacia la entrada y exhaló todo su pesar.

—¡Maldito seas! —protestó en voz baja.

—Tienes una lengua viperina, señorita. —Polonio ya se encontraba dentro de la propiedad.

—¿Qué haces aquí?, ¿y cómo has...? ¡Mía me dijo que...!

—¿Vas a terminar alguna frase? —Rozó su mejilla con dos dedos.

—¡No vas a arruinarme el cumpleaños! —balbuceó.

—He venido a traerte un regalo. —La prendió de la cintura.

—No quiero nada que me recuerde a ti. —Forcejeó con él.

—¿Ni siquiera esto? —La presionó contra su pecho y la besó con vehemencia durante más tiempo del que a ella le hubiera gustado para evitar sentir el cosquilleo en su vientre.

—¿Cómo te atreves? ¡Eres un animal! —Helenia aún temblaba.

—Sé que no significará nada para ti, pero quería darte algo especial. —Extrajo del bolsillo una caja envuelta en papel de regalo.

—Polonio... por favor, no te burles de mí —dijo con amargura—. Hace una semana estabas saliendo con una amiga, ¿o es que ya no te acuerdas de Lina?

—Ella no me gusta. —Él sostenía la caja.

—¿Por qué utilizas a mis amigas si ellas no te gustan? ¿A qué estás jugando? —Le empujó.

—Cualquiera diría que estás celosa...

—Estoy dolida, lo bastante como para no hablarte nunca más. —Tragó saliva y contó hasta diez.

—Tú y yo nos divertimos mucho, ya lo sabes, pero no funcionamos como pareja.

—¡No funcionamos como pareja porque me engañas cada vez que me doy la vuelta! ¡No puedo confiar en ti! —Apretó los puños con tanta fuerza que se pusieron blancos.

—¿Vas a abrir el regalo o no? —Aún tenía la palma de la mano abierta.

—Esto no significa nada. —Helenia abrió la caja con tanta delicadeza que abrumó a Polonio—. ¡Una pulsera!

—Sí, una pulsera con mi nombre grabado, ¡dale la vuelta!

—Pues quédatela, no pienso ponérmela. —La tiró al suelo y regresó a la fiesta.

Helenia sentía que le ardía el alma cada vez que ese hombre se acercaba a ella. ¿Cómo no podía entender el daño que le causaba? Si al menos hubiese tenido la delicadeza de regalarle algo que pudiese usar... pero no. ¡Una pulsera con su maldito nombre! Para que recordara todas las noches el oprobio que le producía el hecho de ver su nombre grabado.

Helenia se acercó a la barra y descorchó una botella de *champagne* para ella sola. En la piscina habían organizado dos equipos y jugaban a voltear las colchonetas con gente encima. Le pareció demasiado aburrido y buscó a su hermana, pero no divisó su larga melena rubia.

—Menuda mierda de fiesta... —masculló.

—Es una pena que la anfitriona diga eso. —A su espalda sonó una voz masculina.

—Si estuvieras en mi lugar pensarías lo mismo. —Helenia se giró—. ¡Santi!

—Me alegro de que aún recuerdes mi nombre. —La besó en la mejilla.

—No he conocido a muchos hombres como tú. —Dio un trago a la botella—. Por cierto, no recuerdo haberte invitado.

—Vengo como acompañante de alguien. —Señaló a una amiga que estaba en la piscina—. ¿No te molesta, no?

—En absoluto, me acabas de alegrar la noche. —Tropezó con él.

—Me parece que esa botella es más fuerte que tú. —Intentó quitársela.

—Necesito un poco más para relajarme.

—A mí no me parece que tu fiesta sea una mierda. —Le quitó la botella y le dio un trago.

—Bueno, así es como me siento. —Helenia se sentó en el borde de la piscina e introdujo los pies en el agua—. Siéntate a mi lado.

—Muy bien. —Le devolvió la botella.

—¿Ves a toda esa gente? No conozco ni a la mitad... Mi hermana los invitó para que tuviese una fiesta digna de recordar, y te aseguro que la recordaré, solo que no por todos esos desconocidos que se están bañando en mi piscina.

—¿Y por qué has permitido que tu hermana invitase a gente que no te importa?

—Supongo que me da igual. Solo quería ver a una persona esta noche, aunque no ha sido como yo esperaba. Tenía la esperanza de... ¡Olvídalo! —Dio otro trago y dejó la botella a un lado.

—Creo que necesitas aclarar tus ideas. —Santi empujó a Helenia y se zambulló él también en la piscina.

—¿Qué haces? —Se sujetó a su cuello porque resbalaba con las sandalias.

—¿Te sientes mejor ahora? —Apartó unos mechones de pelo mojado de su frente.

—Quizá necesitaba un baño. —Sintió una descarga de sensaciones nuevas.

—Encantado de poder ayudar. —No se propasó con ella, solo buscaba su bienestar, y ella se sintió desarmada.

—Tengo que hablar con mi hermana y cambiarme de ropa. —Salió de la piscina antes de que él dijese otra palabra.

—Me sigues debiendo una copa —le recordó.

—Estás en mi casa, ¡sírvelo tú mismo! —Helenia le dedicó una sonrisa sincera. Helenia entró en la casa y buscó a su hermana en la planta de abajo, pero solo había parejas besuqueándose en el sofá. Subió al baño y se quitó la ropa mojada, se envolvió con una toalla y entró en el cuarto de Mía. Su rostro inexpresivo dejaba entrever la llamarada que ardía dentro de ella. Polonio estaba desnudo en la cama de su hermana, pero Mía no estaba.

—¡Esto es el colmo! ¡Fuera de aquí! —Helenia tiró de él con todas sus fuerzas.

—¿Te estaba esperando! —Él intentaba taparse con la sábana.

—¿En el cuarto de mi hermana? —Helenia consiguió sacarlo de la cama.

—Pensé que era el tuyo. —Estaba sentado en el suelo con la sábana alrededor de la cintura.

—¡Eres un miserable, no respetas nada ni a nadie! —Ella sujetó la toalla que le cubría el cuerpo desnudo.

—Quería estar contigo, ¡te echo de menos! ¿No te alegras de verme aquí? Pensé que era lo que querías... Siempre deseas que vuelva. —Polonio se puso en pie.

—Ya no quiero que vuelvas. Me has humillado de todas las formas que jamás habría imaginado, y ni siquiera te arrepientes. Sales con mis amigas porque es una forma de estar cerca de mí, según tú. Te acostaste con mi prima, ¡en mi coche! ¡Y ahora te metes desnudo en la cama de mi hermana! ¿Qué será lo

próximo... seducir a mi madre?

—Bueno... eso lo intenté una vez, en otra vida, pero no resultó.

—¿Qué está pasando aquí? —Mía irrumpió en la habitación y los miró boquiabierta—. ¿No quieres soplar las velas?

—¿Te parece un buen momento para eso? —Helenia se tapó hasta la barbilla—. Ayúdame a sacar a este loco de tu cuarto.

—Nunca cambiarás, Polonio. —Mía le revolvió el pelo.

—Lo último que quería era avergonzarte, Helenia. —Él cogió su ropa y salió de la habitación—. Feliz cumpleaños.

—¡Y encima tengo que sentirme mal! —Se dejó caer en la cama.

—Polonio siempre formará parte de tu vida, para bien o para mal. Estáis conectados de una forma que no logro entender y tengo la sensación de que vosotros tampoco. Papá y mamá lo han mencionado cientos de veces, y se niegan a verte cerca de él. Te conozco, Helenia, y sé que eres una mujer que prefiere una vida planificada, sin este tipo de sobresaltos. Polonio no estaría a la altura para ser tu compañero, destrozaría todo con lo que has estado soñando: una casa alejada de la ciudad, trabajar en la empresa del amigo de papá hasta que él se jubile para asumir la presidencia, un entorno apacible y sosegado en el que poder desarrollar tus proyectos... —Mía le cubrió los hombros con una manta—. Y sabemos muy bien que Polonio es la lava que arrasará tus planes.

—Lo sé. —Apoyó su cabeza en la de ella.

—Pero también es la llave que impulsará tu destino. No hace falta ser muy listo para notar lo que crece entre vosotros, hermana. —Mía tosió y cogió un pañuelo.

Mía era dos años menor que Helenia, aunque su sabiduría dejaba al descubierto la insensatez de cuantos la rodeaban, incluida su hermana. Siempre se había mostrado indulgente con Polonio por su actitud pueril, pero le apenaba en lo más hondo que su hermana se debatiera entre él y el resto del mundo. Tenía una carrera prometedora en la empresa, y ella no quería que Polonio la apartara de todo por lo que había estado luchando.

—Saldré con Santi —Helenia rompió el silencio—, es un chico sensato y hace las cosas más fáciles.

—Procura no pensar en Polonio cuando estés con él. Solo así saldrás adelante.

—Mía salió de la habitación para que se vistiese.

Polonio esperó a que Santi entrase en el *solárium* para pegar su cara al cristal y espiar de nuevo. Helenia no se movió. Él observó cómo le entregaba una copa de vino a su acompañante y empezaba a desnudarse sin dejar de besarle la espalda.

—Mía vino a verme al trabajo hace casi dos años —dijo, sin desviar la mirada—. Me dijo que insistiera, que llegaría el día en que me necesitarías... Creo que se refería a este momento. Que aunque yo arrasara todos tus planes, al menos, te quería de verdad.

—Mía murió el año pasado. —Helenia emergió de la oscuridad y le miró como nunca lo había hecho—: Leucemia.

—¡Helenia! —Solo fue capaz de decir eso antes de romper a llorar.

—Mi hermana era un ser puro... y creía en ti. —Sus lágrimas brillaron con el resplandor de las velas—. Se fue con la esperanza de que un día fuese feliz.

—No tenía ni idea. —Él la abrazó con ternura para transmitirle el calor de su cuerpo—. Jamás permitiré que te hagan daño.

—Tiene gracia, siempre has sido tú el que me ha hecho sufrir. —Apoyó la cabeza en su pecho y respiró su aroma—. Y, sin embargo, Mía creía en ti.

—Lo siento muchísimo, lo siento y me aterra pensar por todo lo que has pasado tú sola.

—Siempre os he tenido a vosotros, aunque no de la manera en que me habría gustado. —Helenia miró a través del cristal—. Si me engaña... quiero saber con quién. Se lo debo a mi hermana.

Helenia tragó una bocanada de aire y apoyó su cuerpo en la puerta acristalada. Su marido estaba quitándose la camisa mientras la desconocida se desabrochaba el sujetador. La mujer era pelirroja y tenía ondas en el pelo, ondas que ya había visto antes. Santi se agachó para besarle los muslos y ella gimió, levantó la cara y miró al techo extasiada. Helenia reconoció al instante a la mujer que estaba a punto de entregarse a su marido. Aquella mujer cuyo nombre jamás olvidaría, pues la había atormentado en sueños cuando Polonio la había dejado plantada en la fiesta de graduación para irse con ella.

—¡Corina! —Helenia dijo su nombre con tanta furia que Polonio pensó que rompería el cristal—. Creo que disfrutarás de la escena tanto como yo.

Él se apoyó en la zona más iluminada de la puerta una vez que Helenia se apartó. Exhaló una vaharada que cubrió la mitad de la puerta y siguió mirando el rostro de aquella mujer, pero el pelo le cubría los ojos y no era capaz de identificarla.

—¿La has visto? —Helenia no parecía demasiado sorprendida.

—Aún no.

Santi le acarició los pechos y ella volvió a resollar.

—Un momento... ese gemido... —Polonio dejó caer su peso en el cristal.

—Lo siento. —Helenia notó la frustración que le recorría el cuerpo.

—¡Se ha estado burlando de mí! —Agachó la cabeza y cerró los ojos—.
¿Cuánto tiempo te ha estado engañando tu marido?

—Creo que desde que nos casamos.

—¡Maldita sea! ¿Cómo han podido hacernos esto? —Sentía un ardor que le quemaba el cuerpo.

—¿Qué me dices de nosotros?

—Es distinto, nos vemos una vez al año... Ellos nos engañan constantemente. Además, él es tu marido y ella... ¡Cielo santo, tu prima! ¿Qué clase de moral tiene?

—Esperaba que tú me lo dijeras, te ibas a casar con ella. —Helenia lo apartó del cristal.

—No es momento para reproches, debería entrar ahí y...

Helenia tiró de su brazo con fuerza, pero en ese preciso instante la luz volvió. Helenia y Polonio quedaron al descubierto en el *solárium*, aunque no cayeron en la cuenta de sus disfraces.

—¿Qué demonios...? —Santi cubrió a Corina con una toalla.

—Buenas noches, querido esposo y querida prima. —Helenia no soltó el brazo de Polonio.

—¿De qué vais vestidos? —Corina se envolvió en la toalla.

—Al menos nosotros estamos vestidos. —Polonio fue implacable.

—Se suponía que no estarías aquí —Santi se puso los pantalones sin dejar de mirar al acompañante de Helenia—. ¿Qué hace él en mi casa?

—¿Tu casa? Tiene gracia. Si mal no recuerdo, la estoy pagando yo. —Helenia se quitó la peluca—. ¿Tenía que ser Corina?

—¡Tú nunca me has querido! Corina siempre me escuchaba cuando estaba mal.

—¿Y por qué no te fuiste con ella? ¡Ah, claro! Porque perderías tu posición en la empresa en la que te recomendó mi padre. ¿Acaso no sabías que se va a casar? —Helenia se situó frente a ellos.

—No pensaba casarme. —Corina se sentó en una de las tumbonas—. No puedo hacerlo. No te quiero, Polonio. Creo que nunca he conseguido hacerlo. Resultabas excitante cuando pretendías a mi prima en la facultad, pero perdí el interés cuando...

—Cuando me casé con Santi —la voz de Helenium retumbó en toda la casa.

—¿Todo ese tiempo has estado con él? —Polonio no quería ni mirarla.

Santi y Corina se miraron como si trataran de ocultar un crimen.

—Pensaba que habían sido solo dos años, pero ya veo que se remonta a mi boda. —Helenium fulminó a su marido con la mirada.

—No tengo palabras para describir lo que siento en este momento, Corina. — Polonio dio un paso al frente—. ¡Me has estado engañando con el marido de tu prima, la mujer que siempre he amado y que amaré hasta que deje de respirar! Soy inmensamente feliz, porque ya no tendré que fingir cuando esté delante de ella y, por otra parte, me siento estúpido por haber malgastado el tiempo a tu lado en lugar de haber estado con ella.

Helenium suspiró aliviada cuando escuchó la confesión de Polonio.

—¿Qué está pasando? —El resto de los invitados acudió en tropel.

—¿Estáis bien? —Marlene abrazó a Helenium.

—¿Quién es toda esta gente y qué hacen vestidos de esa manera? —Santi quedó impresionado por el atuendo escocés de Elías.

—Estamos celebrando una fiesta. —Sixto sacudió su cabeza de oso.

—¿Tu marido te la está pegando? —Jacobó miró a Polonio de soslayo.

—Sí, con mi prima. —Helenium sintió náuseas, pero no flaqueó.

—¿Y qué hacen todavía aquí? —Regina agitó su garrote cavernícola.

—¡No voy a irme de mi casa! —Santi se situó delante de Corina.

—Amigo, estás en desventaja —Román le enseñó su cruz de fraile—, tienes demasiados pecados para continuar con esta farsa. Helenium se merece a un hombre de verdad, no a un cretino como tú.

—Tenéis cinco minutos para vestiros y salir de aquí —les advirtió Helenium—. Tus cosas, o lo que queden de ellas, las enviaré a la casa de tu amante.

—Perdona por cortar la luz, pero no se me ocurrió otra forma para ganar tiempo —susurró Elías.

—Fue una idea brillante. —Helenium le besó en la mejilla.

—Estáis locos... —Corina terminó de vestirse y esperó a que Santi hiciese lo mismo.

—Te equivocas, son los mejores amigos del mundo —Helenium alzó la voz—. Y en cuanto a ti, desconozco ese afán tuyo por intentar destruir mis relaciones. No voy a insultarte, en realidad, te estoy agradecida. Polonio ha descubierto la clase de persona que tenía a su lado.

—Que lo disfrutes. —Corina salió detrás de Santi y bajaron las escaleras sin mirar atrás.

—Con familiares así no necesitas más enemigos —admitió Sophie.
—De ella no me sorprende nada a estas alturas. —Helenia se volvió a poner la peluca—. Creo que tenemos un baile pendiente.
—Podemos dejarlo para otra ocasión. —Sixto se quitó la cabeza de oso.
—¡Ni hablar! —exclamó Polonio.
—Ahora sabemos quien está bajo cada máscara, pero aún así merece la pena continuar con la celebración. —Olivia le guiñó un ojo a Sixto.

Helenia y Polonio permanecieron en silencio unos minutos mientras los demás bajaron al salón. Él se dejó caer en una de las tumbonas y se quitó las gafas de corazón y la peluca.

—Ni siquiera me dijo que tu hermana Mía había muerto. —Se tapó la cara con las manos.

—Ella no vino al funeral. —Helenia se sentó a su lado.

—Es una hiena. Y pensar que deseaba con todas mis fuerzas quedarme aquí cada vez que nos reuníamos para los juegos... —Acarició sus mejillas—. Si lo hubiese sabido antes...

—Lo hemos intentado tantas veces que me aterra que no salga bien. —Ella apoyó la cabeza en su hombro.

—Nada es como antes, Helenia, lo sabes muy bien.

—Entonces, ¿qué pasará a partir de ahora? —Le miró directamente a los ojos.

—Te amaré sin tapujos. —Se levantó y le ofreció la mano—. Tendré que esforzarme para que tus padres me acepten. Yo les hice daño hace mucho tiempo, no deliberadamente, claro. Pero al nacer tú, todo cambió. Sentí una liberación en mi alma, y aunque aún poseo parte de los recuerdos de aquellos días, lo he olvidado todo. Conseguí deshacerme de la oscuridad que me atormentaba. Sé que Dafne y Cordelia no me perdonarán por lo que ocurrió con tus abuelos, pero no fui yo, no fui el que soy ahora. Es como si fuese alguien distinto. De hecho, ya no tengo la misma apariencia que Luca, ni mi alma es la misma. Tú rompiste el ciclo, no fue Dafne, fuiste tú.

—Conozco los detalles, mi madre me contaba esa historia todos los días. Sufrió mucho cuando supo que estábamos juntos. Y más aún cuando Mía murió. No quería perder a sus dos hijas. —Unió su mano a la de él.

—A ti no te perderá, no lo permitiré. Pero ya no tengo cinco vidas para amarte, solo tengo una.

—Suenas bien. ¿Bailarás conmigo?

Polonio le ofreció su brazo y se deslizaron por las escaleras como dos gotas de agua a un ritmo cadencioso. Los demás ya estaban bailando por parejas y aplaudieron cuando hicieron su entrada.

Marlene estaba bailando con Jacobo y se distanció momentáneamente para extraer algo de su bolso.

—Toma —le entregó su número de teléfono—, un año es demasiado sin saber de ti.

—¿Estás segura? —Se quedó mirando el papel con incredulidad—. Esto es un paso más.

—¿Tienes miedo? —Pegó su cuerpo al de él.

—En absoluto, pero las reglas del juego...

—Nadie las cumple, aunque todos quieren creer que sí. —Marlene rozó sus labios.

—No hagas eso... —Jacobo estrechó su cintura con sus manos.

—Quiero verte fuera de aquí.

—Tendremos que dejar de venir a los juegos. —Miró a los demás—. No soportaría verte bailar o comer el postre con otro.

—Ya hemos jugado bastante, ¿no te parece? —Le besó apasionadamente.

—En cuanto a tu embarazo...

—No estoy embarazada, te mentí. No se me ocurrió otra cosa para mantenerte a raya. Quería asegurarme de que tu interés por mí era verdadero y no solo un desquite pasajero.

—¿Qué? ¡Oh, Marlene! —Jacobo tuvo que sentarse—. ¿Sabes todo lo que se me ha pasado por la cabeza?

—Lo siento, pero no me dejaste otra elección. Te prometiste hace tres años...

—Marlene se tomó una copa al haberse sincerado.

—No me vuelvas a mentir así nunca más, no lo soportaría. —Jacobo llenó su vaso.

—Entonces, ¿me llamarás?

—Claro que te llamaré. —La hizo girar en círculos y la besó cuando se detuvo. Sixto, Regina, Sophie, Elías, Román y Olivia, bailaban y brindaban en el centro.

—Te daría mi número, pero me gustaría seguir jugando el año que viene —le dijo Sixto a Olivia.

—Puedo esperar. —Ella no dejó de bailar.

—El año que viene podríamos organizar un viaje —propuso Elías.

—Anotaré tu sugerencia. —Helenia negó con la cabeza.

- Tengo algunas amigas que estarían interesadas en participar el próximo año
- añadió Sophie.
- Estaré encantado de conocerlas. —Román puso los ojos en blanco.
- Creía que estabas interesado en conocerme a mí. —Regina le dio un codazo.
- Por supuesto, esta noche soy todo tuyo. —Los demás se desternillaron.

—Mamá, tranquila, Polonio llegará enseguida. —Helenia trataba de calmar a Dafne.

—¡Eso es justo lo que me preocupa, hija! ¿No has pensado en lo que ocurriría si se cruzara con tu padre? —Se limpió el sudor de la frente con un pañuelo.

—¡Ya basta! ¿Otra vez con esas historias? —Helenia dejó la maleta encima de la cama. Pasaría las navidades en Santiago de Compostela.

—Él no es quien dice ser. ¿Necesitas que llame otra vez a mi prima Anahí para que te cuente lo que ocurrió? —Dejó una bandeja con dulces en la mesa del salón.

—Anahí bastante tiene con cuidar de su madre —rezongó.

—¡Te recuerdo que fue Rebeca quien ordenó que asesinaran a tus abuelos, y se lo ordenó a Polonio! ¡El hombre por el que ahora suspiras! —Dafne se sentó y se calentó las manos en el calor que desprendía la estufa.

—Mamá, no puedo seguir viviendo así. Quiero avanzar, necesito hacerlo. Pero si hubiese sabido la encerrona que me tenías preparada, jamás hubiese venido. ¿Cómo te has atrevido a invitar a Corina en Nochebuena? ¡Se estuvo acostando con mi marido! —La apuntó con el dedo.

—No fui yo quien la invitó, se invitó ella sola. No soy tan mala madre como tú te crees. Ojalá las cosas hubiesen sido más fáciles para ti. Desde que te marchaste a Barcelona nada fue igual, aunque todo se malogró en Viena. ¡Maldita la hora en que conociste a ese hombre!

—Él no es un asesino, no en esta vida. Se ha esforzado por cuidarme siempre, incluso más que Santi durante nuestro matrimonio. —Sus ojos sinceros sobrecogieron a Dafne—. Y me niego por completo a cenar con Corina. ¿Te olvidas de que ella y Polonio se iban a casar? ¡Solo faltaba que hubieses invitado a Santi!

—Él no vendrá, de eso estoy segura. Tu padre tuvo una conversación con él cuando se enteró de lo vuestro. —Dafne sonrió de forma cómplice.

—¿Cuándo regresará papá? —Helenia le ayudó a poner la mesa.

—En cuanto termine el concierto que debe dirigir en el teatro del centro. Lástima no haber podido ir.

—Desde que tu hermana Mía murió apenas ha asistido a conciertos. —Helenia buscó con la mirada la fotografía más reciente que había de su hermana en el salón. —Desde que nos visitas más a menudo eso ha cambiado. —Se le iluminó el rostro.

—Estoy pensando en mudarme de nuevo aquí, en Barcelona me siento sola y no quiero seguir encontrándome con Santi.

—Sería maravilloso, Helenia. ¡Qué ganas tengo de ver la cara que pondrá tu padre!

El timbre sonó.

—¡Está aquí! —Helenia salió disparada hacia la puerta.

Dafne no sabía si saltar por la ventana o esconderse. El nombre de Polonio Fermons el la había atormentado desde antes de que naciese Helenia. Era imposible que su hija imaginase el terror que la consumía y que le causaba pesadillas continuas. Dafne había visto en su mirada una maldad arraigada. Recordaba cómo la había lanzado al vacío desde lo alto del puente de Brooklyn. Lo soñó mientras estuvo en coma, pero no dudaba de que igualmente la habría lanzado si hubiese tenido oportunidad en la vida real. Ya no podía mirar para otro lado, Helenia estaba enamorada de él y lo había invitado a su casa. Solo podía rezar para que su marido se retrasase todo cuanto fuese posible.

—Te presento a Polonio, mamá —dijo Helenia con cautela.

—Ya nos conocemos. —Se mantuvo fría.

—Por mi parte, diría que no. —Él extendió su mano y le ofreció su más cálida sonrisa.

—No puedo hacerlo, Helenia. —Dafne se dio la vuelta y pegó su frente a la pared—. Este hombre nos hizo mucho daño.

—Mamá, ¡míralo! Así te darás cuenta de lo que veo en él. —Helenia la sujetó por los hombros.

Dafne se giró lentamente y levantó la mirada. Apreció el cambio en su rostro y en su pelo; también era más alto y un poco más delgado. Incluso el tono de su voz parecía distinto.

—Yo quiero a Helenia, y estoy aquí para zanjar las dudas que puedan tener sobre mí.

—Tienes que entender que esto no es fácil ni para Luca ni para mí. Bueno, para nadie de la familia. No sé cómo reaccionarán cuando te vean. ¿Recuerdas a

Belinda?

—Su nombre no me dice nada. —Había sinceridad en sus palabras.

—Quizá hayas cambiado, después de todo. —Dafne le estrechó la mano.

—Apenas recuerdo nada de mi vida anterior, salvo tu nombre y el de Cordelia.

—Mi hermana llegará esta noche junto a su familia. Espero que no te suponga un problema. —Miró a su hija y luego a él.

—No será agradable, pero no tenemos otra opción. —Polonio sonrió a Helenia y se relajó un poco.

—Ella y Harvey también vendrán, y Belinda. Lisa y Norris, los abuelos de Helenia, están demasiado mayores para viajar y han decidido quedarse a pasar las vacaciones en Wienerwald. Allí tienen una cabaña estupenda y les gusta dar largos paseos. Anahí se ha disculpado porque tiene que cuidar de su madre; tiene alzheimer. Suerte para ella haber olvidado sus pecados —bufó—. Salió hace unos meses de prisión; su marido murió el año pasado.

—¿Estás seguro de que quieres tener a una suegra con este carácter? —Helenia entrecerró los ojos.

—Me da miedo responder a eso —dijo con sonrisa taimada.

La cena de Nochebuena no levantó ampollas en la familia de Dafne. Ni siquiera Corina parecía molesta por la presencia de su prima y Polonio. Quizá Santi la había hecho entrar en razón, aunque sabía que eso era pura fachada para evitar un encontronazo con su tía Cordelia y con Thomas. Sus padres estaban cansados de sus continuos escándalos, y solo aceptarían a Santi en su familia si ella dejaba de entrometerse en la vida de su prima y Polonio.

Ella se había divorciado recientemente y Harvey tenía una aventura con la hija de su mejor amigo. Helenia sabía que ellos nunca la juzgarían. Belinda estaba saliendo con una compañera de la editorial en la que trabajaba, pero ella era muy celosa de su intimidad y apenas le contaba nada. Aunque había engordado un poco y se la veía muy feliz.

La puerta se abrió de repente y Helenia celebró la llegada de su padre. Luca dejó el paraguas en la entrada y colgó el abrigo empujando a los que ya había colgados.

—¡Cariño, hay un sitio aquí! —Dafne se levantó para que pudiese sentarse a su lado.

—¡Me alegra veros a todos! —Los saludó de uno en uno y se detuvo frente a Polonio.

—Papá, te presento a Polonio Fermonsél —dijo Helenia situándose a su lado. Luca tragó saliva y miró a Dafne.

—No te preocupes, todo está bien ahora. —Su hija le alentó.

—Me tranquiliza ver que no tengo más clones, es un alivio —dijo con ciertas reservas y le estrechó la mano.

—Se acabaron los clones. —Polonio se sintió más calmado.

Luca se sentó junto a Dafne y observó la estrecha relación que mantenían su hija y Polonio. Aquel hombre había cambiado, no había sentido nada al tocarle. Tampoco había oscuridad en su mirada ni malicia en el tono de su voz. Todo parecía estar en orden.

—Las piezas encajan, ¿lo sientes? —Luca le llenó la copa de vino a Dafne.

—Sí. Al principio tenía pánico, pero ahora me siento más tranquila. No tengo miedo de Polonio. En cualquier caso, tu hija estará cerca de nosotros. Me ha confesado que se mudará a Santiago en unas semanas. Podremos vigilarlo de cerca.

—Deseaba oír eso. —Luca le pasó la botella de vino a Cordelia.

—¿Todo bien? —preguntó su cuñada.

—Ahora sí. —Luca miró a Dafne y después a Helenia. Apreció que ambas tenían el mismo brillo en sus ojos, y eso solo podía significar algo bueno.

El viento arreció en una mañana lluviosa en la que la gente se apresuraba por la amenaza de una tormenta. Giselle era informática, pero hacía dos años que estaba en paro. Había visto en internet una oferta de trabajo en una empresa que se dedicaba a fabricar productos químicos, para la cual se dirigía. Acababa de salir de su apartamento, pero iba con retraso. Hablaba por el móvil con Helenia, su madre, que intentaba tranquilizarla.

—No veo a ningún taxi por aquí. Ya verás como llego tarde. —Abrió el paraguas para evitar que un coche empapara su traje al pasar.

Se vio obligada a buscar un taxi en la calle contigua. Al fondo divisó uno aparcado que parecía estar libre y se apresuró hacia él.

Giselle y otro joven, ambos hablando por teléfono totalmente ajenos el uno del otro, entraron cada uno por un lado del taxi.

—Oye, ¿estás ciega? ¿No ves que ya está ocupado? —Él cerró dando un portazo.

—¿Perdona? Yo estaba aquí antes, ¿es que no me has visto al entrar? —Giselle sintió una punzada en el estómago.

—Bueno, ¿y si los llevo a cada uno a su destino y nos dejamos de discusiones absurdas? —El taxista estaba de mal humor.

—De eso nada, yo tengo mucha prisa y no puedo esperar. —Él se mesó el pelo. Giselle vio asomar del bolsillo de aquel desconocido unas llaves, las cogió y empezó a jugar con ellas.

—¡Qué demonios haces! ¡Dame mis llaves! —Se abalanzó sobre ella.

Giselle lanzó las llaves por la ventana del coche, obligándole a salir a la calle para recogerlas. Ella aprovechó este descuido para quedarse con el taxi y marcharse.

La gente se había agolpado en la puerta porque aún no había llegado el jefe de

recursos humanos. Al cabo de media hora, el desconocido con el que se había topado en el coche apareció, estaba furibundo y empapado por la lluvia. Giselle no pudo ocultar su asombro y empezó a reírse. Aquel individuo caminaba con paso firme abriéndose paso entre los trabajadores y ni siquiera se percató de la presencia de Giselle.

Al llegar a la puerta extrajo las llaves de su bolsillo y se le cayeron al suelo. Giselle, que se encontraba cerca, se agachó a recogerlas y se las entregó.

—Vaya, vaya, esta escena me resulta familiar. —Con la cara desencajada y las mejillas encendidas por el enfado, él le arrebató las llaves de un tirón.

—Si estás aquí solo puede ser por un motivo. Y ya que te has portado tan bien esta mañana robándome mi taxi, no te importará ser la última entrevistada, ¿verdad?

A Giselle no le quedó más remedio que aceptar su derrota. Pero aquellos ojos azules le atravesaron el corazón y su voz glacial parecía calentarle el alma.

—Señor Ontiveros, ¿comenzamos ya? —Una mujer que portaba una agenda le golpeó en el hombro.

—Cuando esta joven tan insolente se aparte de mi camino. —Miró a Giselle con rabia.

—¡Ricky!, no seas maleducado y atiende a esta señorita. —Una voz masculina emergió detrás de ellos.

—¿Usted es el señor Ricky Ontiveros? —A Giselle le comenzaron a temblar las piernas. Aún recordaba las charlas de su abuela sobre el ciclo interminable.

—¿Nos conocemos? —Él examinó su cara sin recato. —No, pero tengo toda una vida para hacerlo. —Y se hundió en sus preciosos ojos azules.